No te emociones tanto

Ana Barderas

Capítulo 1

A todos los que alguna vez se obsesionaron por alguien

que parecía estar tocando las estrellas. O sea, a todos.

Capítulo 2

Prólogo

(Porque todas las buenas historias tienen prólogo)

—Knebworth, un agosto frío.

" Esnifó con ansia y sintió como el polvo le subía por la nariz, provocándole un conocido cosquilleo. Casi enseguida, sintió algo parecido a la electricidad fluyendo por sus venas. Echó la cabeza hacia detrás y sonrió, sintiendo que volvía al paraíso una vez más. Con los ojos cerrados vio formas y colores vibrantes, y se sintió el puto rey del mundo. Abrió los ojos y se encontró de frente con la mesa de cristal y su tarjeta de crédito, que había utilizado para dibujar la línea de coca. Una rubia estaba sentada en el sofá riéndose de algo ajeno a todos los demás, y la otra chica estaba tumbada con la cabeza apoyada en las rodillas de la primera. Jordan, la rubia, era de las groupies oficiales de la banda, y el backstage parecía ser su segunda casa. La habían conocido hacía un par de años, en un concierto en Bristol y desde entonces estaba en casi todas las actuaciones. Había sido la favorita de Logan durante mucho tiempo, pero desde hacía unos meses él había estado muy cercano a ella. Se levantó, la cogió por el cuello y la besó con intensidad, con tanta que casi pensó que le transmitiría toda la adrenalina. Cuando se separó le mordió el labio y le sonrió. Definitivamente él, Russ Donovan, era el puto rey del mundo. George, el mánager, hablaba con Paul, el otro guitarrista que parecía especialmente nervioso. No era para menos. Estaban a punto de tocar frente a más de trescientas mil personas en el festival de música más grande del mundo. Y eran la cabeza de cartel. Echó los brazos hacia detrás y se estiró, soltando un tremendo rugido. Estaba pletórico y necesitaba compartirlo con el mundo.

Entró un técnico con unos auriculares ridículamente grandes y anunció que estarían fuera en cinco minutos. De puta madre. Dio un par de palmadas y se dirigió hacia Chuck, el batería, que estaba casi tan emocionado como él.

—¿Listo, capullo?

—Llevo toda la vida esperando esto, tío —respondió Chuck—. Así que más te vale no cagarla... ¡o a ti, Kieran!

El bajista les dedicó una peineta y le pegó un trago a algo que parecía whiskey. Todos se pusieron en marcha entre vítores y deseos de «mucha mierda ahí fuera». Salieron del backstage y se dirigieron a la parte lateral

del escenario por un pasillo lleno de gente. El rugido del público era casi ensordecedor. Russ estaba tan arriba que pensó que en cualquier momento iba a tener una erección. Los organizaron a punto de entrar, les colocaron los micros y todos aquellos aparatos. Luego volvió el técnico de antes. ¡Tres, dos, uno! ¡DENTRO! Y entraron. El público se volvió loco, y cuando pensó que no podían gritar más, cuando entró él le pitaron los oídos del ruido. Alzó las manos y casi se queda seco de ver a tanta gente junta. Sonrió. Se dirigió a su parte del escenario y se colgó la guitarra con la Union Jack. Logan se quedó frente a la audiencia y colocó las manos tras la espalda para comenzar a cantar. Eran dioses. Y estaban en su Olimpo.

La primera canción hizo que, efectivamente, tuviera una erección y agradeció que la guitarra le tapara sus partes nobles. A la quinta canción le tocaba cantar a él y, cuando se acercó al micrófono central, algunas personas cruzaron la valla de seguridad. Sonrió. Algunas pibas quisieron subirse al escenario, pero los gorilas las mantuvieron controladas. Empezó a cantar y todo el mundo lo siguió, lo coreó y alguna que otra le enseñó las peras. Diez canciones después, abandonaron el escenario.

Sexo, drogas y rock'n' roll. El mejor día de su vida. Al volver al backstage los esperaban su mánager, director de giras y periodistas. Algunos dijeron que había sido el mejor concierto de la historia. Y lo fue. Y tanto que lo fue. ” *

Los ojos de un joven habían brillado de emoción durante todo el concierto. Se había quejado mil veces de la cantidad de gente que había y de los codazos que le habían dado aunque, después de beberse tres litros de cerveza, cada vez le habían importado menos. Nadie en el público lo sabía excepto él. Esa noche, Deneb Murphy supo que él iba a ser una estrella del rock. Que cuando él fuera famoso, el gran Russ Donovan, el mejor guitarrista de todos los tiempos, se quedaría en una anécdota. Pero mientras tanto, siempre sería su gran admiración y el espejo donde querer mirarse. Ese tío era Dios.

* *Por Sabela Giménez.*

Capítulo 3

1. No te enfades tanto

Creía que iba a ser mucho más fácil hacerse a una ciudad grande como esa, sin embargo, apenas había puesto un pie fuera del aeropuerto sintió que se le escapaba el alma corriendo delante de un millón de palomas que la perseguían porque llevaba un maldito trozo de pizza que compró en un take away. Pizza asquerosa, por cierto. Ya no volvería ahí nunca más. Bueno, seguro que no, porque ni se acordaba de donde era. Creía que sería fácil habituarse porque tenía mucha ilusión y muchas ganas de estar allí y de empezar su nueva vida. Claro, siempre se tienen muchas ganas para las nuevas vidas, sólo que a veces las nuevas vidas son más complicadas que las anteriores. Y, aunque creía que sería fácil habituarse y no lo había sido tanto, no perdía la fe en que todo iba a salir bien cada mañana.

Lo bueno de haber cambiado de trabajo y que le hubieran destinado allí era que tenía un bonito piso en una zona de alto nivel adquisitivo a costa de la propia empresa. El barrio más caro del país, según se decía. Vale no. No era verdad, pero sólo tenía que caminar dos manzanas para empezar a pasear por ese barrio, lo cual dejaba al suyo en buen lugar, ¿no? A pesar de eso, todavía no había investigado lo suficiente por allí como para poder corroborar que eran sólo dos manzanas y no cuatro. De todos modos, había una razón especial que le ponía nerviosa por la que no paseaba por allí. Y eso que quería hacerlo; con todas sus ganas quería, pero cuando eres así como medio indecisa, pues de nada te vale el querer.

Ya llevaba allí cuatro meses y tenía tres amigos, muchos compañeros de trabajo y una enemiga. La enemiga era la casera. A pesar de pagarla su empresa, siempre andaba por allí para «ver qué tal», y de verdad que la enfadaba profundamente. Era una mujer de unos cuarenta y tres años que se parecía a Dianne Wiest en Eduardo Manostijeras. La que dice lo de «Avon llama a tu puerta». Además solía llevar esa misma cara de sonrisa permanente como si le hubieran grapado la boca con los carrillos y no pudiera ponerse seria jamás. Y eso era lo que más le podía sacar de quicio de todo, que sonriera así cuando en realidad sólo quería husmear si había dejado platos sobre la encimera de la cocina. Ya tenía un truco infalible para atenderla en el rellano del portal y no permitir que asomara la cabeza por la puerta. Lo llamaba el juego del espejo. Si Ingrid, la casera, se movía hacia la izquierda para mirar por el quicio, ella se movía a su derecha poniéndose delante. Si alzaba la cabeza, ella también. Si se agachaba disimuladamente, encontraba la manera de agacharse del mismo modo. Pero bueno, a pesar de lo insoportable que era en esas ocasiones, bien era cierto que las dos primeras veces que se atascó el

baño, estuvo muy atenta. Quizá por eso estaba demasiado atenta desde entonces. ¿Quién es capaz de atascar el baño dos veces la misma semana? Ella era capaz.

Sus tres amigos venían a resumirse en: Vio, su compañera de proyecto en la oficina, con la que pasaba más horas que con nadie; Trizia, su estilista a la que contaba todo sólo porque tenía la confianza de haberle visto las ingles sin depilar; y Rico, el gay que vivía en frente, de nombre Federico, natural de La Pampa, pero como detestaba ese nombre tan de fraile que sus padres le habían puesto, prefería que allí todos le llamasen por las últimas cuatro letras.

—Nena, ¿tú sabes lo bien que sienta que cuando te llamen te estén diciendo lo bueno que estás y todo el dinero que tienes? —le dijo otra de las veces que le preguntaba por qué era tan hortera para elegir un apodo—. Tú deberías buscarte uno, porque Vega es, probablemente, el nombre más aburrido del universo.

—Tú eres tonto profundo —le contestaba ella poniendo los ojos en blanco y pasando de sus teorías—. Además, no veo posibilidad de atender si todos me dijesen "Ve".

—¿Y si te dijesen "Ven"? —preguntó el otro alzando una ceja con tonito sugerente y media sonrisa cautivadora. Vega lo miró con cara de aburrida y el chico soltó un bufido—. ¡Ay, hija! Pero mira que sos aburrida de la vida cuando se trata de hacer limpieza.

Eso hacían: limpieza. La mesa de su despacho estaba llena, hasta arriba, de papeles y de carpetones tremendos con las memorias de unos cuantos proyectos que parecían nunca terminar. Se había prometido ella misma que lo pondría todo en orden antes del lunes. Estaban a jueves, había tiempo. Sonrió a su compañero de tarea, siendo la agradable mujer que era el día que se conocieron cuando ella le arañó la puerta al meter en su casa una estantería de IKEA que tenía la caja rota por un pico. Aquel día el malhumorado fue él, pero terminó metiéndose en su casa como si fuera la suya, diciéndole dónde y cómo tenía que colocar los muebles y alabando que sus vistas eran mucho mejores que las de él. Y que su piso era más luminoso.

—En este despacho entra tanta luz que podríamos ponernos a tomar el sol en verano sin abrir los cristales —dijo en ese momento mirándola—. Si me invitas, claro.

—¿Sabes a qué te voy a invitar? —le preguntó ella colocando dos archivadores en una estantería—. A un viaje a las Bahamas, cuando sea millonaria. Te lo prometo.

—¡Ay, sí, sí! ¿Los bahamianos serán guapos?

—No sé si existen, pero seguro que lo son.

—¡Ay, nena! ¿Sabes quién es guapo, guapo? —le preguntó con una mano en el pecho a lo teatrero. Vega alzó la vista de una carpeta hasta su amigo de barba hipster y pantalones vaqueros arremangados y puso una mueca que preguntaba de quién se trataría—. ¡El tipo éste de esta revista! Me da pena tirarla…

La tarea que le había puesto a Rico era tirar todo lo que no tuviera que ver con proyectos de urbanización o licencias de locales comerciales en el centro. Todo, no quería ver nada de basura por ahí, pero, ¿revista? Vega frunció el ceño tratando de recordar y vio que su amigo se ponía a ojear un ejemplar de la Rolling Stone. Sus ojos se abrieron de par en par y salió casi a la carrera a quitarle la revista de las manos. Aquella revista no se podía tirar.

—¡No! No la tires —le dijo agarrándola con las dos manos. El otro tiró hacia él, ella también forcejeó—. No, en serio, es mi primera Rolling Stone. De 1998 y sale Den Murphy, que lo adoro con mi alma y mi vida y mi…

—¿Quién? ¿Éste? —decía el otro señalando al figura de la portada—. Yo también lo amo con mi vida ahora —agregó sin quitarle los ojos de encima al chico que sonreía en la fotografía—. Un momento, ¿1998? Pero cuántos años tienes vieja pécora…

—Veintiocho y ya le amaba con doce —le dijo la otra tirando de su revista y haciéndose al fin con ella.

—¿Y él cuantos tiene?

—¿Ahora? Pues… cuarenta y dos. Creo.

—Sólo veinte más que yo. ¡Es el hombre de mis sueños! —gritó emocionado el otro que siempre hablaba de que los hombres cuanto más maduros, más le gustaban.

—Olvídalo, es mío. Fue mío y lo será siempre. Además ni siquiera sabes qué canta, capullo.

—Sí que lo sé, la canción del anuncio de la Coca-Cola.

Vega miró a su amigo con media sonrisa de resignación. Sí, ya, ¿quién no había hecho una canción para Coca-Cola?

Capítulo 4

2. No te enfades tanto

El periódico no decía nada de él en la sección de ocio y celebrities. La vida era un asco. ¿Cuándo había dejado de importar su corte de pelo, o si se había dejado patillas, o si se había puesto una chupa de tal marca que al instante quería tener todo el mundo? Maldita sea, los periodistas eran un asco. Era culpa de esos chupasangres con veneno de tinta bajo la piel. Sí, porque en su cuenta de twitter, con tan solo trescientos veintidós tuits, tenía un millón y medio de seguidores. Supera eso, Lady Gaga. Bueno sí, la reina de la excentricidad lo superaba. Tenía una media de dos mil retuits sobre cada gilipollez que escribía, pero que no le hacían sentirse como hacía años. Y eso que hacía años no existía toda la gilipollez de las redes sociales. Él seguía escribiendo tonterías acerca de su equipo de fútbol machacando a otro y, mientras tanto, lo único que hablaban las revistas de él era que su mujer estaba con otro después de que él le hubiese engañado a ella durante meses. ¿Y ellos qué coño sabían?

—Deneb —le decía su abogada por tercera vez. Habían quedado en una cafetería del barrio para hablar sobre las negociaciones del divorcio y él estaba pesadito con encontrar algún atisbo de curiosidad sobre el lanzamiento de su próximo álbum. No lo soportaba, Jill no lo soportaba en absoluto con sus fanfarronerías, pero le pagaba mucho y al día. Eso y que se conocían desde hacía unos quince años le otorgaba el poder de hacerse pasar por su mejor amiga—. ¿Quieres mirarme de una puta vez? ¡No tengo toda la mañana para el rey del rock!

—Elvis está muerto —le dijo el tipo con los ojos en el periódico. Inspiró aire con toda la resignación del mundo y subió la vista para encontrarse con Jill. Joder, cuando se ponía en ese plan era una petarda de campeonato. Quizá podría proponerle sexo para que se calmara, no sería la primera vez que hubieran echado un polvo. Aunque ahora parecía que el horno no estaba para bollos y Jill se ponía muy coñazo con la moralidad y con que engañar a tu pareja no está bien y toda esa caca. Sí, cuando se lo montaron en aquel viaje a Saint Tropez parecía no acordarse de que él estaba casado. Eran otros tiempos—. Dile a la zorra de Brit que se quede la casa de aquí si quiere, me gusta mi piso nuevo del centro. El Porsche y la casa de Mallorca son míos y en eso no entro a discutir.

—Hemos venido a discutir sobre la custodia de tus hijos, lo de las casas ya me lo dijiste hace semanas, ¿no te acuerdas?

Den adoraba a sus dos hijos de diez y siete años. Eso era lo que más le jodía de todo. Había actuado como un egoísta toda su vida. Se había

acostado con tantas mujeres le apetecía después de cada show, con mujeres al otro lado del charco sólo porque estaba lejos de casa y luego volvía con la mujer de su vida. De verdad que la adoraba, era la única que de verdad lo entendía. Era la única que era madre de sus pequeños monstruos a los que él amaba hasta el infinito. Separarse de ellos había sido duro, pero él sabía que sus actitudes egoístas y las noches de concierto no eran las ideales para que un juez le diera la razón. Además, para ser franco consigo mismo, estaba en esa etapa de su vida en la que si no era responsable de él mismo poco podría serlo de Duhr y Ras.

—¿Qué ha dicho ella? —preguntó él con gesto preocupado.

—Fines de semana cada quince días. Todo el tiempo mientras ella este de gira y con excepciones cuando lo estés tú. Navidades compartidas y… —miró los papeles— una tarde a la semana que los recogerás del colegio. Vamos, lo normal.

La estrella del rock miró a su abogada y frunció un poco el ceño. Sonaba tan mal que le daban ganas de reventarle la cabeza a cualquiera que pusiera una pega. Pero sólo en su cabeza, no era plan de ponerse violento. A menos que hubiera allí un periodista para montar el número y que por fin su nombre apareciese en la Rolling Stone de nuevo. Pestañeó varias veces como si le sirviera para pensar de forma más clara y carraspeó con desatino, porque no dijo nada.

—Fuiste tú el que le dijiste a Brit que era mejor separaros… —le dijo ella.

Así había sido. Llevaba meses follándose a Meg, su asistente personal. Parecía ser la única persona en el mundo que quería hacerlo feliz de verdad. La única que le levantaba la moral, que le buscaba actuaciones con bandas amigas, fiestas a las que ir y que le recordaba, una y otra vez, que era una estrella. Desde hacía unos meses era esa mujer la que le hacía sentirse como en los noventa. Y no quería separarse de ella. Cuando Brit se enteró y montó todo el pollo, él hizo balance y le propuso un tiempo separados en el que pudieran ordenar un poco las ideas. Brit lo llevó mucho peor, aunque ahora parece ser que sale con alguien. Él y Meg están bien, aunque no puede evitar sentir que todo ha perdido una gran parte de la magia que tenía cuando era como un pecado capital. Como llevaba años viviendo en matrimonio, no había sabido vivir sólo ni una semana, así que Meg dormía todos los días en su casa. Vivían juntos. Quizá debería de haber esperado un poco, porque ahora Meg también le cargaba de vez en cuando.

Quizá tenía un humor de perros, era probable. Él siempre había actuado de forma despreocupada con la vida. Sonriéndole a cada infortunio y tomándoselo como una posibilidad de mejorar. Eso decían sus canciones, optimistas en su mayoría, las que hablaban de mundos mejores que

estaban por llegar. Sin embargo ahora todo se le estaba yendo al traste. Hacía dos años de su último concierto con su banda y terminaba hace poco de grabar el que era el último de sus discos hasta la fecha. Justo antes de que sucediera todo lo de su exmujer. Toda la campaña de promo se le había hecho un poco cuesta arriba con la mala prensa de un divorcio. Aunque, como bien decía Ach, su mánager, era mejor que hablaran mal de él que no hablaran nada de nada. De todos modos no era la primera vez que la mala prensa los mandaba a lo más alto, no se habían dedicado a destrozar habitaciones de hotel parte de sus primeros años para nada. Lo consideraban como una marca registrada de la banda. Todo el mundo hablaba de ellos durante un tiempo y luego ellos salían en cualquier programa diciendo que sí, que lo habían hecho y que les daba totalmente igual. Que eran ricos y famosos y que si el hotel tenía un problema que les pasaran la factura. Lo de sus escarceos matrimoniales, sin embargo, se había mantenido como un secreto durante muchos años aunque él pudiera tener pinta de no decir que no a nada. Incluso Brit había salido muchas veces en televisión diciendo que se fiaba totalmente de él, pobre ingenua. Aunque él estuvo muy enamorado de ella mucho tiempo. Sólo era de unos meses a esta parte que las cosas se habían puesto de lo más aburridas entre ellos y apareció Meg. La carrera de Brit también se estaba apagando desde hacía tiempo, ya no molaban las Courtney Love como parecían no molar los ídolos del Brit Pop. Las críticas sobre su última gira lo habían mellado mucho a él y habían calado mal en la banda. Les costó mucho tiempo volverse a juntar para trabajar. «¿Y si lo dejamos? Tenemos suficiente dinero como para poner dos McDonald’s cada uno y vivir de eso». En el caso de Deneb, que era el cantante, más aún. No sólo se había dedicado a la música, también había hecho bastantes campañas para firmas de moda y esa era otra de sus pequeñas pasiones, ser sexy delante de la cámara.

—Mira a ver si le puedes sacar los días que juega el equipo en casa, para poder llevarlos al fútbol —le dijo, finalmente, como medio suplica.

—Va a salir bien —le dijo ella con media sonrisa agarrando una de sus manos con confianza. Lo detestaba cuando era un arrogante, pero le quería mucho en el fondo y le parecía realmente enternecedor cuando se comportaba como un ser humano con sentimientos—. Te lo prometo, no te enfades tanto.

Capítulo 5

3. No te agobies tanto

Las pilas de papeles en la mesa de su oficina sí que se amontonaban como edificios a punto de sufrir un terremoto. Ojalá estuviese ahí Rico para hacer limpieza también. Vio estaba preocupada porque no le cerraban unos presupuestos y Vega se empezaba a preguntar si había sido buena idea aceptar aquel proyecto cuando tenían dos entre manos. No eran las mejores en la oficina ni tenían a su cargo los mejores negocios, pero le ponían empeño como si sí. Trabajar para arquitectos era un tanto cargante, pero le encantaba esa parte del derecho urbanístico. Comprobar que los planes urbanísticos y las ordenanzas permitieran según qué cosas y luego irles con el cuento a los arquitectos. La mayoría de las veces disfrutaba decepcionándolos cuando ellos pensaban en levantar el Empire State y la ordenanza decía que el máximo número de plantas en ese barrio tenía que ser diez. Disfrutaba pero disimulaba con cara de situación. La verdad es que los arquitectos tienen una forma de ser pretenciosa y bastante desafiante. Al menos con los que ella había tratado. Muchos de ellos se comportan como si el mundo les girara alrededor. Otros, los más jóvenes, iban por la vida como bohemios privilegiados a los que sus superiores despreciaban y parecía gustarles bastante ese victimismo. Sólo se llevaban bien con un par de chicas recién licenciadas que eran de lo más normal. Los otros, los de sombrero negro borsalino y camisetas de rayas del estilo del Picasso de la época parisina… esos, cuidadito con ellos.

—Tía, en serio, esto es una locura. En serio —decía desesperada su compañera—. Pero me da igual, ¿pasará algo si me invento el número de partidas de cemento para adoquinar una vía peatonal?

Vega miró a su amiga con una mueca que denotaba cuánto le sobrepasaba el tema. Ella ya había llamado tres veces al ministerio por asuntos de licencias y nunca se lo cogían. Se había cagado seis veces en la familia de cada funcionario, dos por cada llamada. Negó con la cabeza, quizá no pasaba ni media si se inventaba esas cosas de las partidas. Por suerte, Vega no hacía nunca presupuestos.

—¿Tengo cara de archivador? —preguntó de pronto mirando a su amiga. Tenía los ojos un poco marcados por las ojeras y el peinado un poco desecho. Violeta frunció el ceño confundida y Vega lo interpretó como quiso—. Vale, sí, tengo cara de archivador.

—Tía, ¿a qué te refieres con cara de archivador?

—A esta, a la que tengo ahora. La de "no he dejado de currar todo el fin de semana entre papeles haciendo sitio en mi despacho". Y aquí, en la oficina, más papeles. Definitivamente, tengo cara de archivador.

—Lo que tienes es cara de loca, que es lo que estás —se quejó la otra—. Y de que te hace falta echar un polvo. ¿No pasó nada con el compañero de piso de Rico?

Rico vivía en un piso de estudiantes compartido. Eran él, que estudiaba periodismo; Gabriel, otro chico de unos veinticinco que estudiaba farmacia pero nunca iba a clase, más bien se dedicaba a trapichear desde el salón de su casa; Sony, un irlandés al que nadie entendía cuando hablaba por lo que Vega no había entendido aún a qué se dedicaba en la vida y Lara, una rusa de esas imponentes, rubia de veintidós años que quería ser modelo.

—¿Con cuál? —preguntó Vega con media sonrisa—. ¿El de Londonderry que nadie entiende o el dealer de la facultad de biológicas? Ninguno me interesa. Aunque el irlandés, cuando está callado, tiene un pase.

—Tía, yo no es por nada, pero deberías poner el ojo en algún tío. Ya tienes edad.

—¿Qué dices? —se quejó Vega abriendo la boca con sorpresa fingida mientras le tiraba un bote de lápices, lleno de lápices, a la otra a la cara. Suerte que ni llegaron a medio camino, eso sí, se esparcieron por todo el suelo—. Que tengas un año menos que yo y un rollo desde hace mes y medio no garantiza que no mueras sola.

—¡Perra! —dijo la otra observando el destrozo de los lápices—. Tendré gatos, no moriré sola —añadió divertida—. Pero vamos, no te agobies tanto. Eres mona, algo te saldrá…

—¡Oh cállate, bicho! —Arrugó la nariz en una mueca de total desagrado hacia su amiga que tuvo que cortar porque sonaba el teléfono. Le sacó la lengua y agarró el auricular—. ¿Dígame? Habla con Vega.

Vio, en su mesa, ya parecía tener todo en orden y mandó a imprimir el previo de ese presupuesto que debía de llevarles a sus jefes a ver si valía. Sonreía a su amiga y le hacía burlas toqueteándose el pelo como veía que la otra hacía, que por fin hablaba con los que conceden las dichosas licencias. Se levantó hasta la impresora para ir mirando las hojas que salían y se puso a contarlas. Tenían que ser veinte. Ni una más ni una menos. Era algo especialita para los números redondos, manías de contable. Vega observaba a su amiga pelirroja con media sonrisa. Parecía bastante despreocupada pero tenía siempre todo bajo control y un

carácter bastante cortante cuando alguien le tomaba demasiado el pelo. Por eso Vega siempre le tomaba el pelo. La pelirroja alzó la vista hacia Vega, con las hojas en la mano y una sonrisa, se acercó hasta la mesa de su compañera.

—¿Nos vamos de fiesta esta noche? —le preguntó a pesar de que Vega atendía el teléfono—. No hagas como que no me escuchas. Sé perfectamente que me estás oyendo y que el del otro lado del teléfono te aburre como una mona. ¿Fiesta? ¿Drogas? ¿Rock and roll? —le seguía preguntando de forma tonta mientras la otra sonreía como si no la escuchara—. Tienes que ligar, Vega, tenemos que salir.

Vega hacía aspavientos para tratar de empujar a su amiga mientras sostenía una carcajada que no quería que le saliera en mitad de la conversación de negocios.

—Sólo dime que sí, vamos. Remilgada. ¿Salimos o no?

—¡Sí! —exclamo Vega en un tono cansado pero que no perdía el ánimo.

La pelirroja sonreía, acompañando a sus pecas que le daban un aspecto demasiado jovial, y le hacía un gesto inocente antes de salir de la oficina con los papeles en la mano. Aún intentó hacerla reír desde la puerta pero Vega trató de seguir manteniendo la compostura aunque le hacía una peineta a su amiga desde su asiento.

Sí que le hacía falta salir, definitivamente. Y todo eso de la vida de rock n' roll y todo eso. ¿Se estaba haciendo mayor? Ella antes se lo pasaba genial con una copa de ron en la mano. Estaba deseando colgar, y si tuviera la radio puesta, estaría deseando colgar mucho más rápido.

Capítulo 6

4. No te agobies tanto

Si no era la primera vez que hacía eso en veinte años, ¿por qué esa mañana estaba tan desquiciado? ¡Ah, sí! Porque la última vez que leyó algo de lo que tenía que ver con su música era para decir que sonaba desafinado, anticuado y que sus ademanes de chico de barrio, refinado con los años, ya no colaban. Se lo había dicho a Meg de veinte mil maneras posibles: «Si no funciona, lo dejo». Y la rubia de diez años menos que él, seguía animándolo como si fuera la última fan en el planeta. Creía mucho en él. Había creído en él toda su vida, en sus canciones, y ahora seguía creyendo en él. Meg lo amaba de pies a cabeza, era devoción lo que sentía por él.

La rubia entró a formar parte del equipo de la productora cuando terminó sus estudios de relaciones públicas. Era una mísera becaria que lo único que hacía era llevar el café en las reuniones de los peces gordos con sus explotados artistas. Mejor eso que nada. Un día le propusieron encargarse de la banda de Den. Ella tenía que controlar que todo estaba perfecto cuando los chicos llegaban a un evento, tenía que ordenar que les llevaran el café, que no faltaba agua en el backstage, que las guitarras no hubieran sufrido ningún desperfecto en el trayecto, tenía que encargarse de los billetes de avión, de la limusina que los recogía, de todo. Se ganó la confianza de Den bromeando acerca de cómo quería de caliente el agua de su bañera. Aquello le hizo demasiada gracia al músico y empezaron un vaivén de conversaciones sacadas de contexto y subidas de tono que empezaron a mitad de gira y acabaron en la cama, semanas después. Meg había avanzado mucho en el escalón de la fama, sin duda alguna.

—Escúchame, Deneb —le decía la chica tratando de que lo mirara a los ojos—. ¿Qué coño importa lo que pregunten? Tú nunca has tenido problemas en las entrevistas más comprometidas. Todo el mundo piensa que a ti todo te da igual, sólo compórtate como tú eres.

—Si este disco no funciona, te lo juro que lo dejo. Lo dejo, Meg. Se acabó la música para siempre.

Al otro lado de la pecera, en el estudio de la radio, el presentador del programa de media mañana estaba hablando de la carrera que lo había mantenido en auge sus primeros diez años. La cosa fue yendo en declive desde entonces. Que si era mejor cuando se drogaba, que si el pop comercial se ha comido al rock, que si la piratería ha hecho mucho daño a las discográficas. Pamplinas. Hay que estar en la brecha, como dice Ach, aunque estar en la brecha sea que tu mujer te acaba de poner a parir en

el HOLA. Pero Deneb Murphy no estaba seguro de si sabía seguir estando en la brecha.

—El último single, en su línea melódica de siempre, pero más desgarrador que su último trabajo, es un auténtico temazo. Estoy seguro de que lo va a pegar mogollón —decía el locutor con sus cascos puestos. Den inspiró aire pensando que mentía, pero ¿qué iba a decir? Primero porque él estaba delante y segundo porque seguramente le habría escrito el guion algún becario novato de redacción—. Os lo pongo en tres, dos, y… ¡han vuelto!

Den ya no escuchaba nada. Sólo veía miles de luces en el control y suponía que su último single estaba ahora mismo sonando en las radios de quienes estuvieran escuchando. Estaba nervioso, de verdad que lo estaba. Se pasó la mano por la cara de manera preocupada y comenzó a morderse el labio sin contenerse.

Al grabar, todos estaban contentos con el resultado. Los de publicidad habían hecho un gran trabajo. Meg había hecho un gran trabajo. Ach no paraba de alabarlo cada dos por tres. «Vamos a ser ricos, Den. Más ricos todavía. No se te gasta nunca el ingenio, eres un puto genio». Pero eso también había ocurrido la última vez. Ach le dijo: «No te preocupes, tío. Tienes un carrerón a la espalda. ¿Qué pasa por un disco que no ha pegado tanto? Tú música es buena, tío. Es el puto público de hoy en día que está gilipollas. La puta televisión, que les idiotiza, tío. Los niños de Disney, ese es el puto problema». Den se sintió un poco confuso con eso porque él pensaba que esos nuevos cantantes adolescentes no estaban tan mal. Y su mánager seguía con que eran basura. «Basura, tío, pura basura. Lo que tú hacías hace diez años sí que era música. Eso sí que eran canciones que ponían a la gente de pie. Eran lemas de una generación. Sólo tienen que acostumbrarse a este nuevo sonido». Den no pensaba que hubiera mucho nuevo sonido, sino un sonido antiguo retocado. Le parecía que este último disco sonaba más a los Beatles que nunca. Es más, sonaba a rock del de siempre. Sonaba a Elvis. Sonaba a gloria, ¿por qué estaba tan cagado? Él era el mejor. Era el mejor y punto.

—Soy el mejor —anunció mirando a Meg.

—Eres el mejor —terció ella completamente en serio.

Den asintió convencido. Tragó saliva y alzó la barbilla con su típico gesto de fanfarrón que era ya propio, nada de poses, él era así. Entonces el locutor le hizo un gesto. Ya podía ir pasando. Volvió a asentir, convenciéndose. Estaba nervioso. No lo podía evitar, hacía mucho que no hablaba por la radio. Entró al estudio y le dijeron donde sentarse, se puso los cascos y estiró la cara abriendo la boca, porque notaba como los

nervios lo agarrotaban.

—Estamos en publicidad, en breve entramos —le comentaba el presentador. Sonrió de forma confidente—. ¿Cómo estás? ¿Listo?

—Sí, tío. Un poco nervioso, pero sí.

—No me pasaré mucho —le dijo el otro de forma amigable. Necesitaba un Den suelto, con su humor ácido de siempre y esa capacidad de hacer a la gente escuchar. Tenía delante a una de las personas con más carisma del mundo de la música—. No te agobies tanto.

—Vale, tío —le dijo Den. Asintió otra vez, se rascó el pómulo mirando al suelo y volvió a morderse el labio inferior.

—¡Estamos otra vez contigo! Y digo estamos porque no estoy solo —comenzó el presentador cuando le hicieron una seña desde control—. Junto a mí está Den Murphy, el vocalista que ha marcado mi vida. ¡Buenos días Den! ¿Cómo estás?

—Hola, hola a todos —carraspeó Deneb en un intento porque su voz sonara clara. Se pasó la lengua por los dientes de abajo en un gesto un poco infantil y sonrió mirando al hombre. Mejor tómatelo como una conversación con un colega, sí, como siempre has hecho antes—. Pues, si te soy sincero, prefería estar en la cama, colega.

—¡Si ya son las once y media! —dijo el chico después de soltar una carcajada—. ¿Sabes, Den? Estoy súper contento y agradecido de que estés aquí con nosotros. He sido tu fan desde que era un crío y, por lo que he oído de tu nuevo disco, seguiré siéndolo una temporada más.

—¿En serio? ¿Cuánto coño hay que pagarte para que lo seas durante dos temporadas, tío? —soltó con toda su naturalidad. La de siempre. Meg sonrió al otro lado del cristal. Lo tenía chupado, con sólo hablar una frase se ganaba a cualquiera.

—Bueno, depende. Habla con mis jefes —le dijo el otro siguiéndole la broma—. Dime, Den, ¿cómo defines tu último trabajo?

—El mejor.

—¿Eso crees? ¿Supera a los primeros?

—Teniendo en cuenta que en el primero no sabía tocar la guitarra y que en este ya sí, creo que sí. Lo supera.

—¡Grande! —soltó el locutor con una risa. Sí, lo admiraba de verdad, no era postureo. Deneb empezaba a sentirse mucho mejor—. Lo que he

escuchado está muy en la línea de las canciones optimistas de tu primera época. ¿Y eso? ¿La crisis de los cuarenta o qué?

—¡Qué cabrón! —le soltó Den con una sonrisa sincera—. Puede ser que sí, tío. Te ves con cuarenta putos años, crees que ya lo has hecho todo y ¿cómo sigues ganando pasta? Nos sentamos todos en el mismo bar, nos miramos las jetas y dijimos: «¿Y si volvemos a empezar?». Y ya ves, eso fue lo que salió. Canciones de cuarentones con resaca de veinte años.

—Una Fecha para veros.

—Doce de abril.

—¿Ganas?

—No muchas, preferiría que tocaran otros.

—Y el disco, ¿cuándo sale? —le preguntó el chico después de soltar una sonora carcajada ante el comentario irónico de Deneb.

—Pues en dos semanitas —respondió el otro dando una palmada y frotándose las manos.

Capítulo 7

5. No te muevas tanto

—¿No te liaste con nadie? —preguntó la esteticista a su amiga mientras le pasaba el láser por las piernas.

Vega había ido a repasarse las piernas. Estaba contenta con el láser porque aquella era la tercera sesión y parecía estar dando resultados a pesar de ser tan morena. Se lleva bien con Trizia de verdad. Suponía que sería confidente con cualquiera de sus clientas pero dudaba que pasase con alguna otra las tardes de domingo viendo películas hartándose de Nutella, como con ella.

—No, con nadie —se rio la chica. No veía nada con esas gafas opacas de protección, pero imaginaba la cara que había puesto su amiga—. No había ningún chico interesante. Además apareció el rollo de Vio y me terminé yendo pronto.

—¡Vaya pestiño! —le dijo la rubia mientras pasaba a la otra pierna—. ¿Lo llamó Vio o llegó de sorpresa?

—Debe tener activada la localización del iPhone —se rio Vega. No lo sabía, la verdad. Sólo vio que el chico llegaba.

Se lo habían pasado bastante bien. La verdad es que sí que necesitaba despejarse. Se dio cuenta porque sólo le hicieron falta dos copas para embriagarse. Sí, a la segunda copa, Vio y ella estaban partiéndose de la risa de las cosas más banales. Desde hacía tiempo que picaba a Vio con su banda favorita. Congeniaron porque las dos admiraban la banda de Den. Y a Den. Lo mejor de cuando salían era que sonara una canción suya con la que fangirlear hasta morir. A pesar de todo, Vega siempre le decía que Den era suyo y que ella no podía quejarse porque estaba con un chico. «Tía, no me jodas. No compares». Y Vega le respondía: «Ah, haberte quedado soltera como yo esperando al hombre de mis sueños». «¡Tú estás loca y te vas a morir sola!», decía la otra.

No era tan obsesionada de normal, pero desde que Rico había encontrado la revista se le habían despertado sus instintos más adolescentes. Echaba de menos ser adolescente. No lo podía evitar. Estar rozando la treintena le hacía echarse a temblar en ocasiones. Sufría del síndrome de Peter Pan desde hacía tiempo y, mientras tanto, en su casa todas sus amigas empezaban a casarse o a ser mamás. Si se ponía a pensarlo, le parecía genial por ellas. Si se posicionaba ella misma en esa situación, seguía negándose en rotundo. Nunca se tenía por una inmadura, de hecho

pensaba que era muy valiente por haber dejado la comodidad de su casa para aceptar un trabajo lejos de todo. Sus amigas que ya iban a ser madres no eran ni la mitad de maduras que ella. Era una cosa extraña, una especie de equilibrio entre siempre ser una niña y ser independiente y no necesitar nada de los demás. Al menos para vivir. Era un limbo en el que, por raro que pareciese, se sentía demasiado cómoda.

En todas las cabinas se oía la radio. A pesar de que la máquina del láser hacía mucho ruido, en aquella también. La canción que llevaba días escuchando sonaba ahora dentro de la cabina. Casi da un grito de emoción.

—No, no te muevas —le regañó su amiga que se había asustado con el sobresalto de la otra—. No te muevas porque pierdo la línea…

Pero era imposible, es que le encantaba esa melodía que empezaba con un bajo al que pronto se le acompañaba una guitarra. Y luego... eso, su voz. La voz. ¡Ay, qué voz!

—¡Tía! Me encanta, me encanta, me encanta, me encanta. ¡Es que me encanta la nueva canción de Den!

La esteticista se rio sin contenerse. Sabía que le gustaba porque aún tenía posters de él en los pasillos de su casa. Cuando los vio por primera vez le preguntó que a qué se debía. Vega le contestó que era arte. Ese día, Trizia supo que no podía tomarla en serio nunca. A veces le discutía sobre música y ella parecía no querer ni oír hablar de algo que no fuera rock.

—No está mal, ¿eh? —preguntó de forma retórica la rubia.

—Tía, es genial —le contestó animada—. No me imaginaba que me fuera a gustar tanto. Mucho mejor que el último disco. Me chifla. Espero que el resto de canciones estén a la altura.

—¡Ay! ¿Cómo se me pudo haber pasado contártelo? —le dijo la chica con verdadera culpa en el tono. Vega no dijo nada, sólo movía la cabeza al ritmo de la canción—. El otro día le vi.

—¿A quién? —preguntó Vega despreocupada.

—A Den Murphy —le dijo, esperando una reacción exagerada de su amiga, pero nada. Se extrañó pero continuó—. ¿Sabes la peluquería de hombres que hay en la acera de en frente? Pues tuve que ir a ver si tenían cambio y estaba ahí cortándose el pelo.

Y era verdad. En su última foto en twitter tenía corte de pelo nuevo. Muy corto, pero genial porque marcaba sus facciones. A Vega le había encantado, pero es que le encantaba cualquier cosa que se hiciera o se

pusiera. Era esa actitud, esa manera de pararse con las piernas abiertas y los pies apuntando hacia afuera. Era guapo por su manera de ser.

—¿Me vacilas? —preguntó Vega lentamente.

—No. Te hablo totalmente en serio tía, se corta el pelo ahí en frente. No tenía ni idea.

Vega se sacó las gafas esas y se incorporó en la camilla. Se quedó mirando a su amiga totalmente anonadada. ¿Qué? Compartían la calle para ponerse guapos, pero… ¿qué? ¡Ay, por favor! Tenía que cruzar la calle, entrar en esa peluquería, pedirles un mechón de pelo de Den y luego buscar Hogwarts en el mapa para que Hermione le hiciera una poción multijugos que daría a beber a cualquier chico para tener un Den en casa. O, más fácil que eso, tenía que ir a esa peluquería todos los días de su vida a ver si lo veía, directamente.

—¡Tía, tía, tía! Yo tampoco sé cómo es posible que se te pasara y no me dijeras nada. ¡Qué fuerte!

—Ponte las gafas, no quiero dejarte ciega. Y con lo que te mueves, quizá es posible —le dijo la otra, pero Vega hacía oídos sordos—. Si lo sé no te lo cuento, te has quedado en stand by.

No era precisamente en stand by porque la cabeza de Vega estaba ya planeando una boda preciosa a la que acudiría Paul McCartney. Definitivamente estaba siendo más adolescente que adulta en ese instante.

No tenía muchos amigos por allí, pero aquella ciudad había sido amable con ella por muchas cosas. Y le gustaba, le gustaba bastante estar allí. Tenía de todo. Y ahora, también, tenía un Den Murphy salvaje tan cerca.

—Vive cerca, por lo visto, me lo dijeron los chicos luego. Y siempre va allí. Pero no te preocupes, si algún día decide quitarse el entrecejo y viene aquí, ese día te llamo, te lo prometo.

—¡Aaaaaaaaaaaaaah! Me muerooooooo.

Capítulo 8

6. No te muevas tanto

¿Por qué no entendía que no le apetecía salir? Quería estar en casa, encerrado, fumarse un canuto tranquilo, a lo mejor jugar a la consola y dormir. Pero no, Meg no lo entendía. Meg quería salir, quería que él sociabilizara. Esa noche había un evento en una discoteca del centro, de esos en los que alguien presenta algo. Quería que se codeara con gente y que todos alabaran su nueva canción, que lo estaba petando en la radio. Pero él no tenía ganas. Simplemente no estaba preparado mentalmente para algún comentario despectivo. ¿Era el miedo escénico que lo atacaba hasta ese punto tan maquiavélico? ¿Ahora? ¿Veinte años después?

Era todo. Era que su casa no era su casa de siempre sino otra. Era que Meg no era Brit, que el perro de Meg no era su perro. Era que no veía a Duhr jugando con la pelota en el jardín o que Ras no estaba por allí con un libro de lectura haciéndole ver lo rápido que leía ya.

¡Maldita sea! Qué difícil era ser egoísta en esos momentos. Con lo fácil que le había sido toda su vida. Aunque en realidad lo seguía siendo, sólo que Meg no lo entendía.

—¡No me jodas más, Meg! No quiero ir a esa puta fiesta, no me apetece una mierda. Ve tú si quieres. Llama a Cob o a quien te salga de la polla. No tengo ganas de que soplapollas me digan lo bueno que es el tema. ¡Joder! Obvio que es bueno, es mío.

—¿Tienes que decir todas esas palabrotas al hablar?

—Sí… —le contestó mirándola. Se le escapó una sonrisa.

Meg alzó una ceja de forma contradictoria a la sonrisa que tenía en la cara, por eso Den se quedó dudando mientras la miraba. ¿Estaban de broma o no estaban de broma? Da igual la edad que tenga una mujer, todas son difíciles de entender. La chica se sentó sobre las rodillas de él y lo abrazó rodeándole el cuello con los brazos. Se quedó mirándole fijamente. Era tremendamente guapo a pesar de las patas de gallo que se le formaban en los ojos. Ya no había rastro del chico de veintidós años que empezó a cantar en los noventa. Ya era un hombre, con sus arrugas y sus marcas de la edad. Sin embargo, seguía siendo un hombre guapo, demasiado guapo. O no, pero así lo veía Meg. Estaba enamorada de él hasta puntos insospechados que ni ella llegaba a comprender. Sería capaz de cualquier cosa por seguir manteniéndolo a su lado. Habría quién la tachara de enferma. Miles de bloggers se habían llevado las manos a la

cabeza cuando se confirmaba su relación. ¿Acaso no veía que él iba a engañarla como a Brit? ¿Acaso estaba loca, con diez años menos que él y jugando a las mamás de otros niños que no eran suyos? ¿Acaso no veían ellos que a ella le daba absolutamente igual? ¡Amargados! Era la mujer más feliz en la Tierra y estaba haciendo feliz al mejor hombre en la Tierra. Punto.

—Me gusta cuando sonríes porque se te hacen marcas aquí… —le decía clavándole los dedos en los hoyuelos que le aparecían al sonreír.

—A mí me gustas tú entera, cuando sonríes y cuando no.

Meg sonrió de forma instantánea, como si Den pulsase el botón de la risa. Luego ladeó la cara mirándole fijamente, aprendiéndose su gesto de memoria. Sus ojos azules de largas pestañas, su barba incipiente, su nariz afilada, el pelo que se le arremolinaba rebelde delante de las orejas, la personalidad que le daban unas cejas espesas… Sin duda era guapo, muy guapo. No sabría decir qué era lo que más le gustaba en su físico. Adoraba todos sus cortes de pelo y todo su armario. Adoraba sus patas largas y su espalda ancha. Disfrutaba de su sentido del humor, absurdo muchas veces e irónico casi siempre. Sufría de amarlo tanto.

—A todos les gustas cuando sonríes… —comenzó a decir como sugerencia. Él frunció el ceño. Ella se mordió el labio con resignación.

—No empieces otra vez, en serio. ¡No voy a ir! ¡No voy!

—Pero si están deseando verte. Estarán un montón de amigos tuyos —le decía, acariciándole el pelo con una mano—. Todos están deseando verte, Den.

—Sí, todos estarán deseando preguntarme qué tal mi puta vida sentimental. Se la suda el disco, Meg, la gente es jodidamente cotilla y no me apetecen. No veo que muchos me hayan llamado para decirme: «Eh, tío. Puto genio, te has vuelto a lucir».

—Tampoco te han llamado para preguntarte por tu novia de treinta años —apuntó ella con cierto rintintín.

—Porque esas cosas la gente te las echa a la cara, como si fueran más amigos tuyos por preguntártelo en un susurro en mitad de un puto cocktail entre que canta una puta banda nueva y un viejo rockero consagrado. La gente es excesivamente frívola en este mundo.

—¿Sabes qué creo, Den? —preguntó ella levantándose de repente. Alzando la voz con algo de fastidio—. Creo que tienes miedo porque el último disco no fue un éxito a nivel de otros trabajos. Pero te lo juro que no te puedo entender. Lo has grabado emocionado y no parabas de

repetir que te ibas a mear en todas las críticas porque no iban a poder sacarle pegas. ¿Se puede saber por qué ahora te auto-boicoteas la promoción? ¿Me lo explicas?

Den abrió los ojos de más observando a su novia. Los ojos y la boca. Y sin saber qué decir. Sí que pensaba, su cerebro le había dado la respuesta, pero no tenía palabras reales para soltarlo por la boca. La diferencia entre grabar un disco estando felizmente casado y presentarlo cuando tu vida se ha dado la vuelta es, precisamente, todo. Ya no era tan joven para hacerle creer a todo el mundo que le daba igual la movida. No le daba igual, obvio.

—Quédate en casa conmigo —le pidió él mirándola con el gesto más relajado, en un tono con un alto índice de súplica.

—No —contestó ella. En verdad le partía el corazón verlo así y, a veces, pensaba que era culpa de ella. Por eso necesitaba alejarse de él en ese instante, no podía culparse de lo que él no quería hacer—. Tengo que ir, habrá gente a la que hablar de tu disco para cuando te apetezca trabajar y concederles entrevistas.

Él la miró de forma cansada. No tenía ganas de que lo estuviera convenciendo así, como haciéndole creer que era un idiota por no hacerle caso. Lo era, sí, y ella era muy trabajadora. Demasiado. Tenía razón, eso seguro. Pero aquella noche estaba desmotivado.

—No te enfades, nena.

Meg rodó los ojos. Sí que estaba un poco enfadada. ¿No se daba cuenta de que ella hacía todo por él? Puto egoísta y cuánto le gustaba. Lo miró de reojo y lo vio medio sonriendo. Maldita fuera esa sonrisa. Volvió a rodar los ojos y notó que él se levantaba para abrazarla por la cintura detrás de ella. Comenzó a besarla el cuello lentamente haciendo que se le parara el tiempo. Den tenía esa mala costumbre de conseguir que a ella se le diera la vuelta al estómago y que sintiera cómo corría la sangre por sus venas. Meg cerró los ojos y él dibujó una línea invisible sobre la piel de su cuello con la nariz, besó su mandíbula mientras la giraba suavemente entre sus manos para quedase mirándola fijamente. Malditos fueran esos ojos azules otra vez.

—¿Vas a ir? —le preguntó él de forma melosa.

—Sí.

—¿Me traes tabaco? —preguntó con una sonrisa en los labios y un tono totalmente apaciguador.

—Te odio, Deneb Murphy —le dijo ella sin quitar una sonrisa que se le alojaba en la cara—. Te odio muchísimo.

—Yo a ti también te odio muchísimo —le respondía él justo antes de posar sus labios en los de ella y besarla buscando su lengua. Ella lo recibía bien, así que no se apartó. Disfrutaba de ella.

Para Deneb, Meg era como un soplo de aire fresco que le llenaba de una energía tremenda y una insuperable vitalidad. A pesar de estar enfadado casi todo el tiempo con el mundo, ella conseguía templarlo sólo con estar ahí con sus preciosos ojos azules y su perfecta sonrisa. Le divertía verla con el ceño fruncido, pero era incapaz de hacerla enfadar del todo. Le daba miedo que se enfadara de verdad y lo dejase tirado. Además, ella desprendía una candidez que a él no le gustaba apagar porque lo tranquilizaba. Se preocupaba por ella. Sabía que no era fácil ser la señalada por millones de seres humanos criticones. Sabía que ella tampoco es que lo pasara bien por culpa de su aventura, pero ahora estaban juntos en esto. Ella parecía ser mucho más valiente que él en todos los sentidos. Salía a la calle sin que le importaran las cámaras o los comentarios. Él había sido así siempre. Tenía que empezar a relajarse. En la radio lo consiguió y todo terminó siendo tan genial como siempre.

—Voy a follarte, si no te importa —le dijo separándose de ese largo beso que lo mantenía pegado a ella. Se pasó la lengua por el labio inferior mirándola fijamente.

—¿Qué quieres que diga? No me importa para nada —soltó ella junto a un suspiro.

Amaba a esa chica, era lo único que le importaba en ese momento. Amaba rozar su cadera con las manos, estrecharla contra él y amaba todo su cuerpo con virtudes y defectos. Pero lo que él amaba por encima de todo era que ella lo adoraba a él, sin duda alguna.

Capítulo 9

7. No te obsesiones tanto

Vega no paraba de reírse mirando su teléfono móvil. Esa mañana de viernes, después de toda la semana currando un montón, estaba bastante más relajada. Rico le estaba escribiendo mensajes contándole su alocada noche de juernes universitario. Le estaba pareciendo de lo más cómico que su amigo hubiese entablado conversación con un camarero del local donde salió, que le ponía luces de cruce como si le gustara, pero que resultó ser novio de la gogó que bailaba en una tarima.

Rico Online

¡Bastardo total!

Eres un pestiño, por eso se buscó una novia.

Mira, graciosita, me dijo:
"Bonita barba". Tía.
BONITA BARBA.
¿Estás de coña? ¡GAY!

Jajajajajajajajajajajajaja
Resulta muy sospechoso.
¿No le preguntaste si era fan de Barbra Streisand?

¡Oh! ¡Cuánto cliché!
¿Por quién nos tomas?
□□
Sí, se lo pregunté.

JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA □□□□

Shut up, bitch. □□

Vio la miraba desde su mesa, con una ceja arqueada y con ganas de que le contara qué era tan divertido. La pelirroja aún estaba mejorando un presupuesto de los que acostumbraba ya a hacer, pero estaba deseando terminar para tirarse sobre Vega y enterarse de la movida. Volvió la vista a la pantalla de su ordenador y suspiró profundamente observando el libro

de Excel lleno de números. Definitivamente, no. Prefería tirarse sobre su amiga.

—¿Qué es tan gracioso, eh? —le preguntó olisqueando por detrás de ella para intentar ver lo que ponía en la pantalla del teléfono de su amiga.

—Nada, Rico ligando anoche con un hetero. O eso le dijo después de una larga charla sobre barbas y Barbras.

Vio movió la mano en el aire exigiendo que su amiga le diera su teléfono para leer toda la conversación de principio a fin. Vega no le encontró inconveniente y se lo dio, de hecho así se reirían juntas. Y así sucedió, puesto que Vio no paraba de releer en alto aquellas frases que le hacían más gracia, negando con la cabeza y dramatizándolo todo con un montón de gestos exagerados. Vega se estaba divirtiendo muchísimo. Aunque, una figura en el pasillo llamó su atención. Un hombre estaba como esperando a alguien.

—Como me suena ese hombre…

—Será famoso —le dijo Vio despreocupada mientras le mandaba un mensaje a Rico diciéndole que debería ponerse un letrero luminoso la próxima vez que salieran.

—¡Sí! Sí que lo es —dijo la otra cayendo en la cuenta—. ¿No es Cobe Burke?

—¿El que juega en los Lakers?

—No tía, ese es Kobe Bryant —le respondió Vega con el gesto torcido. ¿Qué tenía que ver uno con el otro?—. Es un colaborador de un programa de estos de por las noches en el que entrevistan gente. Es un tipo bastante gracioso.

Vio alzó la vista por fin y vio al hombre. Arrugó la frente y lo escudriñó para situarlo. Quizá con menos barba y unas gafas de pasta… a lo mejor podía ser ese que decía su amiga. Se encogió de hombros y el tipo por fin estrechó la mano a uno de los arquitectos y desapareció de su vista.

—¡Venga! Termina ese presupuesto, quiero bajar a tomar un café. Ya por fin es viernes. ¿Sabes qué? ¡Voy a poner la canción de Den para que te animes! —le dijo Vega a su amiga mientras sonreía de forma divertida.

Vio se quejó por quejarse y se levantó hacia su mesa. Le gustaba la canción de Den, era bastante pegadiza con ese ritmillo y el coro detrás. Aún no se sabía la letra entera, pero ya las dos entonaban el estribillo como si la canción tuviese cinco años. Y así, mientras Vio se ponía manos a la obra, Vega se levantó y bailoteó por todo el despacho, teniendo que

sortear las estanterías y los cables del suelo. Vio procuró no hacerle ni caso y ponerse a lo suyo, sólo dos partidas más, nada más que dos partidas. Vega, después de sortear una pila de papeles que podrían haberse caído al suelo si les hubiera dado un caderazo, no tuvo tanta suerte y pisó uno de los lápices que aún estaban por el suelo desde el lunes. Se resbaló cayendo de culo contra la mesa de su amiga.

—¡Aaaaaaauh! —se quejó.

—Eso ha sido un castigo divino por dos cosas. Una, por bailar delante de mí cuando yo estoy trabajando y dos, por tirarme los lápices el otro día.

—¡Joder tía! ¿Pero por qué aún hay lápices en el suelo?

Vio se reía sin quitar la vista de la pantalla de su ordenador y la otra se quejaba frotándose el golpe. Ya se quedó sentada sobre la mesa y balanceó los pies lo que restaba de canción mientras miraba al techo. Se cortaba el pelo tan cerca de su casa… ¿y si paseaban por el mismo sitio y ella no lo sabía? Podría ocurrir. Podría estar ocurriendo en ese instante, en realidad. ¿Y cuánto le conocía ella? Después de veinte años pensaba que sabía todo de él. Tendía a idealizarlo, sí. Era imposible no pensar que debía de ser el mejor amante del mundo. Tenía cara y tenía pinta de desenvolverse bien en ese ámbito. Y su chulería innata y todo ese ego también parecían corroborar la teoría. Pero eso no era todo de Den, no era sólo ese ser magnifico que puede tocar las estrellas con la mano y no quemarse, guapo como un Adonis y carismático como el que más; también tenía canciones donde imprimía sentimientos que lo traían de vuelta a la Tierra. Que lo convertían en ser humano. Y luego, cómo hablaba en las entrevistas, los gestos que tenía continuamente. Esa inseguridad que parecía mostrar con el lenguaje no verbal. ¿Sería tan tímido en la vida real? Seguro que el gran ego era una fachada y luego él era demasiado cariñoso y súper adorable. O no, mejor que fuera un tipo duro y difícil de pulir. O… bueno, ¿qué más daba? A ella le gustaba de todas las maneras en las que se lo había imaginado. Porque sí, por triste que fuera, todo lo que sabía de Den se lo había imaginado. O supuesto. ¿Y él que sabía de ella? Nada.

Menuda mierda.

—¡Ya está! —anunció alegremente su amiga, levantando los brazos como si hubiera marcado un triple.

—¿Sí? ¡Pues vamos!

Subían al ascensor con una sonrisa. Lo mejor del viernes es que salían antes y ya quedaba poco para salir. Tenían siempre mucho curro, pero tampoco tenían unos jefes muy ogros. Eso, y que les pagaban el alquiler de sendos pisos, casi los hacía los mejores jefes del mundo. Vega pulsó el botón del ascensor para ir a la planta baja pero, antes de que se cerraran las puertas, un hombre hizo un gesto y casi llegó a la carrera hasta el ascensor. Vio tuvo que poner la pierna en el sensor para que se volvieran a abrir las puertas, y eso que le daba pánico de que no funcionara y se le cortara la pierna en plan dibujos animados.

—¡Ay! Gracias —dijo el hombre.

—Nada… —contestó Vio. Se le quedó mirando y se le escapó una sonrisilla cargada de intenciones. Estaba bueno.

Vega miró a su amiga frunciendo ligeramente el ceño por aquel atrevimiento, pero luego el hombre sonrió de forma cortés y a ella se le escapó una risita. Era Cobe, el de antes, y sí, visto al natural era lo suficientemente guapo como para que su amiga le hiciera ojitos.

—¿Vais para abajo? —preguntó él cuando las puertas se cerraban.

—Sí —contestó Vega sin mostrarse demasiado obvia, la verdad es que la pregunta era un poco tonta, pero en los ascensores no se suelen tener grandes conversaciones—. Hora del café —añadió simpática.

Él las miró a las dos, asintiendo de forma agradable. Pensando que estaban muy buenas, las dos. Pensando que si tuviera unos años menos habría ido directo a por alguna. Ahora la vida era de otra manera, mucho más relajada a pesar del mundo del espectáculo.

—¿Vais al bar de abajo? —preguntó—. He quedado yo con un amigo —comenzó a explicar. Vio asintió de forma apresurada, él sonrió. Entonces sonó el teléfono del tipo en el bolsillo. Lo sacó y sonrió al ver que tenía un mensaje grabado en su whatsapp. Ese bastardo siempre tan vago como para escribir. Le dio algo de apuro escucharlo delante de ellas, pero siempre te puede la curiosidad cuando se trata de un mensaje de voz. Pulsó. «Voy tarde, capullo». Y ya está. Cobe miró a las chicas con un gesto de resignación y se encogió de hombros—. Pero viene tarde. Para variar.

Vio sonrió demasiado y Vega lo escudriñó un momento, pero después sonrió también y se encogió de hombros. No era como para ponerse a preguntar quién era su amigo ni si siempre llegaba tarde, ¿no? No. No debería hacerlo. De todos modos, Vio ya se le estaba adelantando.

—¡Qué mala pata! Vas a tener que invitarnos a un café y a contarnos

qué estás haciendo aquí.

Él soltó una ligera carcajada mirando a la chica. Vega no iba a regañarla ni nada, aunque le sorprendió, pero también había hecho cosas muy locas cuando le gustaba un tío normal y corriente de la calle, así que aquello no era nada. Él no parecía estar en desacuerdo, para sorpresa de la morena. Parecía un buen tipo, aunque no se sabe cuánto te puedes fiar de los tipos de la tele. Quizá eso lo hacen todos los días y luego comentan a cuantas tías se han llevado al huerto en el baño de un bar de desayunos. Vega frunció el ceño ante sus propios pensamientos y luego vio como las puertas del ascensor se abrían delante de ella. Fue la primera en salir. Cuando echó la vista hacia atrás se sorprendió viendo a dos personas que se sonreían demasiado. ¿Por qué todos los hombres del mundo se fijaban en Vio? Era guapa y simpática, vale, pero ella también, ¿no? Temía que si un día se encontraban a Deneb Murphy, la pelirroja le gustase más que ella misma. Podría pasar. ¡Ay, no, no!

Pero no todo fue tan sobre ruedas como le hubiera gustado a Vio. Después de que pidieran el café y él les dijese que estaba allí porque tenía intenciones de reformar un local en el que había invertido para hacer una pequeña sala de conciertos y pub de noche, le llamaron por teléfono y así estuvo, fuera del local, hablando como diez minutos largos.

—Tía, se nos acaba el descanso de quince minutos y éste chico no vuelve a entrar… —le decía Vio a su amiga con gesto preocupado—. Es súper majo, ¿no?

—Bueno, si todo va bien y haces un presupuesto razonable, lo verás muy a menudo por la ofi —le dijo la otra arqueando las cejas con una sonrisa enorme.

—¡No había pensado en eso! —exclamó la pelirroja mirando a su amiga, señalándola con un dedo como si hubiese sido una auténtica Sherlock Holmes.

—Vale, cuando seáis novios y vivas en su piso gigantesco en todo el centro, procura invitarme a las fiestas que haga. Tengo que conocer a Deneb. A alguna irá, digo yo.

—¡Tía! ¡Qué obsesión! —le dijo su amiga con una sonrisa enorme—. ¿Y si no se conocen?

—Pues tú, como serás su novia, le mandarás mensajes subliminales cada día para que termine queriendo conocerle. Entre famosos todo es más fácil. Luego me lo presentaréis y nos casaremos y seremos felices los cuatro.

—Y ya está. Vida resuelta —agregó la pelirroja antes de soltar una carcajada—. ¡Tú estás loca! A esta gente no se los pilla, tía. Estos a lo sumo te echan un polvo y ya date con un canto en los dientes.

—Yo me lo daría con una noche de sexo con Deneb.

—Propónselo en twitter.

—Lo haría si me hiciera caso, pero qué va. ¿Sabes que no sigue a nadie el muy flipado?

—¡No te obsesiones tanto!

Vega sonrió ante lo que su amiga le decía. Obsesionarse era hablar demasiado, pero no podía evitar tenerlo en la cabeza todo el día. Ocurría porque la canción se oía en todas partes y porque su cara comenzaba a decorar las paredes de la ciudad junto a la fecha de salida de su disco. Bueno, obsesionarse era decir mucho, aunque odiaba a esa tal Meg hasta lo insospechado. Maldita fuera esa que se lo tiraba todos los días. Esa podría ser ella perfectamente, si casi tenían la misma edad. ¡Maldita Meg! Perra.

—No podemos alargar mucho más esto, tía —le dijo Vega a su compañera señalando las dos tazas vacías y las migas de las pastas que ya se habían comido.

—Ya. Éste hombre de mis sueños se lo ha perdido.

Y entonces, el de la tele, llegó a la mesa otra vez. Se rascó el cuello con algo de culpabilidad y sonrió al ver que ellas se levantaban. Arrugó la nariz para demostrar que no estaba contento con haberse entretenido y ellas se encogieron de hombros a la vez.

—Tenemos que volver al curro —le explicó Vega simpática.

—Claro, chicas —le dijo él—. Un placer, ¿eh?

—Sí. Nos veremos por aquí —añadió Vio—. ¿No? —preguntó con bastante interés mientras le clavaba la mirada y arqueaba una ceja de forma sugerente.

Él sonrió con el ego por las nubes y asintió mirando a la pelirroja. Luego miró a la morena y le dedicó otra sonrisa. Estaba buenas, las dos. Joder, ¡qué pena!

—Pues hasta cuando quieras volver —le dijo Vega simpática.

—Hasta muy pronto, chicas.

Capítulo 10

8. No te obsesiones tanto

¡Joder! No se lo iba a creer porque siempre andaba con excusas de esas, pero su taxi había pinchado una rueda. ¿Le puede pasar eso a alguien? Definitivamente él tenía la peor suerte del mundo. Después de esperar unos diez minutos al tipo sacando la rueda del maletero y toda la pesca, al final decidió coger otro taxi y pagarle la carrera. Aunque el hombre se deshizo en disculpas, Den terminó por reírse y decirle que comprara un tanque, que no tienen ruedas.

Entraba al bar donde Cob le esperaba y observó, así lentamente desde la puerta, cuál era la mesa donde estaba su amigo. Sintió que alguna gente lo miraba demasiado, pero estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. Un tío joven, en la barra, le paró un momento para hacerse una foto con el móvil. No le importaba, siempre y cuando no se convirtiera en un photocall con todo el bar. Aunque, si eso sucediera, él sería el que propondría hacerse una foto de plantilla. Una sólo con todos juntitos y tirando. El chico le dijo cosas, él sonrió de forma agradable. Lo típico: «Eres grande, tío. Muy bueno lo último que has sacado. ¿Cuándo sale el disco?». Esas cosas.

El dueño del bar lo saludó de forma agradable. No era la primera vez que estaba allí con Cob, aunque no era tampoco el bar donde él prefería hacer ese parón de media mañana. Al final, se sentó con su amigo dejándose caer en la silla. Puso las manos en los apoya brazos y apoyó un tobillo sobre la rodilla contraria.

—¿Bien o qué? —le preguntó Cob.

—No te haces una idea, ¡qué puta mañana! —le dijo. Sonrió a la camarera que se le acercaba. Ella tenía una sonrisa inmensa y Den pensó que igual le iba a dar un patatús ahí mismo. Le encantaba seguir generando eso en las mujeres. Joder, adoraba ser una estrella del rock. Definitivamente, lo adoraba—. Un café cortado, por favor. Y uno de esos pasteles de zanahoria no, lo que sea menos zanahoria. Gracias —le dijo.

La chica asintió y se fue sin apuntarlo ni nada. Den esperaba que se acordase. Bueno, no era tan complicado, aunque él sería pésimo camarero. De todos modos no le había puesto Dios en la Tierra para servir a los demás.

—Se acaban de ir dos chicas que te habrían encantado —le dijo Cob dejando los papeles que ojeaba en la mesa—. Una pelirroja y una morena

que te lo flipas, tío —agregó clavándole la mirada y media sonrisa malvada—. Te hubiera gustado la morena.

—Sí, mejor, porque a las pelirrojas les tengo manía —le dijo el otro. Se hacía el duro, como si realmente no le importara lo que su amigo le decía, pero la verdad es que le picaba la curiosidad—. ¿Y de qué las has conocido? ¿Te han pedido mi autógrafo?

—Jo, jo —se rio Cob en plan burlas hacia su colega—. Trabajan en el estudio este de arriba. Estaban buenas, te lo juro. Si no te gustan las pelirrojas, para mí entera.

—Quizá suba un día contigo a ver —le decía el otro aun con esa actitud que parecía decir que todo le daba igual. La camarera llegó con su café. Al principio bien pero según ponía la taza en la mesa empezó a temblarle la mano. Den apartó la mirada como si no se hubiera dado cuenta. No sería el primer café que le tiran encima por ser guapo—. Gracias —le dijo. Omitió su típico "nena". Comenzó a servirse azúcar.

—¿Chocolate y bizcocho de almendras? ¿Bien? —preguntó la chica algo trémula mirando a Den. Él alzó la vista y miró al plato, asintió—. Vale, pues… eso.

—Sí, bien, nena —le dijo finalmente—. Gracias, luego te digo. Si no me gusta, me lo descuentas, ¿no?

Aquel tipo de bromas, aquella forma de hacer reír a las mujeres. Él era fan. Era fan de sí mismo cuando estaba en ese plan. Ella se rio y se alejó sin dejar de mirarle. Él le dedicó una sonrisa genuina y luego llevó la vista a su amigo otra vez. Alzó las cejas en plan: «Supera eso».

—No seas tan flipado, Den —le dijo su amigo con toda la naturalidad del mundo—. O sea, mírate y mírame. Te doy mil vueltas y, además, salgo en la tele. Estaba nerviosa cuando me ha traído el café a mí primero.

—Que sí, que sí, y a las otras dos las has puesto mazo nerviosas. Ya veo como siguen aquí, tío.

Cob miró a su amigo con una sonrisa. ¡Qué cabrón! Igual se pensaba que era mentira o algo, pero ya lo vería con sus propios ojos. Le hizo una peineta mientras con la otra mano cogía su taza de café y se la llevaba a la boca. Cuando dejó la taza sobre la mesa otra vez, Deneb estaba mirándolo con la barbilla levantada y pasándose la lengua por los dientes de abajo para evitar una sonrisita de autosuficiencia. Era un cabronazo de campeonato, pero eran amigos desde hacía ya muchos años y era posible que fuese de los pocos en los que podía confiar últimamente. Fue el primero, a parte de los de la banda, en enterarse de lo de Meg. Le pareció

una locura, pero sabía de antes que Den no estaba bien con Brit. Bueno, que no estaba bien con nada, en realidad. Ahora que hacía "vida de soltero", se habían hecho más íntimos todavía.

—Bueno, ¿qué? —le preguntó finalmente Deneb señalándole la carpeta con la cabeza—. ¿Al final vas a invertir en el garito ese o qué?

—Sí tío, creo que podría rular bien. ¿Tú no te animas? Te aseguro que, si participas, será un negociazo.

—Pues no sé, Cob, tío. La verdad es que lo he pensado. Tengo que mover la pasta, sobre todo ahora que me divorcio. No quiero que Brit se aproveche y pida una millonada. Bueno, Jill está al tanto de eso, la verdad es que no sé muy bien —le explicó. Probó el bizcocho de chocolate y puso cara de que le gustaba demasiado. ¿Hacía mucho que no comía chocolate?—. Pero bueno, tú enséñame el proyecto y me lo voy pensando.

—Hecho. Creo que te va a encantar. He pensado en un escenario y mesas y papeo, para los días normales. Papeo, tío, es clave. Luego una sala grande para eventos. Lo va a petar, estoy seguro —hablaba Cob con un montón de ilusión.

Deneb sonrió a su amigo. Le contagiaba casi siempre toda su energía. La verdad es que desde que se habían conocido en un programa de televisión, hacía como doce años o más, se habían hecho inseparables. Por aquel entonces, Cob sólo tenía unos minutos en un programa de comedia. Ahora tenía toda una sección en un Late Night y además guionizaba el programa entero. Tenía muchos amigos periodistas, actores, deportistas y músicos. Se codeaba con montones de ellos, pero no se llevaba tan bien con ninguno como con él. Se habían enganchado buenos pedos de entre semana. Se habían drogado mucho juntos tras los festivales de verano. Cob había sido casi como una groupie y había viajado con ellos en partes de alguna gira, sobre todo al otro lado del charco. Era un gran apoyo para Den.

—¿Por qué no viniste la otra noche? Vi a Meg sola.

—No me apetecía nada salir, tío —le contestó cuando dejaba su taza de café en la mesa y agarraba el otro bizcocho—. Estaba a gusto con una partida de GTA y un té verde.

—¿Té verde? —preguntó el otro arqueando una ceja, totalmente escéptico—. Sí, claro, liado en un papel de arroz. Ahora lo llaman té verde —le dijo en un tono confidente. El otro se rio—. Se me hizo raro, no te solías perder una.

—Ya tío, no sé. Me come la polla que me estén calentando la cabeza por la canción nueva. Que se esperen a la presentación que haremos en acústico. Es que no quiero saber nada de nadie.

—No te obsesiones tanto —le dijo el otro de forma relajada—. Había mucha gente que quería verte, pero en plan bien, te lo prometo. No estaban esos idiotas de la revistucha esa —agregó para animarlo, moviendo la mano en el aire para denotar su desprecio—. Y si no te vas a comer ese bizcocho, dámelo, me estoy cansando de verlo en tu mano.

Deneb se rio y se lo metió entero a la boca con tal de no compartir. Estaba bueno, una pena no poder disfrutarlo relajadamente y que ahora tuviese mofletes de hámster por ser tan niño pequeño. Al otro lado del bar, la camarera lo miraba mientras se reía. Él alzó el pulgar y después hizo un gesto con la mano como si estuviese comiendo una exquisitez del nivel del caviar o algo así. Ella asintió a lo lejos y siguió a lo suyo. Cob, por otra parte, lo miraba con un ligero reproche.

—Eres imbécil. Debería haberme subido con las del estudio y no esperarte, que encima has llegado súper tarde.

—Sí, deberías, porque hace mucho que no follas y se te está poniendo un humor de perros que no hay quién te aguante.

—¡Oh! Mira quién fue a hablar —le dijo el otro tirándole el papel del azucarillo a la cara—. Míster "no tengo ganas de comepollas".

—Porque el único que me gustas eres tú —le soltó con una sonrisa encantadora. Su amigo le guiñó un ojo y él se rio—. Tenemos que salir, tío. Pero salir en plan sin planes. Sin cámaras y sin gente de esa de la que Meg quiere que esté a mi alrededor.

—O sea, horas de consola en casa con litros de cerveza o puticlub donde no te reconozcan, ¿no?

Deneb soltó una carcajada. Ese cabronazo lo entendía bien. Él estaba agobiado y Cob sólo procuraba hacerle reír. Le tenía un gran aprecio. Y eso que empezó siendo una amistad impuesta. Cobe estaba en la ciudad de "acogida profesional", lo mismo que Den. Ninguno de los dos había nacido allí, sus trabajos les habían llevado hasta esas calles. Nunca pensó que congeniaría tanto con un forastero como con Cob. Era casi como si se conociesen desde el instituto.

—Me parece bien un garito de copas con reservado. Lo de las putas ya… si tú invitas, pues cosa tuya —sugirió el rockero.

—Nah, tío. Ligaremos a la vieja usanza, hablando con las chavalas del

local, me estoy cansando de lo fácil.

Deneb no paraba de reír de aquel humor irónico. Les encantaba fanfarronear. Bueno, eran chicos de barrio, ¿no? Estaban acostumbrados a eso. Den era el fanfarrón por excelencia y, además, le encantaba seguir llevando esa actitud, como si fuese declarando la guerra a todo el mundo sólo con una mirada y el amor a todas las mujeres del planeta.

Capítulo 11

9. No te emborraches tanto

Nunca había estado en esa discoteca desde que había llegado a la ciudad, y eso que todo el mundo hablaba de ella. Incluso sus amigas le habían preguntado si había ido ya, como quien va a Roma y va a ver el Coliseo. Pero bueno, había merecido la pena, porque le gustaba mucho. Era un teatro antiguo de tres plantas totalmente reformado pero sin perder esa esencia de teatro. ¡Qué chulo! La primera planta era una gran sala, tras un amplio recibidor, donde todo el mundo bailaba de pie y al fondo un escenario donde ahora había un Dj. La segunda planta era la parte superior del recibidor con unos palcos que daban al escenario. Y luego, en la tercera, había una sala vip y desde los palcos también se podía ver la pista y el escenario. Habían subido a la segunda planta, pero a la tercera imposible. Se sentaron en unos sofás que estaban en uno de los palcos y dejaron sus Gin-tonic última moda sobre una mesita de té.

—Tía, que es que a mí no me gusta el Gin-tonic nada ni aunque lo adornen como si fuera una copa de helado —se quejó Vega mirando a Trizia después de haberle dado un trago y poner malísima cara.

—Pero se lleva como los Manolo Blahnik, con clase —le dijo Rico sujetando la copa en la mano como si se tratara de una delicatesen.

—Luego dices que no eres un gay cliché, Federico —se quejó Vio clavándole una mirada incisiva a su amigo—. Si no dejas de hablar de tacones y de compararlo todo con la moda no me voy a creer eso que dices.

—¡No me llames así!

—Bueno, vale —dijo Trizia poniendo un poco de orden—. No lo llames así —le espetó a Vio—. Se pone insoportable cuando se queja —agregó en una risita, lo que hizo que Rico soltara un bufido—. Y si no te gusta, pues pídete otra cosa, pero deja aquí tu vaso que ya nos lo bebemos él y yo.

—Vale… —agregó Vega rodando los ojos antes de levantarse con una sonrisa—. Voy a pedir un ron.

Vega caminó hacia la barra que tenía más cerca. La música se oía muy alta ahí porque había un espacio para bailar. Se chocó con un chico medio rubito, o castaño, a la luz de colores era difícil de averiguar. Tenía unas cejas enormes y oscuras, pero una sonrisa perfecta. Ella también sonrió disculpándose y llego a la barra finalmente. Por favor, qué monada. ¡Y qué

cejas! ¿Sería posible que pudieran resultarle atractivas unas cejas? Definitivamente sí.

Volvió a los sillones con un vaso de ron en la mano y un botellín de refresco de limón en la otra. Ella era clásica del ron con limón. Nada de gin-tonics modernos. Sonrió a sus amigos y le dio un trago a su vaso después de haberlo mezclado y removido con una pajita que llevaba el sello del local. Había sido una buena idea salir juntos, no cabía duda. Vio se empezó a reír mirando a alguna parte detrás de Vega.

—¿Qué?

—¿Habéis visto que no le quita ojo? —preguntó a los otros.

Vega se giró algo incómoda hacia donde miraba Vio y vio al chico de las cejas mirando al suelo. ¿Le habría pillado mirándola? Vega volvió la vista a sus amigos. Empezó la típica discusión de «le gustas», «eso es mucho decir», «le hemos pillado», «bueno, obvio que le gusto. Gusto a cualquiera» y todas esas cosas que se suelen decir en esos casos. Bueno, no era el plan de Vega aquella noche, pero conocer gente nueva tampoco estaba fuera de sus planes. De todos modos, había otro chico con pinta de chulo de esos, con aires de rockstar, sentado en otro de los sofás cerca del suyo. Casi que le parecía más atractivo.

La idea de esa noche era desparramar y beber mucho. Nada más. Volver a ser adolescente, o bueno universitaria, sin preocupaciones. Eso le había dicho a Rico para convencerse de salir. Su amigo le dijo que él salía sólo a ver si encontraba al hombre de su vida y se casaba con él. Vega alzó una ceja porque su amigo salía todos los días con esa intención. No era que no le creyeran nunca nada de lo que decía, solo que las tres pensaban que él era una Drama Queen en potencia.

Cuando tienes casi treinta años y trabajo estable, parece que todas las conversaciones tienen un mismo enfoque: el trabajo. Las chicas comenzaron a hablar de lo interesantes que estaban los proyectos del estudio, a pesar de quejarse luego de lo coñazo que eran ciertas cosas de las que tenían que encargarse. Trizia les habló de lo peculiares que eran algunas de las clientas que pasaban por su centro de estética. A Vega siempre le hacían mucha risa, sobre todo por la manera que tenía Trizia de contarlo con una ironía demasiado despreocupada. O por eso o porque Vio hacía preguntas de todo tipo lo más ácidas posible, así como era ella. Rico cotilleaba como la que más pero terminaba quejándose de que sólo sabían hablar de trabajo y que se sentía excluido porque él aún era universitario.

—Eso te pasa por echarte amigas de otra generación.

—¡Ay! Si en el fondo me encanta —dijo él alzando las manos—. Es como salir con las de Sexo en Nueva York, sólo que sin sexo porque estáis todas a pan y agua —agregó explicándose, torciendo el gesto con desagrado al final de la frase—. Excepto Vio, que ahora se ve con ese chico.

—Pero por poco tiempo —anunció. Todos la miraron con los ojos como platos. Vega se rio porque intuía por donde iban los tiros—. Ayer conocí al hombre de mis sueños.

Definitivamente Vega soltó una carcajada y negó con la cabeza mirando a su amiga. Sin embargo, Trizia y Rico la miraban queriendo saber más. Un chico pasaba por allí para retirarles las copas vacías y Vega le preguntó si les traerían otra ronda. El chico la miró extrañado pero ella sonrió cándidamente. Él no se supo resistir y se encogió de hombros. Había que pedir en la barra, él sólo estaba para quitar vasos de en medio, pero pareció colar. Vega le dio un billete de cincuenta y le dijo lo que querían. Él igual pensó que a lo mejor terminaba con ella al acabar su turno y se fue a la barra sonriendo. Vio la miró anonadada, Trizia con una sonrisilla malvada y Rico pasó del tema, quería saber quién era ese hombre sensual —porque lo imaginaba sensual—, del que hablaba Vio.

Entonces la pelirroja relató lo que había pasado la mañana del viernes. Cómo el tipo de la tele se coló en el ascensor y luego todo ese tonteo de risitas que tuvieron antes de que a él le llamaran por teléfono. Vega la miraba con algo de escepticismo porque había vivido la historia y no era, ni por asomo, tan emocionante como la estaba relatando ahora su amiga. Pero Rico y Trizia estaban encantadísimos con la noticia y le picaban para que le hablara en cuanto el chico volviera a pasar por el estudio. Vega hacía gestos de aprobación imitando a los otros dos cuando llegaba el camarero con tres gin-tonics y un ron con limón. Él sonrió devolviéndole el cambio y ella, en un intento por parecer despreocupada como las de Sexo en Nueva York, le dijo que se lo quedara por las molestias. El chico, que era bastante joven, no dijo nada y sonrió dándole las gracias. Probablemente nadie daba nunca propinas al chico que recogía los vasos, así que era más de lo que podía pedir.

—¿Eres millonaria? —le preguntó Rico—. Porque a la próxima voy yo a pedir…

—Todavía no, pero pronto —respondió ella.

—Ay, pronto a las Bahamas —le dijo él con mirada soñadora y una mano en el pecho dramáticamente. Vega se rio—. Bueno, Viochu, dinos, ¿y quién es él? Si trabaja en la tele, tengo que conocerlo seguro. Lo mismo es gay, en la tele hay muchos gays.

—¡No, no era gay! ¿Por qué los gays siempre pensáis que todos los hombres son gays?

—Porque nos gustaría —terció él muy convencido.

—Es Cobe Burke —dijo finalmente. Vega sonrió. Trizia alzó las cejas y Rico abrió las manos en el aire con la cara desencajada.

—¡No te creoooooooo! —soltó—. Pero es un sex-symbol.

—Mira que te gusta exagerar, Rico —se quejó Vega.

El chico se puso casi a saltar sobre el asiento de pura emoción. Las miró a todas y sonrió como un idiota. Comenzó a explicarles que él había mandado su currículum para hacer prácticas profesionales a la productora que llevaba el programa de Cobe. Era un programa de entrevistas y él estudiaba periodismo, la idea de trabajar en televisión lo fascinaba. Vega y Trizia le dijeron que era una idea genial y que esperaba que lo llamaran. Vio le comenzó a decir que en cuanto fuera novia de Cobe, le enchufaría y entre los dos se montaron una de esas películas fabulosas sobre un futuro lleno de éxito. Trizia preguntó si no podría enchufarla también a ella en el backstage de maquilladora y Vega se sumó a la fantasía, por supuesto.

—Ay sí, todo sí —dijo—. Y cuando vaya Den a ser entrevistado no te olvides de hacerle la pregunta —advirtió.

—¿Qué pregunta? —preguntó Rico como súper interesado.

—Que si se quiere casar conmigo. Dile que seré millonaria y viviré en las Bahamas.

—¡Ay, por favor! Qué bien suena todo. ¡Seremos famosos y millonarios! —exclamó el chico con toda su emoción.

Chocaron sus vasos en un brindis y, al grito de «por nuestras prósperas vidas llenas de éxito», bebieron todos a la vez. El plan estaba bien montado, aunque cojeaba de la pata más gorda de todas: Vio y Cobe, primero tendrían que volverse a ver.

No importaba, realmente no importaba. Esa noche era noche de los cuatro, era noche de sueños y de volver a ser adolescente. Vega se levantó de golpe.

—¡Me encanta esta canción!

Vio se levantó diciendo que a ella también y se fueron entre la gente para ponerse a bailar. Los otros no tardaron en llegar. Tenían un buen rollo increíble. Si hubiesen tenido quince años se habrían prometido ser amigos

para siempre o algo así, aunque que sus cuatro futuros estuvieran tan ligados por la misma fantasía era casi como que acababan de declararse amor eterno.

—¡Me pienso beber toda la ciudad! —anunció Vio con las manos en alto.

—¡No te emborraches tanto! —le dijo Trizia bebiendo la que era su tercera copa. Vio le guiñó un ojo.

Quizá era un plan que cojeaba, daba igual. Esa noche no había que pensar en nada más. Ya no era hora de hablar de trabajo, ni de clientas, ni de la universidad. Estaban tan contentos que apenas se dieron cuenta de que en el recibidor de la discoteca se estaba montando cierto revuelo de rumores, miradas y risitas. De gente que sacaba su teléfono móvil para robar una foto a lo lejos o grabar un mensaje de voz a un amigo que estuviera en otra parte. ¿Quién era quien estaba llegando? A lo mejor estos cuatro no estaban tan lejos de sus sueños.

Capítulo 12

10. No te emborraches tanto

Sí, Den llegaba, nenas. Sonrió satisfecho cuando entraba por la puerta y una larga cola de personas, que aún esperaban por entrar, le miraban. Algunos le señalaron, «¿es? Sí, sí es. ¿Y el otro no es…? Sí, también». Habían llegado en taxi porque ninguno pensaba estar capacitado para conducir después de aquella noche. Saludaban a los de la puerta como viejos amigos, aunque ni tanto, y entraban directos a un mostrador donde estaba una chica que los miró con media sonrisa y asintió. Había que reservar las zonas VIPs, pero siempre había sitio para los chicos de la tele y sus amigos músicos. No había más que hablar. A Den le gustaba eso, le gustaba llegar a un sitio y que todos se apartasen para dejarlo caminar. Tan diferente a los conciertos donde millones de brazos estirados esperaban tocarlo por el estrecho pasillo que le llevaba hasta el autobús. Bueno, eso también le gustaba, una vez pasado el agobio. Era como una especie de dios o algo así. Justo como se sentía.

Subieron a la tercera planta y no se sorprendieron con encontrarse a alguien por allí. Den sonrió al instante. Había tratado de evitarlo durante unos días, pero era obvio que su mánager no iba a perdonar una noche de sábado sin salir. Ach, en cuanto los vio, se levantó de su sillón y se acercó a ellos con una amplia sonrisa y los brazos abiertos. Den se dejó abrazar y le dio unas palmaditas en la espalda. En el fondo, adoraba a ese tío. Cob hizo lo mismo y sonrió a la camarera de la barra, que sí era la misma siempre y ella asintió sabiendo qué era lo que tenía que poner.

—¡Eres un mamonazo, tío! —le dijo su mánager tomando asiento de nuevo haciendo hueco para que los otros se sentaran.

—¿Por? —preguntó haciéndose el tonto.

—Todos te esperaban el otro día. Hasta vino este capullo.

—Bueno, preguntas sobre el disco, este miércoles cuando presentemos el acústico. Es lo que hay —le dijo de forma relajada, recostándose contra el respaldo del sillón. Observó a la chica que dejaba su whisky en la mesa y le dedico una de sus sonrisas genuinas y fabulosas.

—Vale, no habrá preguntas ni preguntones, te lo prometo —le dijo su mánager fingiendo estar hablando súper en serio—. Pero ya que estáis los dos aquí, ¿cuándo vas a ir a su programa?

—Cuando me llamen y me ofrezcan una buena pasta por responder cuatro preguntas.

—Pues vas jodido, eso ya no funciona así —le dijo Cob riéndose. Entonces el otro se hizo el ofendido e hizo un gesto como si no quisiera ir—. Minutos de tele gratis, tío. Ahora todo el mundo pagaría por salir en la tele. Date con un canto en los dientes porque eres mi amigo y te dejo elegir fecha en el calendario.

—Entonces, el año que viene.

Ach se rio. Consideraba que todo era una broma de Den. No podía ser que de verdad no estuviera interesado en promocionar el disco nuevo. Vamos, es que sería de tontos. No sólo habían ganado mucha pasta juntos durante esos años, Ach consideraba a Den como un verdadero amigo. Habían pasado noches de año nuevo en la misma fiesta desde ni se acordaba cuándo y ambos habían estado en las bodas del otro. Den había estado en las dos bodas de Ach, de hecho. Le dio un trago a su bebida y miró al cantante con media sonrisa.

—¿Y cuál es tu plan hoy? ¿Por qué nos deleitas con tu compañía?

—Porque tenía ganas de agarrarme un ciego, básicamente.

—No te emborraches tanto —le advirtió su mánager. Luego se rio mirándolo como si fuera una madre regañando de antemano a su hijo antes de salir, sólo que no colaba porque se le escapó una risa—. No quiero que hagan mala prensa de ti si terminas pegándote en la puerta con algún bocazas, o se te ocurre mear en una esquina, o vete tú a saber qué otra gilipollez.

—Sí, pues vas jodido, porque venimos ya un poco mamados de otro pub —le dijo el chico con toda su confianza.

—Sí, macho —agregó Cob dándole la razón.

—¡Y no me habéis llamado! Sois unos putos descarados.

Den soltó una carcajada sin reparos y se encogió de hombros como si hubiese sido un descuido. Que en parte era así. Había llamado a Cob por la tarde y le había dicho que quería salir y no sabía cuándo quería volver a entrar en casa. Cob no había puesto ninguna pega, excepto que le gustaría cenar. Sí, no sería la primera vez que empezaban liándose a las siete de la tarde a Guinness en un pub y les daban las siete de la mañana sin acordarse si quiera de si metieron o no algo para el cuerpo, aparte de litros de alcohol y otras cosas que quitan el hambre.

Aquella vez estuvieron viendo el partido de su equipo, en la mesa que más al fondo estaba de un pub cercano a casa de Den, que a él le gustaba particularmente porque podía ponerse sus gafas de miope sin que a nadie le pareciera que iba disfrazado. No era excesivamente miope de los que no ven tres en un burro, pero una tele al fondo de un bar se le hacía un poco borrosa. En ese pub cenaron un poco de esto y un poco de lo otro, para que Cob no pudiera quejarse, hasta que tuvieron que ponerse las manos en el estómago como si fueran a reventar. Se bebieron otra cerveza y cambiaron de pub. Fueron a uno donde Cob tenía un amigo, bueno, un chico que se llamaba Gabriel que estudiaba farmacia pero que se dedicaba a trapichear más que otra cosa. A Den se le hicieron los ojos chiribitas al escuchar "trapicheos" y no dijo que no. Se tomaron una con el chico aquel y, entonces, pillaron un taxi que les dejaba en la puerta de esa discoteca. No había fotógrafos en la puerta cuando llegaban, aunque suponía que sí que los habría cuando salieran de allí. Las noticias vuelan y los paparazzi más.

Deneb tenía altas expectativas para esa noche. O ninguna, según se mirara. Sólo quería levantarse con mucha resaca la mañana siguiente porque, por estúpido que sonase decir eso, echaba de menos una resaca. Seguramente no dijese lo mismo la mañana siguiente. Esas mañanas solía jurarse y perjurarse que no bebería nunca más.

Ahora, cuando su mánager le había advertido de no hacer el idiota, Den no estaba tan seguro de que no fuera a pasar nada que no saliera en los tabloides digitales al día siguiente. O sea, él era pacífico y tranquilo si lo dejaban en paz, no es que buscara gresca para salir por la tele, pero si se cruzaba con algún tonto… no podía decirse que tuviera la mayor de las paciencias. Vamos que no la tenía. Ni para eso ni para nada. Así que, mejor que tuvieran cuidado cuando saliese de allí. Pero bueno, ese no era el tema, el tema era disfrutar. Aún era joven, ahora no tenía que llevar a los niños al colegio —tampoco es que antes lo hiciera, pero ahora sí que no tenía que hacerlo— y su equipo había ganado. Era día de olvidarse de las preocupaciones.

Si era realmente franco consigo mismo, era el día ese en el que se estaba preparando a lo que estaba por venir. Era la noche en la que armarse de confianza. De volver a ser el mismo de siempre y perderle el miedo ese que les había pillado a periodistas y críticos de la Rolling Stone o de la NME. Nunca había sido muy amable con las revistas, pero no quería que le destrozaran otra vez con una crítica como aquella sobre lo anodina que les debió parecer su última gira. Obviamente las cosas habían cambiado mucho desde los primeros años en los que llenar un estadio era como algo mágico. Ahora las cosas eran más reducidas, pero no sólo le pasaba a él, le pasaba a todo el mundo en la música. No era culpa de él, ¿no?

Pero aun así, la prensa hizo sangre. «Un aburrido Deneb Murphy delante de las mismas chicas que lo coreaban hace quince años, sólo que más

mayores y casadas y con hijos. La garra y la arrogancia parece que ya no le funcionan al vocalista, que se preocupa más de lo que escucha por el pinganillo que de afinar delante del micrófono. Aburrido. Aburrido el show y aburrido él que tenía ganas de irse a casa y ponerse las pantuflas para ver La Voz en la tele». Hijos de puta. Como se cruzase al que escribió eso, le iba a enseñar lo que era aburrirse de recibir puñetazos.

Y tras aquella, todos los periodistas en la onda empezaron a sumarse a la crítica destructiva como si se hubiera puesto de moda. Que si sonaban como un disco rayado de los noventa, que si su voz ya no era tan auténtica, que si ya no le quedaba tan bien ese atuendo tan juvenil, que si estaba desfasado, que si ya ni siquiera destrozaba habitaciones de hotel… ¿pero qué querían? La vida pasa para todos. Si seguía haciendo lo de siempre, porque hacía lo de siempre. Y si cambiaba, porque había cambiado.

Quizá en otro momento le hubiera dado igual, pero aquello le estaba mellando demasiado con los cuarenta recién cumplidos. Porque, quien diga que no existe la crisis de los cuarenta, que le pregunte a un eterno adolescente que quiere vivir para siempre. Bueno, era humano. Es humano. No lo llevó bien, su matrimonio era una rutina que lo cargaba y era incapaz de dedicarse a otra cosa porque sólo sabía hacer música. Por eso, acabada la gira, se dio el parón. Y hasta ahora. Pero ahora todo era diferente. Ahora se sentía joven. Esa noche sentía que era Deneb Murphy, el chico que con veintidós años hizo llenazo varias noches seguidas y tenía miles de personas pendientes de él sobre un escenario.

—¿En qué piensas? —le preguntó Cobe que se acercaba a la barandilla del palco donde estaba Deneb apoyado mirando a la pista de dos plantas más abajo.

—¿Cuándo quieres que vaya a tu programa?

—No sé. Yo no llevo la agenda, te estaba vacilando. Pero les diré que te llamen. ¿Por? —le dijo Cob con una sonrisilla.

—Porque voy a demostrarle a este país que yo no soy ningún aburrido. Deneb Murphy vuelve, nenas.

—Tú no eres aburrido —le dijo el otro totalmente sincero, aunque sabía perfectamente a qué se refería su amigo. No había sido su hombro durante todos esos años para no saber leerle entre líneas—. ¿Otro whisky?

Deneb asintió sonriendo y se alegró de que no hubiera mucho que decir con Cob. Era como si fuera la otra mitad de su cerebro.

Capítulo 13

11. No te líes tanto

La música la envolvía de una manera mágica. Bailaba sin preocupaciones como si nadie la estuviera mirando. Probablemente nadie la estaba mirando. Habían bajado a la primera planta y se habían dejado llevar entre la gente. Vega se sentía feliz. Básicamente feliz. Sólo se movía sin pensar en nada. Puede que el ron hubiese hecho el efecto esperado, puede que tampoco pudiese hacer mucho más que dejarse llevar. Pero era feliz a su manera.

Por otro lado, Trizia bailaba buscando con quién. No es que fuera ninguna fresca, sólo dejaba que algún chico se arrimara. Le dedicaba un par de sonrisas y si le gustaba, le dedicaba un par más o le daba algo de conversación. Vio, aunque quisiera negar lo que venía siendo evidente de un tiempo a esta parte, miraba su teléfono móvil porque su chico le hacía reír en mensajes. Rico bebía de su copa, quieto, observando todo el percal. También estaba alegre, pero se tenía por alguien observador. Entonces, sonrió y se acercó a su vecina.

—Está otra vez ahí —le dijo. La chica salió de su trance musical para mirarlo. Pareció no haberle escuchado pero, cuando el chico iba a repetirlo, ella frunció el ceño con gesto curioso—. El chico de antes, está ahí mirándote.

No se refería al chico con pinta de chulo que estaba en el sofá de al lado, ese que le había parecido mono; se refería al chico de las cejas espesas y sonrisa de anuncio. Vega se le quedó mirando. Él estaba sonriendo a un amigo con el que debía de estar tratando un tema interesante, tenía su vaso en la mano a la altura del pecho y movía un pie al ritmo de la música. Llevaba puesta una camiseta blanca súper normal que parecía decir: «Voy al gimnasio pero no soy un paranoico de las pesas»; también unos vaqueros claros desgastados con los bajos un poco arrastrados y una cazadora de cuero en la mano. No parecía tener un look súper llamativo, ni parecía ser el chico más guapo del mundo, pero la verdad es que tenía un no-sé-qué que le hacía interesante.

Vega se giró hacia Rico y se encogió de hombros. No sabía qué pasaba por la cabeza de su amigo ni por qué habría reparado en el chico para luego decírselo a ella. Él puso cara de obviedad, pero Vega frunció el ceño con confusión.

—Si no te lo haces tú, voy a preguntarle si es gay. ¡Es monísimo! —le

advirtió el chico antes de dar otro trago.

La chica soltó una risita. No estaba mal, de verdad que no, pero no sabía ni cómo acercarse. O sea, sabía cómo bailar dejándose llevar, pero no había bebido tanto como para dejarse llevar hasta el chico. Vega negó con la cabeza mirando a su amigo, sonrió de forma inocente y le agarró de las manos para bailar con él. Entre risas, Rico se quejó de que casi le tiraba el vaso encima, pero se puso a bailar de todos modos.

Vega no era una chica demasiado tímida, ni tampoco era asocial ni nada de eso. Solía suceder que, como siempre sonreía, los chicos se confundían totalmente con ella. A lo mejor no le interesaba nada un chico, pero por ser amable, ellos se creían que les daba pie a algo. Le había traído alguna que otra situación incómoda, pero no lo hacía aposta. Sin embargo, siempre eran ellos los que se acercaban a ella. Pocas veces, muy pocas, había dado el primer paso. Bueno, si pestañear de forma cándida cuenta como primer paso, entonces a lo mejor sí. Pero no como: « ¡Ey! Hola, vi que me mirabas…». Es más, ni siquiera si tuviera a Den Murphy mirándola se atrevería a decírselo. Bueno, es que, ¿qué se atrevería a hacer delante de él? Algunos días, todo; algunos otros, nada. Seguramente nada, se quedaría como una piedra estática e inerte mirándolo como a un cuadro de Dalí.

Tenía catorce años cuando tuvo su primer novio. Fue una idiotez, porque no duraron ni una semana, y encima no se besaron porque a ella le podía la vergüenza. Aun así, hasta ese novio absurdo, se había acercado él. No es que luego no diera el primer paso llamando ella, cuando había confianza, sólo que era incapaz de romper el hielo. Ahora, le dabas confianza y, sí, era la chica más divertida del mundo y a la que más planes se le ocurría hacer. Era cariñosa y animada.

Y Rico la empujó. Ella no entendía nada de nada y lo miró primero extrañada y después mal. Hasta que topó contra algo, o alguien, y se giró apresurada a pedir disculpas. Y delante de ella, él. El chico de las cejas. No podría matar a Rico si eso salía bien, pero como no… ardería Troya.

—Perdona —le dijo ella apurada.

—Perdonada —dijo él antes de regalarle una sonrisa fabulosa. Ella se le quedó mirando.

—No te había visto, yo… eh…

—Yo a ti sí que te estaba viendo.

¡Ay, madre mía! ¿Dónde se metía ella ahora? Pero, en verdad, ¡qué agradable era! Ella sonrió al instante. Pestañeo de flirteo, perfecto para el momento. A él también se le escapó una sonrisa.

—Me llamo Vega —le dijo.

—Y yo me llamo Alan.

¿Hacía falta algo más? Le gustaban sus cejas, era educado, se había fijado en ella, sonreía y sabía su nombre. ¿Hacía falta algo más? Sí, quizá una copa.

—¿Tomamos algo? —le preguntó.

—Ron con limón —le dijo él levantando una copa prácticamente entera. Se encogió de hombros y le ofreció de forma tímida.

Ella pretendía ir a pedir algo, pero el hecho de que bebieran lo mismo le pareció encantador. ¡Era el destino! Agarró el vaso con más ilusión que confianza y le dio un trago. Le miró de nuevo, puso una sonrisa gigante y se encogió de hombros antes de dárselo de nuevo.

—Me voy a pedir uno, ¿te parece?

Después de acompañarla a la barra, Alan comenzó a caminar hacia algún sitio donde hubiera menos gente. Ella no dijo nada y fue a su lado. Se miraban y sonreían. Él parecía algo cortado, pero no disgustaba a Vega en absoluto. Pero, qué mirada tan intensa y profunda. Y esas cejas. Le gustaba.

—No sé qué decir —dijo él al final antes de soltar una risa encantadora—. No sé, no se me da bien chocarme con las chicas en discotecas. Menos aún, chocarme dos veces.

Ella se rio sin contenerse ni nada. Le parecía divertido. Se mordió el labio con mucha más inocencia que picardía y se echó un mechón de pelo detrás de la oreja. Chocó sus copas y le dio un trago esperando que él hiciera lo mismo. Era muy guapo. Según más lo iba mirando, más segura estaba de que era así. No tenía que ver con el ron ni nada. Además, se acercaban al recibidor del garito, donde había más luz, y lo confirmaba.

Hablaron de banalidades. Lo típico. «Entra frío por la puerta». «Esta canción me encanta». «He venido con unos amigos, no había salido antes por aquí». «Yo venía más cuando era más jovencito que ahora, pero me lo conozco como la palma de mi mano». Esas cosas. Y entonces ella pensó que no tenía nada que ver con el hombre de sus sueños que era moreno, alto y de ojos azules. Que a lo sumo sólo compartían las espesas cejas y ni siquiera se parecían. La vida te da sorpresas, resulta que te pueden

gustar más hombres aparte de Deneb Murphy. Y, no sabía si por sus pensamientos o por qué, comenzaron a hablar de grupos de música y de lo que les gustaba y coincidían en muchos y en otros en los que para nada y se reían. «Tú no tienes ni idea, chaval. Ese grupo es lo máximo». No resultaba nada incómodo estar con ese chico que parecía saber de todo. De hecho, comenzaba a sentirse muy cómoda. Él alzaba una ceja de una manera que le resultaba ya totalmente familiar, quizá llevaba haciéndolo todo ese rato. Quizá era el alcohol, pero le daba la impresión de que se conocían desde hacía mucho tiempo. Ya se había soltado del todo, ya no había más hielo que romper.

—Aquí vienen muchos de esos grupos que te gustan.

—¿Ah sí? —dijo ella mostrándose interesada—. ¿Y Den Murphy viene mucho?

—Creo que tiene un abono —le dijo el chico riéndose—. Sí, no es raro que lo puedas ver por aquí. Es que este sitio es eso, exclusivo para los que son exclusivos y normal para el resto de mortales.

—¡Ay! —soltó emocionada a punto de dar una palmada histérica—. ¡Es que lo amo! ¿Tú le has visto alguna vez?

—Una vez, sí —terció él asintiendo una sola vez. Se llevó el vaso a los labios mientras la observaba. Después de tragar le salió una sonrisita al ver la cara de sorpresa de Vega—. Una vez me lo crucé en los baños de la tercera planta. Muy majo.

—¿Qué dices? —preguntó ella como si no le creyera una palabra, pero en el fondo sí—. ¡No te líes tanto! A la tercera planta no se puede subir, no me engañes…

—¿Cómo que no? —preguntó él con las cejas arqueadas y los ojos más abiertos, en plan desafío. Ella se rio.

Antes de soltar una risa, el chico le cogió de la mano y tiró de ella hacia las escaleras que les quedaban más cerca. Ella se dejó llevar divertida. Aunque en Pottermore el Sombrero Seleccionador le había puesto en Ravenclaw por su manía de pensárselo todo tanto, aquella noche se sentía más Gryffindor que nunca.

Al pasar de la segunda planta, a ella le dio la risa y se tapó la boca en plan ladrona de casas tratando de no hacer ruido. Él le guiñó un ojo. Era muy emocionante hacer algo prohibido como saltarse una cuerda de terciopelo que había en la escalera. ¡Qué estupidez!

Cuando llegaron al descansillo de la tercera planta, Vega pudo comprobar que no era diferente de la segunda. Ni era de oro, ni tenía esculturas de

hielo, ni nada que lo hiciese especial. Era igual, excepto por la gente que debía de haber en los palcos. A ellos sí que no podían acceder porque había dos tipos de negro charlando en una puerta en la que había unas cortinas de terciopelo rojo medio recogidas. Vega los miró ladeando la cabeza y se giró hacia Alan. Él se encogió de hombros con esa sonrisa que ya era una marca personal que la chica empezaba a adorar.

—No sé si nos dejarían pasar —dijo ella refiriéndose a los dos gorilas—. A lo mejor si nos hacemos los interesantes.

—Hombre, no sé. Tú tienes pinta de modelo, quizá sí.

Vega soltó una carcajada sonora y sincera. ¿Modelo? Ese chico alucinaba, ¿verdad? Sería el ron, seguramente. Vale que se cuidaba y que solían echarle menos años de los que tenía, pero de ahí a decir que pudiera compartir profesión con Kate Moss, era mucho decir.

—Ha sido emocionante en todo caso —le dijo ella. Hablaba de la aventura de llegar hasta allí, a pesar de todo.

—Bueno, ¿qué quieres que te diga? Yo soy así de emocionante, no lo puedo evitar. La vida está para vivirla —agregó algo exagerado como si de verdad hubieran puesto su vida en peligro o algo así. Ella se rio y lo hizo reír a él.

Entonces, como en las pelis americanas de comedia romántica, ella lo miró fijamente con su sonrisa tímida y él la miró a ella tras sus espejas cejas, con esa mirada tan oscura. La música parecía que no sonaba a su alrededor. Las sonrisas se hacían eternas. Él se acercaba a ella, hasta que su nariz chocó suavemente con la de ella y ella no se apartó. Ella elevó la barbilla, buscándole un poco, poniéndoselo más fácil, y él lo entendió. Ahí, como en las películas esas, comenzaron a besarse dos desconocidos en un sitio donde, probablemente, nadie más los conocía, o quizá una persona. Pero no el tipo que salía de detrás de las cortinas rojas para ir al baño.

Capítulo 14

12. No te líes tanto

Sí que estaba animado y, a esas alturas, le picaba la nariz. Cuando salió de la zona VIP en dirección al baño no pudo pasar inadvertida para él una pareja que se besaba en el rellano de la escalera. Den los miró sin cortarse un pelo, parecían bastante entretenidos a lo suyo. De hecho, eran bastante tiernos. Se preguntó si se acabarían de conocer o si se amaban desde hacía años. Parecía lo segundo, pero en las discotecas uno no se besa así con alguien con quien lleva años, ¿no? Sonrió y, en vez de quejarse como hubiera hecho cualquier otro día sólo por molestar, se sintió contagiado por el amor que flotaba en el aire. Bueno, ¿qué? Estaba feliz. La chica no pasó inadvertida para él, tenía unas piernas largas y bonitas. De la cara no podía decir mucho, porque no la veía, pero estaba buena. Él parecía un chico de anuncio. La verdad es que eran como la pareja perfecta.

Él y Brit también habían sido la pareja perfecta en un momento determinado. Los dos cantaban, los dos eran guapos y siempre estaban de fiesta y divirtiéndose juntos. Los tiempos cambian. Si no estuviera con Meg, les habría deseado suerte en el futuro, porque no creería en el amor visto lo visto con el terrible final de su matrimonio. Pero Meg, su rubia, le había hecho creer en el amor por diez elevado a diez.

—¡Eh, estás aquí! —le dijo a Cob cuando entraba al baño. Estaba demasiado alegre y risueño. Su amigo se lavaba las manos en el lavabo.

—¿Me echabas de menos?

—No puedo vivir sin ti, me siento perdido —le contestó bajándose la cremallera frente al urinario. Lo miró y le guiñó un ojo.

—No hagas eso más veces mientras te la estás tocando —le advirtió su mejor amigo.

Den soltó una risa. ¡Qué capullo! Su amigo estaba mirándose en el espejo como un adolescente en busca de espinillas. Para cuando Den acabó su faena, se acercó al lavabo mirando a su amigo con un gesto raro. Se quedó quieto como anonadado, hasta que sacó de quicio a Cob que se giró para mirarle a la cara después de haberle estado viendo con esa cara a través del espejo.

—¿Qué coño te pasa?

—Nada, nada… —dijo poco convincente Deneb, abriendo el grifo para lavarse las manos—. Voy pedo, sólo es eso —agregó poniendo una sonrisa tonta al espejo, con la vista en el reflejo de su amigo.

—¡Qué te den, me piro!

—No, espera —le dijo Den en un tono algo misterioso. Se dio la vuelta y se secó directamente en los pantalones—. Ahí fuera hay dos viviendo un romance, no vayamos a molestar —le explicó de forma exagerada.

Cob frunció el ceño totalmente confundido pero soltó una carcajada segundos después. No quería ni imaginarse lo que supuestamente había visto su amigo. Se cruzó de brazos y apoyó el culo en el lavabo. Miró a Deneb arqueando una ceja como preguntándole que qué es lo que tenían que hacer ahora. El rockero torció el gesto, se encogió de hombros y se rascó la nariz como pensando. Cob se rio en seguida y le lanzó algo que se sacaba del bolsillo trasero de los pantalones. Den lo cogió al vuelo y sonrió.

—¿Tú crees que debería sentar la cabeza con alguien, Den? —le preguntó a su amigo volviendo a mirarse en el espejo. Den no contestó, parecía ocupado con una tarjeta sobre el lavabo—. Quiero decir, no sé, tío, o sea… A ver, tengo treinta y siete años y unas seis exnovias conocidas, ninguna mujer y, que yo sepa, ningún hijo. No sé si dejé pasar el tren y, encima, tengo patas de gallo —comentaba con demasiada inquietud. Se pasó las manos por la frente. Den siguió sin decir nada, Cob sólo vio a través del espejo cómo su amigo se agachaba hacia el lavabo. Él miró su reflejo, obviando lo que Den estaba a punto de hacer como si fuera algo súper normal—. ¿Cuánto se supone que dura ser guapo? ¿Y cuándo dejas de preocuparte por tener éxito? Me gustaría no tener que andar preocupándome continuamente de cuánto me durará el puto trabajo. Te lo juro, la tele es un mundo que te muele los nervios. Nunca sabes cuánto durará un programa. Siempre estás pendiente del share y toda esa puta mierda.

—¡Basta, Cob! —se quejó Den mirándole de repente. Se pasó la mano por la nariz y aspiró intensamente antes de cerrar los ojos fuerte y volverlos a abrir—. Vale tío, no es tan diferente de mi puta vida. Dependemos de los demás, punto —le contestó. Le tendió un billete enrollado y arqueó una ceja—. Mira, no sé si dártelo porque te está sentando la coca muy mal —Cob le quitó el billete de la mano y Den se rio volviendo a pasarse la mano por la nariz. Se miró al espejo para limpiarse. —Tienes treinta y siete años, yo cuarenta y dos. Eres soltero, yo en proceso de divorcio. No tienes hijos, yo dos, si no tengo más que no conozco. ¿De qué coño te

quejas?

Den no entendía, de todas las preguntas que había hecho Cob, qué era exactamente lo que le preocupaba. Su amigo se levantó de golpe y echó la cabeza hacia atrás un momento antes de mirar a Deneb, absorbiendo por la nariz. Le miró con el ceño fruncido. El rockero pensó que a su amigo se le había adelantado la crisis de los cuarenta, ¡qué pena! Entonces Cob le asaltó agarrándole por las mejillas sonriendo como si estuviera loco.

—¡Te quiero un huevo, tío! —le dijo a Den.

—¿De qué vas? —preguntó el otro antes de soltar una carcajada.

—¡Que sí, que sí! Que pase lo que pase, tú siempre estarás más jodido que yo —soltó riéndose, apartándose de él.

—¡No te líes tanto! Yo soy muy feliz ahora, ¿eh?

Cob le pasó un brazo por los hombros a su amigo, totalmente venido a arriba y le arrastró hasta la puerta. Den no puso pegas, estaba animado otra vez de verdad. O nunca había dejado de estarlo, pero ahora se notaba aún mejor todavía. Ahora era como el rey del mundo, más o menos. Se pasó la lengua por los dientes de forma despreocupada pero, cuando su amigo puso la mano en el pomo de la puerta, lo paró en seco.

—No, no, tío… —le dijo—. La pareja esa, les vamos a joder el clímax.

—Tú… —comenzó a decirle Cob—. Tú eres gilipollas, ¿eh, Murphy?

Cob abrió la puerta convencido y con bastante curiosidad. Salió del baño y miró a la escalera y no vio a nadie. Se giró hacia Den que salía tras él. Al ver la escalera desierta Den se encogió de hombros. No había sido una visión, ni una paranoia. Por lo que fuera, ya no estaban.

—¡Vamos abajo! —le propuso Cob animado.

—No jodas, tío…

—Sí, sí, vamos abajo en plan incógnito —se rio subiéndose los cuellos de la camisa como si así se le viera menos. Den soltó una carcajada—. Tengo que hacerme a una piba hoy, estoy harto de modelos reconocidas y de actrices de televisión demasiado histéricas. Una normal, como Meg. Va…

—Me preocupa que quieras seguir mis pasos.

Había demasiada gente en la planta de abajo. Den sabía que no había sido una buena idea, pero el whisky, la coca y un amigo medio loco no eran buena combinación. O sí, ¿qué coño? A pesar de que lo habían reconocido en un par de ocasiones y se había tenido que parar a hacerse fotos, echaba de menos ese ambiente lleno de gente en el que puedes llegar a pasar desapercibido. Estaba contento, con otra copa en la mano, haciendo como que bailaba o algo así. Detestaba esa música sólo que en ese instante le daba igual. Cob le dio un par de golpes en el estómago. Le molestaron de la hostia, pero igual habían sido más flojos de lo que le habían parecido. Iba a quejarse pero se fijó en lo que miraba su amigo. Una chica pelirroja bailaba con una rubia. Deneb no entendía nada y lo miró arrugando la frente. Cob le miró como sorprendido.

—¡La pelirroja!

—¿Qué pelirroja?

—La de ayer, la del estudio —le explicaba mirándole.

—¿La que tiene novio?

—¿Qué?

Y Cob miró adónde miraba Deneb y vio a su pelirroja abrazando a un chico. Bueno, sólo se abrazaban, podía no ser…

Oh, no. Se besaban. En la boca. Vale, tenía novio.

Capítulo 15

13. No me llames tanto

Martes por la tarde. Vega caminaba por un barrio casi desconocido para ella. Le había dado por volver a casa caminando desde el trabajo, aprovechando una tarde soleada primaveral. Ya no estaba lejos de casa y, sí, podía confirmar que aquel debía de ser el barrio más caro de la ciudad y del país. Había casas gigantes y otras más modestas que seguro por dentro eran el MOMA de Nueva York. ¡Qué pasada! Los bloques de edificios altos tenían entradas imperiales y no quería ni pensar en qué clase de gente viviría por allí.

Bueno, uno sí. Porque allí vivía Den, confirmado por Trizia, confirmado a su vez por los chicos del salón de belleza masculino de en frente del centro de estética. ¡Ay! Ella sería tan feliz allí. Podría mimetizarse en seguida con ese ambiente de lujo y de buena vida y esas cosas. Suponiendo que, aquellos que allí vivían, hacían una buena vida. Es que si ella y Den estuvieran casados, serían la pareja más feliz del barrio. ¿Qué más daba que se llevaran catorce años? Ella le haría muy feliz, seguro. Y ella lo sería, por descontado. Pasearían al perro por ese parque que ahora veía y quizá llevarían a sus niños a tirarse por el tobogán. A los suyos de los dos, los de Den ya estarían algo mayorcitos.

Iba pensando en eso, mientras pasaba por una casa de color amarillo palo, con una verja negra, cuando sintió su teléfono vibrar en el bolsillo.

—¡Ay! No me llames tanto —dijo antes de descolgar.

Rico, desde que su amiga había desaparecido con el chico castaño, le llamaba cada rato para saber si había novedad. La traía frita. ¿Novedades de qué? Siempre la misma respuesta.

—No, un mensaje con una carita feliz y un «que tengas buena tarde» —le decía. Y luego la pregunta—. ¿Y qué más quieres?

Alan había sido monísimo. De verdad que lo había sido. Lo fue besándola en esas escaleras, lo fue cuando se le ocurrió llevarla a pasear por aquel paseo peatonal hasta llegar a esa plaza llena de luces, volvió a serlo besándola allí y lo fue acompañándola a casa. Se habían intercambiado los números de teléfono y de vez en cuando alguno le decía algo al otro en un mensaje. Era muy majo, pero Vega no quería ilusionarse mucho. Bueno, sin más, ¿no? Besas a un chico en una discoteca, con veintiocho años, y luego no tienes sexo con él. ¿No es como volver al instituto? ¿Por qué tendría que ir la cosa en serio? Teniendo en cuenta que ella llevaba poco

en la ciudad, un amigo más nunca estaba de más.

Sí que le gustaba, no iba a engañarse, pero que Vio y Rico fueran tan metomentodos le rayaba demasiado. Ellos, con todas sus preguntas, habían conseguido que ella no dejara de pensar en por qué no paso esto, en por qué no le decía otra cosa, en por qué bla, bla, bla. Así que, estaba perdiendo el interés a pasos agigantados. Aunque, cuando recibía un mensaje, le volvía como de sopetón.

Se le venía a la mente cuando, sentados en el poyete de una fuente, él le hacía una foto para guardarla en el móvil junto a su contacto. «Así cuando me llames me acordaré de tu cara, porque no estoy seguro de si mañana me despertaré pensando que esto es un sueño o eras más fea de lo que estoy creyendo que eres». A ella le resultó primero tierno y luego, a pesar de todo, demasiado divertido. A ella se le había olvidado de alguna vez para otra la cara de un chico que había besado para encontrarse otra noche con una cara que apenas reconocía, así que la idea del chico le pareció buena y sacó su teléfono para hacer lo mismo. Aunque él puso una cara muy tonta, cada vez que veía su foto en el teléfono le parecía muy guapo. Tenía un poco de miedo, era demasiado perfecto, ¿no?

—Vamos a ver, Rico, te veo en quince minutos. Estoy cerca de casa ya. Sí, sí. Peli de de Niro y palomitas. Vale. ¿Nunca estudias tú o qué?

Quizá no era casualidad que ella quisiese ver una película de Robert de Niro. Bueno, se rio con Alan cuando lo imitaba diciendo eso de: «Tú, tú eres buena…», como en Una terapia peligrosa. Le había hablado tanto de la película que a Vega le dio curiosidad por verla, así que se lo comentó a Rico desinteresadamente y, como su amigo nunca dice que no a nada con tal de no sentarse a hacer un Editorial, pues ese era el plan que tendrían esa noche.

—Y chino, vale —le dijo.

También cenarían comida oriental.

Achinó la vista frente a un bloque de cuatro pisos y estilo de principios del siglo XX, porque unas cortinas de The Who rompían totalmente con la estética de la fachada. ¿Quién podría ser tan friki? Sonrió al pensarlo, pero se encogió de hombros. Quizá era un mod en potencia. Uno de esos que viven la vida en la era pop continuamente. De los que tendrían una Lambretta aparcada en el garaje con sus miles de espejos, o ¿quién sabe? A lo mejor sólo era un hortera de la vida.

Alan le dijo que The Who le parecían sobrevalorados y ella casi lo insulta en ese mismo instante, pero luego habló sobre The Kinks, The Shadows, The Yardbirds y The Beatles y le tuvo que perdonar. Parecía saber mucho de la Invasión Británica y eso le había hecho preguntarse a qué se

dedicaba. Alan era diseñador gráfico, no tenía nada que ver con la música, pero le contó que hasta hacía poco había tenido una banda con unos amigos. Tocaban en algunos bares pero nunca consiguieron mucho más. Él tocaba la guitarra y admitía tener un sueño frustrado. Tenía toda la ilusión de ser como Russ Donovan, pero la suerte no les había acompañado. Todos estos pequeños detalles no hicieron que Vega se interesara más en él. ¡Qué va! Mentira, sí que lo hicieron. Ella adoraba la música precisamente porque era incapaz de hacer música.

—Vale, pesado. ¡Cuelga ya y no me llames tanto!

Se rio porque colgó el teléfono sin escuchar la frase entera de su amigo y caminó mirando la pantalla del teléfono pensando en si llamarlo o no, porque en el fondo le daba lástima haberlo colgado así. Pero bueno, nada, luego le escucharía el sermón que él tendría que darle y al final se reirían juntos.

Detrás de ella sonaba Revolution de The Beatles, pero ella sólo escuchaba el sonido del semáforo que le daba paso en el paso de cebra.

Capítulo 16

14. No me llames tanto

Al salir del portal sonaba su teléfono móvil. Llevaba tanto rato escuchando Revolution que pensó en cambiar de tono de llamadas entrante. Quizá le pusiera Fuck you de Lily Allen. En ese momento era Ach. Otra vez Ach. Den rodó los ojos con algo de desesperación y abrió la verja para salir a la calle.

—¿Sí?

Menos mal que ya no le dolía la cabeza tanto. Evidentemente, el domingo ya no quería saber nada de resacas cuando estaba metido en una de pleno . Además, con la edad cada vez le duraban más. Había estado casi todo el domingo tirado en el sofá y el lunes sólo salió para cenar con Meg. Pero ya era martes y además había Champions League, así que tenía que salir sí o sí para ver el partido con sus amigos. Le encantaba eso, no sería algo que dejara de hacer nunca.

—Sí, mañana —contestó con tono cansado—. Ya lo sé tío, no. Tranquilo. Dos horas antes. Sí. Dos putas horas antes.

Ach quería asegurarse de que estaría todo listo para la presentación del disco. Quedaban menos de veinticuatro horas y temía que Deneb llegara tarde o hiciera una de las suyas. No sería la primera vez que se liaba antes de un concierto, pero claro, eso sucedía cuando tenía veintipocos. Hacía tiempo que era bastante más profesional. A veces le cargaba que lo tratara como a un chico de instituto. Vale, entendía que a veces lo parecía. Sobre todo si salía de fiesta como lo había hecho ese fin de semana. Después del desengaño amoroso de Cob, que le duró minuto y medio, tuvo que estar hablando con un montón de chicas, amigas de las chicas con las que paraba su amigo a hablar. Él se hacía el interesante, las invitaba a tomar algo y se comportaba de la forma más despreocupada posible porque no tenía que ser quien tenía que ligar. No sabía qué hora era cuando se subía a un taxi con Cob y una tía. No fueron cada uno a su casa porque salía el sol en el horizonte y Den se empeñó, con una borrachera descomunal de las de «no me puedes decir que no porque me lo debes», en ir a desayunar a un hotel de lujo que les encantaba. A pesar de sus caras de desfasados y las compañías que llevaban algunas veces, en aquel hotel les trataban bien. Hasta les escondían en un salón reservado si hacía falta. Deneb pensaba que lo hacían para que no asustaran al resto de clientes. No le molestaba, de hecho le hacía gracia la situación. Es más, si podía, él mismo asustaba a alguna vieja millonaria a la que salía de vuelta a casa. Lo que más le gustaba de todo era volver en

uno de esos cochazos que el hotel tenía como taxi.

—No, no, Meg irá conmigo. Sí, ya lo ha dicho. ¿Brit? No tengo ni idea pero supongo que no. Bueno, yo no le he dicho nada. No, yo sólo invitaré a los chicos ahora porque beberé cerveza y se me calentará el hocico —le dijo antes de soltar una risa—. Vale. Oye, ¿por quién me tomas?

Meg iría con él, le diría qué ponerse y le relajaría minutos antes de cantar. Siempre estaba nervioso antes de cantar, si no lo estuviera… habría muerto. Jamás estaba tranquilo antes de saber que había unos cuantos ojos observándole. Uno puede pensar que un cantante se acostumbra a esas cosas y sale cada vez más relajado, pero no, hasta la segunda o tercera canción, los nervios están ahí y la timidez y todas esas cosas que te hacen ser humano.

En realidad Meg siempre le hacía sentirse humano, porque aunque le admiraba como artista, luego estaba en esas pequeñas cosas que lo hacían normal. Era lo bueno de que ella no tuviera presión sobre los hombros, ni conciertos al otro lado del mundo, ni la fama subida a la cabeza. Porque la fama siempre se sube a la cabeza. Ella lo hacía sentirse normal, como cuando llegó el domingo a casa a eso de las nueve y media de la mañana y ella no se quejó cuando le sintió meterse en la cama. De hecho, se giró buscándole para apoyarse contra su pecho. Y a Deneb le hizo sentir genial, a pesar de que seguro apestaba a alcohol como para despertar no a una sino a tres o cuatro mujeres. Cuando se despertaba, horas después, ella tenía una sonrisa gigante y la cara manchada de mantequilla cuando él entraba en la cocina. Den sintió que no tenía resaca por dos minutos, pero cuando ella se le acercó y le abrazó fuerte gritándole un «buenos días, marmota, son las dos y media de la tarde» le vino toda de golpe. Aun así, comió un plato gigante de pasta amatriciana, aunque picaba un poquito, que le sentó como Dios. Luego tuvo que hacerle a Meg dos horas de mimos en el sofá, mientras veían una peli, hasta que se quedó dormido profundamente. Pero no le hizo los mimos porque ella le dijese que tenía que compensarla, no, se los hacía porque él quería y necesitaba abrazarla de esa manera. Le gustaba mucho su chica, mucho, muchísimo.

—Sí, sí, tú no sufras por eso —le decía a su mánager cuando le volvía a insistir sobre que se cuidara la voz y que no se pegara una como la del sábado—. ¡Sólo si pasa a cuartos me pego la fiesta del siglo! Pero está jodido, tío.

Sólo un día para presentar el disco en acústico delante de un montón de críticos de revistas y periódicos; unos cuantos fans que habían ganado unas entradas en un sorteo, que por lo visto hacía su página web; sus más allegados, entre estos familia y amigos; y otros músicos y gente que estaba en ese momento en la onda sólo porque siempre hay que invitar a gente en la onda. Al día siguiente de esto, todas las tiendas tendrían su

último LP a la venta. Esa era la opinión que de verdad quería, la del público, pero para eso tenía que cantar delante de los chupasangres. Y aquello sólo era el principio, luego veían los críticos del directo.

—Va a salir de puta madre, tío —le dijo a su mánager. Él tenía una ilusión renovada pero también repetía todo aquello que hasta ahora le habían dicho los demás sólo para no venirse abajo. Además, que no, que estaba seguro de que esta vez iba a funcionar muy bien—. Sí, sí. ¡Claro que tengo ganas! ¡Estoy algo histérico! —le decía—. ¡No jodas, cabrón! Luego te invito a cenarte una mariscada, si quieres. Ya verás que va a ir de puta madre —le contaba animado—. ¡Que no! Dos horas antes, sí. Dos horas antes, ahí estoy. No seas pesado. ¡Y no me llames tanto! Al final te bloqueo —le decía riéndose tontamente—. Venga, sí, ok. Ok. Mañana nos vemos. Ok.

Negó con la cabeza con una sonrisa tonta en la cara. Miró hacia la calle y alzó la mano cuando vio un taxi pasar, qué suerte. Se montó, dándole la dirección al conductor, y se quedó mirando la fachada de su edificio y esas cortinas de The Who. Le habían gustado cuando le enseñaron la casa, de hecho le habían gustado mucho. Tener un vecino fan de The Who no podía ser malo, lástima que hubiera terminado siendo un gilipollas de campeonato. Den no lo soportaba, de hecho ya hasta le molestaban las cortinas sólo porque el dueño era imbécil.

Sonaba otra vez Revolution en su bolsillo. Inspiró aire de forma cansada. Sintió como que necesitaba litros, kilos, o como se mida la paciencia. Lo sacó del bolsillo y no vio el nombre de Ach sino el de Meg. Sonrió porque se sentía tonto. Era una mala vidente.

—Dime, nena.

—¡Guapo! —contestó la chica al otro lado—. ¿Vienes ya o qué? He llegado hace rato y están Cob, David y un montón.

—Sí, sí, estoy de camino —le dijo él—. Amor…

—¿Qué?

—Que te quiero mucho —le dijo en plan meloso. El conductor del taxi le miró por el espejo retrovisor porque no se podía creer que estuviera llevando a Deneb Murphy, ni que fuera tan cariñoso con la novia esa que decían las revistas que tenía. Den no se dio cuenta.

—¡Ay, y yo, bobo! —dijo ella. Él sonrió de forma tonta.

—Te veo ahora —le dijo antes de colgar.

Miró para delante poniéndose serio. En realidad no quería decirle eso a Meg. Bueno sí, sí que quería, pero no sólo eso. Quería haberle dicho que después del partido le esperaba una sorpresa en casa, pero casi era mejor que siguiera siendo sorpresa. A pesar de todo, se lo iba a decir cuando la tuviera delante. Quería agradecerle todo ese esfuerzo que había hecho por él durante esos meses que su relación se había hecho oficial. No es que fuera el hombre más detallista del mundo, ni el más romántico, pero había encargado un montón de comida india y en ese instante le estaban colocando el salón como si fuese un rincón de Bombay. Tenía pensado pasarse la noche entera haciendo el amor, así que más le valía a su equipo pasar a cuartos y no llegar a los penaltis.

Capítulo 17

15. No te rías tanto

—¿Y a ti que te pasa?

Vega se encogió de hombros mirando a su amigo con una sonrisa tontísima en la cara. Tenía el disco de Den en las manos y parecía que iba a echarse a llorar. Rico la miraba negando con la cabeza. Rodó los ojos y alzó las manos en un gesto bastante dramático para explicar con mímica que su amiga había perdido totalmente la cabeza.

—Ay, nena, ¿sabés qué? —le preguntó. Ella negó con la cabeza—. Al final me lo voy a comprar yo también, ya le siento como de la familia —le dijo cogiendo uno de los discos del stand, Vega se emocionó y soltó otra risita—. Pero, ¿cómo sabés que te va a gustar si no has oído nada más que una canción?

—Porque sé que me va a gustar. Porque siempre me gusta y porque si tiene diez canciones como esa, seguro, seguro, que me gustará. Además, no te pongas tan modosito como si fueras el chico más cuerdo del mundo porque te recuerdo que, cuando salió el último disco de Lady Gaga, lo tenías encargado antes de que lo tuvieran en las tiendas.

—¡Acabáramos! Pero es que eso es otra cosa. Es que Gaga vuela y es glamour. Es una Diva, es mi inspiración.

Vega arqueó una ceja mirando a su amigo. Era un gesto reprobatorio total sin cortarse un pelo. ¿Acaso él podía tener ídolos y ella no? ¿Con qué rasero se mide el mundo? Rico sonrió y se encogió de hombros. Se rascó la nariz disimulando y se fue en dirección a la caja con toda la dignidad del mundo. Vega lo siguió y se colgó en su espalda de un salto sin pararse de reír. Él se quejó muy alto y todos los que estaban cerca se les quedaron mirando. Vega se rio, pero a su amigo le entró la vergüenza. Esa de la que carece, ¡qué cara más dura!

—Pues, para tu información, el miércoles presentó el disco en un directo en el hotel de… Bueno, lo presentó —le dijo dejando de andarse por las ramas—. Y el jueves ya estaba subido en su canal de YouTube así que lo he escuchado y me gusta. Claro que era una versión acústica, estoy deseando ver cómo suena en el disco.

—Y hoy es viernes. ¿Vas a quedar con tu chico? —le preguntó pasando

totalmente de ella.

—¡Aish! —se quejó ella. Desde que vieron la película la otra noche, estaba de lo más pesadito con denominarlo como «chico» con un posesivo delante.

Durante la semana, las conversaciones vía mensajes con Alan se habían intensificado. Hablaban hasta para la cosa más tonta, por ejemplo, la elección de una camisa para ir a una reunión de trabajo. Por lo visto, Alan tenía un proyecto entre manos chulísimo y que tenía muchísimas ganas de hacer. Vega se había convertido en su apoyo personal con la excusa: «a veces preferimos la opinión de alguien que apenas conocemos, en vez de la de los que tenemos alrededor». Tenía que hacer todo el diseño gráfico para una compañía musical. Desde el logo y el branding hasta los detalles más pequeños. Vega estaba emocionada junto con él, la verdad. Si incluía música, era el trabajo soñado. No podía negar que cada vez sentía que le atraía más aquel chico de cejas espesas y que, a pesar de que se hiciera la desinteresada con Rico, sí que tenía ganas de proponerle un plan al chico. Más aún de que fuese él quien la sorprendiera.

Llegaban a la caja, después del numerito, y la cajera los miraba, mascando su chicle, con la desesperación de quién se quiere ir ya a casa.

—¿Dos? —preguntó señalando los discos como si se hubieran confundido. Los dos la miraron como si fuese idiota. La chica volvió a mascar su chicle con aborrecimiento y los pasó por el escáner—. Tenemos entradas para el concierto, también —soltó como si estuviera harta de tenerlo que repetir a cada quien que compraba el disco.

—¿Concierto? —preguntó Rico.

—El doce de abril en la sala…

—¡Dame dos! —exclamó Vega atropellada sin dejar a la chica terminar.

—¿Dos? —volvió a preguntar para confirmarlo. Vega volvió a mirarla con una mueca entre la confusión y la intransigencia. ¿Es que no oía y no veía? A lo mejor llevaba sonotone o algo. Vega se inclinó un poco para buscarlo, pero no lo vio—. Vale, ¿todo junto?

—Sí, sí —le dijo Vega mostrándose impaciente.

—Pues ochenta y dos con cincuenta.

—¡Toma palo! —dijo Rico llevándose las manos a la cabeza.

Vega lo miró un poco impresionada, pero sacó la cartera y le dio la tarjeta a la chica desagradable. No imaginaba gastar tanto de pronto, pero el

hecho de pensar que en dos semanas podía verlo de cerca. O de lejos, pero en el mismo lugar. Ella y él compartiendo el mismo espacio. ¡Por favor! Iba a fangirlear de un momento a otro. O sea, estar donde estuviera él, sólo con saber que estaba respirando el mismo aire que él ya era un subidón. Ya lo era saber que vivía en alguna parte a quince minutos de su casa caminando, de hecho. Miró a la chica cuando le señalaba una maquinita, estaba pensando en sus cosas y no sabía qué era lo que quería decir la chica, pero no preguntó porque aún estaba demasiado emocionada. Entonces la chica, que se ve que ya se lo había dicho una vez, le dijo que metiera el PIN con cierto aire desesperado. A Vega le sentó fatal, pero disimuló y se hizo la digna marcando los cuatro dígitos.

Salían de la tienda y decidieron ir a tomar un café o algo en cualquier sitio del centro comercial. Descartaron un Starbucks porque desde que Rico había dejado de trabajar en uno se había prometido a sí mismo no volver a ninguno. A Vega le dio igual y le sugirió una cafetería modesta que apenas tenía cuatro mesas. Parecía carísima, pero el nombre en italiano aseguraba que sería mejor café. La chica no podía quitar una sonrisa gigante de la cara. Cuando se sentaron, Rico pedía los cafés a una camarera sudamericana que parecía haber comprado entradas para ver a Deneb Murphy de lo mucho que sonreía, al tiempo en que Vega escribía un mensaje a Vio con una foto de las entradas. Estaba como loca.

Cuando Rico volvió la vista a su amiga y vio que dejaba el teléfono en la mesa, frunció el ceño. Arqueó una ceja lentamente y la miró con una expresión interrogante. Vega se encogió de hombros y le sonrió de forma cándida porque sabía a la perfección lo que quería decir su amigo con esa cara.

—No… —comenzó a decirle él con un claro gesto de indignación—. Me parece muy fuerte que hayas comprado las entradas delante de mí y estés invitando a Vio.

—¡Pero si te estás quejando todo el día! —le dijo ella con una sonrisa y los ojos demasiado abiertos. Estaba pirado—. Además Vio se sabe las canciones, no como tú.

—Me las aprendo —sentenció el chico—. O sea, no me vas a dejar ver al hombre de mi vida porque tienes miedo de que te lo quite.

—¡Por supuesto que es por eso! —le dijo ella dando un golpe sobre la mesa—. ¡Jamás te acercarás a él! ¡Es mío!

—¡Qué fuerte, nena! ¡Qué fuerte! Sos una mala persona —le dijo con ese marcado acento argentino que sólo le gustaba usar cuando dramatizaba

para dar énfasis a su fingido enfado.

El teléfono de Vega vibró sobre la mesa. Él lo miró de reojo y volvió a hacerse el digno levantando la barbilla hacia el techo. Vega no le hizo ni caso, es lo que tiene la confianza, que da asco. Se conocían ya demasiado.

Vio Online

Oh. Oh. Oh.

¡¡¡Me muero!!!

¡No me he podido resistir!

Waaaaaaahhhh

Me súper encantaaaaaaaaa □□□

Lo sé tía.

Voy a ver por fin al hombre de mi vida.

¡Ay por favor y os tenéis que casar!

JAJAJAJAJAJAJAJA

□□□□□□□□□□□□□□

Espera, espera. Confírmame.

¿Doce de abril?

Sí, sí.

Doce de abril jajajaja asdfghjkl jajaja

Sí, pues no te rías tanto.

Cumplimos plazo el día 13.

¿Quéeeee? Los grandes

almacenes ¡Es verdad! □□□□□

Rico se preocupó un poco por su amiga cuando vio que su gesto había cambiado de forma radical de una alegría desbordante a una terrible preocupación. Vega alzó la vista a su amigo y le explicó que para el lunes trece de abril tenían que tener listo todo el papeleo de un proyecto del estudio. Por ellas no habría problemas, pero Vega se quejaba de todas las cosas que los arquitectos olvidan o dejan para el final como menos importantes. Aquellas que justo influían en lo que Vio y Vega tenían que hacer. Su amigo, en vez de apoyarla, se rio en su cara y le dijo que eso le pasaba por mala personal. Vega le miró con desprecio, pero del de verdad, y luego hizo un mohín al tiempo en que la camarera dejaba sus cafés en la mesa.

—Pues pienso ir. Así que ya puede estar todo acabado el sábado de antes.

—Es que no sé a quién se le ocurre hacer un concierto un domingo, también te lo digo.

Durante el rato que duraba el café, se pelearon otras dos veces y se pidieron perdón tres. Esa era su química particular. Se picaban continuamente pero luego se buscaban el uno al otro para todo. Para las cosas insignificantes como para las más importantes de la vida. La verdad era que Vega ni siquiera se planteaba la duda de por qué eran amigos.

Salieron de la cafetería y, como aún no era tarde, decidieron dar una vuelta por el centro comercial mirando escaparates. A Vega le gustaban los escaparates más por lo llamativo de su decoración que por la ropa que mostraban. Le gustaría haber tenido valor para ser escaparatista. Rico, sin embargo, miraba la ropa y opinaba sobre lo desacertado que era tal conjunto o lo ideales que le parecían esas botas. Todo quería que Vega se lo probara. La trataba de convencer alabando sus maravillosas piernas largas, pero Vega se mantenía bastante reacia a entrar de probador en probador. Ni siquiera coló cuando Rico le dijo que un look muy rockero, que tenían delante, seguro le encantaría a Den Murphy.

Y dentro de la tienda, vieron a alguien que ninguno de los dos esperaba. Se miraron con algo de incertidumbre y Vega se puso un poco nerviosa, lo notó porque había arrugado mucho las asas de la bolsa de la tienda de música. Volvieron la vista hacia dentro de la tienda y observaron al chico que estaba dentro con expresión de aburrido, sujetando un montón de bolsas, a punto de ponerse a rezar a todo el Olimpo para que se acabara su tragedia. Una chica salía del probador del fondo con una gran sonrisa, él sonreía asintiendo. Ella se daba un par de vueltas y le hacía carantoñas, que a él no parecían molestarle en absoluto, y se volvía a meter tras las cortinas otra vez. Vega sintió que se le aceleraba el pulso y no entendía muy bien por qué. Miró a Rico, que parecía anonadado también, y eso no le ayudó en absoluto. Tantas ganas que tenía de verle, que ahí estaba, delante de ella. Pero no estaba sólo. Estaba con una chica que parecía la

chica más feliz del Universo. Y Vega inspiró aire y se fue por el pasillo, sin reparar en más escaparates. ¡Qué tontería, cálmate!, se decía. Rico la siguió y caminaba a su lado, pero ni siquiera fingía que no había visto nada.

—Bueno, tu chico ideal tiene chica —dijo como si ahí, con esa aclaración, el problema se solucionase. Vega lo miró con resentimiento, ¿por qué le decía eso?

Vega se paró en seco en mitad del pasillo y bajó la vista.

—Eso es lo que parece.

—Y… ¿por qué no nos habremos dado cuenta? ¿No decías que te ha mandado señales claras esta semana de que tenía intenciones de verte?

—Eso parecía.

—¡Ay, nena! Piénsalo, en el fondo tiene un punto de emocionante ser la otra, ¿eh? Quizá te prefiera a ti y termine todo siendo súper romántico. Él con una duda entre dos mujeres. Una que sufre porque es mala y otra que gana…

—¿Por qué eres tan telenovelero, Rico?

—¡Porque soy de la Pampa!

Vega medio sonrió y Rico se sintió un poco mejor. La verdad es que él también estaba bastante sorprendido de haber visto a Alan sujetándole las bolsas a una chica que, además, parecía más joven que él. Por suerte para su amiga, el desengaño había sido temprano y no tenía un alto grado de enamoramiento. Era un asco, pero aún le quedaba Den Murphy, ¿no? Ese tipo sí que podría romperle el corazón en pedazos. El argentino alzó la vista, por hacer algo, y vio un escaparate bastante psicodélico detrás de su amiga. Podría funcionar, no estaba de menos intentarlo.

—¡Mira qué pasada de escaparate! —anunció girándola por los hombros—. ¡Me encantan esos pelucones retros a lo afro! Y me encantan el negro y el blanco combinado con colores flúor.

Vega miró donde decía su amigo, más por olvidarse del tema que por curiosidad. Eso sí, ya que miraba, sí que le llamó la atención.

—El fucsia me gusta, pero no el amarillo subrayador.

Rico observó a su amiga unos segundos y sonrió orgulloso de que fuera tan templada. Asintió dándole la razón y señaló unas deportivas rosas

fucsias con el dedo.

—Me encantan. ¡Cómpratelas! —le dijo a la chica.

—Cómpratelas tú para ti…

—¡Pero no! En serio, en serio, ¿no te gustan? —le preguntaba el chico con insistencia, a punto de tirarle de la manga como los niños cuando quieren que las madres les hagan caso—. Pruébatelas, aunque sea.

—Rico, agradezco que te preocupe mi estilismo pero dos cosas: una, no tengo nada que combine con ese rosa fluorescente y dos, acabo de gastarme un pastizal en un capricho que estoy deseando escuchar.

—Jo, pero es que son súper molonas. Te las regalaré para tu cumpleaños, ¿Cuándo es?

—El doce de febrero.

—Ah, es verdad. Bueno pues te las regalaré el año que viene.

Y, entonces, Vega sintió como le picaban en el hombro.

—Oye… —escuchó. Se giró rápidamente y se encontró con Alan que la miraba con una sonrisa. Vega frunció el ceño y tuvo ganas de pegarle una patada en la espinilla por unos instantes. El chico arqueó una de sus gruesas cejas y, entonces, volvió a decir algo—. ¿Qué tal? ¿Qué haces por aquí?

—Alan… —dijo ella algo seria.

El chico no entendía muy bien y miró al otro que estaba al lado de ella. Por esa pinta hipster y esa manera en que sujetaba la bolsa con dos dedos, detrás del hombro, no creyó que al chico le interesase Vega. Ni Vega, ni ninguna mujer. El chico alzaba la barbilla como mirándole con tirantez. Aun así volvió la vista a ella, sin dejar de sonreír, esperando una respuesta.

—Pues dando una vuelta —terminó contestando ella.

—¡Qué casualidad! —exclamó el chico con entusiasmo—. Yo he traído a mi hermana pequeña a cambiar de teléfono móvil y al final me ha liado que no veas. Creo que hemos entrado en diez tiendas —le contaba rodando los ojos. Vega cambió su mueca y se sentía tonta.

—Lo nuestro ha sido rápido, ¿verdad, Rico? Por cierto, él es Rico —les presentó y los chicos se estrecharon la mano—. Sólo veníamos a por

esto… —explicó con tono misterioso sacando el CD de la bolsa.

—¡Oh! El nuevo disco de tu dios —le dijo el chico. Ella se rio y Rico se preguntó si, hasta a Alan, le habría dado el coñazo con esas cosas. Bueno, obvio que sí.

—¡Hola! —soltó a su lado una voz animada. Una chica rubia sonreía a los dos mirándoles de arriba abajo—. Yo soy Jenn, la hermanita de Al.

—Hola, Jenn —dijo Vega de forma agradable.

—¡Me encanta tu look! —le dijo Rico observándola bien—. Hija, ¡qué tipazo! ¿Eres modelo?

—¡Sí! —dijo ella emocionada porque alguien se hubiera dado cuenta.

Alan puso una mueca rara que hizo reír a Vega. Ella aflojó de golpe todas las emociones que había tenido hacía unos momentos. Ni si quiera le había dado tiempo a asimilar una cosa y resultaba ser totalmente otra. No le había dado tiempo a comprobar hasta qué punto le importaba que Alan tuviera o no una novia por ahí, pero lo que era cierto es que sentía un alivio enorme en ese instante. El chico le pasó un brazo por los hombros y se puso a caminar, dejando atrás a los dos postadolescentes emocionados de la moda. Rodó los ojos como si de verdad estuviese cansado de una hermana modelo y Vega soltó una risa que tenía muchas ganas de salir.

—No se me da muy bien aguantar a mi hermana.

—A mí, a veces, tampoco se me da bien aguantar a Rico. Es más complicado que una hermana shopalcohólica.

—Entonces, menos mal que nos hemos encontrado.

—¡Di la verdad! —le dijo ella con mirada acusadora—. ¡Me espías! Has estado siguiéndome, ¿no?

—Totalmente culpable. Sabía que ibas a venir a comprar el disco y que tarde o temprano me cruzaría contigo —contestó el chico como si de verdad le hubieran pillado con las manos en la masa.

—¡Lo sabía! —apuntó ella, señalándole con el dedo—. Es que soy muy previsible, las cosas como son —comentó con aire resignado, encogiéndose de hombros, consiguiendo que el chico soltara una carcajada.

Sí, le gustaba su risa. Y le gustaba ese sentido del humor que tenía Alan. Su sonrisa perfecta y la expresión que le hacían esas cejas tan oscuras. Y Ella quería creer que a él también le gustaba ella. Si no, no haría esas

bromas. Sí, definitivamente, le propondría un plan ese fin de semana.

Capítulo 18

16. No te rías tanto

Cob tenía una sonrisa inmensa mientras Deneb le contestaba, a su manera, aquellas preguntas. El de la tele había tenido una idea genial justo antes de que Den diera su concierto en acústico. Se puso en contacto con Ach y le habló de hacer un reportaje de treinta minutos sobre Den. Diez minutos por programa. Den en acústico, Den en su día a día y Den en eléctrico. Tendrían que grabar mucho para resumirlo en sólo tres espacios de diez minutos para tres programas a lo largo de tres semanas, pero eso sería mucho más efectivo que una sola entrevista en su programa. Obviamente Ach dijo sí, sin leer la letra pequeña, siempre y cuando Deneb estuviese de acuerdo. Cob ordenaba en el programa, a pesar de sólo salir como colaborador, así que no le costaría incluir estos espacios en su sección como ya había hecho con otros artistas antes. Pero en éste tenía mucha fe, sabía que serían programas únicos. Le comentó la idea a Den justo antes de que saliera de casa para la presentación de su disco y, el rockero, le dio su visto bueno. Cob ya contaba con ello, por eso ya estaba en el hotel con un cámara y un técnico de sonido esperando a que la banda de su amigo llegara. La idea era grabar ese directo y hacerles unas preguntas a la banda sobre el nuevo disco. Dos días más tarde, hacerle una entrevista en casa aprovechando que jugaba la selección el viernes contra Ucrania. Para acabar, grabar el directo del doce de abril, a sus fans y la reacción de Den de vuelta a los escenarios.

Ahora estaban en el nuevo apartamento de Den, con la previa del partido puesta en la tele, sin volumen, cada uno en un sillón y Cob le preguntaba cosas que la estrella respondía con toda su naturalidad innata, haciendo reír a todos los que estaban en el salón. Al cámara, al de sonido, a Meg que los miraba desde la barra de la cocina americana y a Ach. Hasta el perro de Meg observaba con atención, bajo los pies de su dueña, como si estuviese a la espera de otro chistecito de la estrella de rock. Duhr y Rasalas, los hijos de Den, estaban haciendo sus deberes en la habitación de al lado. Ras apenas tenía nada que hacer son sus siete años y Duhr se había quejado mucho, muchísimo porque los viernes nunca hace los deberes, normalmente los deja para el domingo.

Al principio, Den, se puso algo tenso porque su hijo de diez años se enfadaba con él. Hacía demasiado que no pasaban tanto tiempo juntos y no quería cagarla ya de primeras. La noche anterior estaba bastante nervioso porque Brit había accedido a que pasaran el fin de semana con él. Meg le había calmado diciéndole que era un gran padre y que sus hijos iban a estar encantados de estar en casa. Para él era difícil hacerse a la idea de que ahora tenía que compartir a dos personitas. No lo había

pensado mucho todo ese tiempo porque todavía estaba haciéndose a la idea del cambio, pero aquel sería el primer fin de semana que los chicos estarían en su casa nueva y, por supuesto, era raro para todos. Eso, y que no sabía qué tal se portarían con Meg, era lo que más nervioso le ponía de todo.

Pero bueno, había accedido a la entrevista de Cob, con la excusa de ver el partido después entre amigos, y pensaba que Duhr se lo terminaría pasando bien con Cob y Ach porque los conocía de sobra. Así no sería tan tirante el trato con Meg, seguro. Si, al final, todo iba a terminar favoreciéndose entre sí.

—Así que ahora te gustan los conciertos pequeños y tranquilos, ¿eh? —le decía su amigo como si no le creyera una palabra.

—En serio, tío. Me gusta así. Me gusta que sea exclusivo y que haya buen público que te aprecia y que paga caro por verte. Sobre todo eso, que pague mucho —contestó haciendo un gesto con la mano refiriéndose al dinero—. No, va, me pongo nervioso cada vez más fácil, tronco. Por eso me gusta que los conciertos sean un poco más calmados. ¿Sabes lo que quiero decir? No sé si sabría volver a ponerme encima de un escenario en un estadio con decenas de miles de personas coreando mi nombre.

—¿Por eso no has aceptado ir al FIB este verano?

—No… —soltó una carcajada sonora y señaló a Cob con un dedo. Aunque sabía que había una cámara grabándole, se mostraba de lo más natural. Las cámaras eran sus amigas. Los paparazzi no tanto—. No acepto ir al FIB porque la última vez nos vetaron del hotel porque el bajista rompió el trampolín de la piscina, de noche cuando no se podía estar, y alguien del staff vomitó en el agua y nos cayó una multa que te cagas. Además, de camino al ensayo, la furgo pinchó una rueda y estuvimos esperando como dos horas para cambiarla. Hacía demasiado calor. Fue un tormento. Aún queda mucho para que me apetezca ir de nuevo. ¿Sabes cómo te digo?

—¿Pero cuánto hace de eso? —preguntó Cob como si nunca se lo hubiese contado.

—Emmm… ¿tres veranos? —preguntó a Ach. La cámara enfocó al mánager y asintió como si estuviera recordando una tragedia.

Cobe se rio hasta dando palmadas. Negó con la cabeza de forma divertida. Seguro que pensaba que las vidas de las estrellas del rock eran muy duras, pasando calor en una carretera. Ach lo miró con un poco de tirantez.

—¡No te rías tanto! —le dijo el mánager al entrevistador—. ¿No serías tú

el que vomitó aquella noche en el agua?

El de la tele soltó una carcajada y negó con la cabeza, incluso Den se rio. Meg, desde la barra, pensó que eran unos inconscientes descerebrados, pero algo le hacía sentir una punzada de admiración a pesar de todo. Cob hizo un amago por volver a la entrevista, cuanto antes acabaran, antes disfrutarían del fútbol. Además Den empezaba a impacientarse y estaba a punto de amenazarle con responder sólo palabrotas. Lo cual sería demasiado divertido para Cob, realmente, pero no para el de montaje que tendría que cortar un montón de trozos de video para poder emitirlo por televisión. Por eso, no se hizo esperar y continuó con un par de preguntas que Den contestó con su afamado carisma y su sentido del humor ácido.

—Entonces, si te parece bien, ahora tomamos unas imágenes mientras vemos el partido. Así la gente podrá comprobar que eres más normal de lo que aparentas.

—Me parece —sentenció el protagonista de la tarde.

Ach subió el volumen de la televisión para escuchar las alineaciones del partido y Meg llevó unas cuantas cervezas a la mesa baja del salón, invitando a todos a coger una y a relajarse. Cuando iba a por algo de picar a la cocina, Deneb la interceptó por el camino para darle un beso en plan meloso. Ella sonrió y le miró arqueando una ceja en plan: «Sí, has estado muy bien». Él sonrió y arrugó la nariz en plan niño pequeño. Volvió a besarla en la mejilla y salió animado hacia la habitación de los niños.

En realidad tenía muchas ganas de estar con los niños. Aunque él era más bien de no planear nada, eso era más cosa de Meg que parecía una agenda con patas, ese fin de semana se le habían ocurrido varias cosas para hacer con ellos, empezando por ver el partido. Caminó hasta la habitación de los chicos, era aburrida y sobria todavía. Hasta ahora simplemente había sido una habitación con dos camas que nunca usaban. Ahora no sabía si pintarla de colores, o al gusto de los niños, o que fueran los niños los que la pintaran como bien les diese la gana. No lo sabía. Sólo quería que estuviesen bien. No podía evitar sentirse culpable cuando estaba con ellos porque él había separado a la familia, ¿no?

—Ey, ¿quién se viene a animar a la selección? —dijo asomándose por la puerta con una gran sonrisa.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Yo! —saltó el pequeño, Ras, en dirección a su padre con un dibujo como escudo y un rotulador en alto como espada—. Mira, papi, éste eres tú —le dijo al llegar hasta él mostrándole en la hoja a un hombre con el pelo alborotado y lo que parecía una chupa de cuero.

Den sonrió y agarró el papel para verlo mejor. Podría no ser el mejor dibujo del mundo, pero para Den era como una especie de obra de arte,

en ese instante. Se acercó a la cama donde estaba sentado Duhr, que jugaba con una tablet, y se sentó observando el dibujo. Alzó la vista y clavó los ojos en los grandes ojos azules, seguramente heredados de Brit, de su hijo pequeño que lo miraba con emoción. Tenía la nariz llena de pecas y el pelo rubio como cuando él era pequeño.

—¿Con qué lo has dibujado? —le preguntó interesado.

—Con rotus —contestó el pequeño de la forma más natural e inocente posibles, como si todas las obras de arte del mundo se hicieran con rotuladores. Den sonrió y puso cara de impresionado.

—Ey, Duhr, ¿has visto lo que ha pintado tu hermano? —le dijo al mayor, que parecía demasiado concentrado en que el muñeco no se cayera del camino y siguiera atrapando monedas doradas. El mayor era más castaño y había sacado los ojos más rasgados, como los suyos, de un azul claro como el suyo, pero ni rastro de pecas. Den borró la sonrisa y empezó a impacientarse un poco porque su hijo no parecía querer cooperar—. Ey, ¿me has oído? —preguntó. Se asomó a mirar la pantalla de la tableta, más como para molestar que para otra cosa—. ¿A qué juegas? ¿Qué pasa si doy aquí? —preguntó tonteando con el dedo sobre la pantalla, haciendo que su hijo perdiera la concentración y el protagonista del juego se topara contra un muro—. Ups…

—¡Papá! —se quejó el mayor, malhumorado.

—¿Qué pasa? —preguntó Den exagerando inocencia.

—Me han matado por tu culpa —le dijo Duhr, clavándole una mirada de esas que matan. Den se rio y el niño se ofuscó más.

—Pues empiezas de nuevo, no se te va la vida en ello.

—¡Pues sí, porque cuesta!

—¿Ah sí? ¿Cuánto pagas?

El niño se quedó mirando a su padre con una mueca de confusión. No había entendido nada. Su padre era tonto, pero no se lo diría porque a los padres no se les puede decir eso. Todavía. Deneb arqueó las cejas mirando al niño y marcó una gran sonrisa. Sabía que Duhr estaba enfadado y no sería fácil, sin embargo sintió una punzada diferente a la de otras veces cuando a Duhr le daban rabietas. No paraba de pensar en que, quizá o definitivamente, el niño estuviera resentido con él más allá del juego.

—Vamos a ver el fútbol, ¿vienes o no?

—Sí, pero… ¿es verdad que Jill le pidió permiso a mamá para que nos llevaras al campo otros días?

—Sí… —contestó el padre con una sonrisilla.

—¿Y cuándo iremos?

—Cuando juguemos en casa.

—¿La semana que viene?

—¡La otra! —gritó el pequeño saltando en la cama encima de la espalda de su padre.

—Pues la otra. Sí —contestó Den dándole la razón al pequeño mientras trataba de bajárselo de encima, pero era escurridizo.

—¿Me comprarás una camiseta nueva?

—¿Otra? Tienes la equipación nueva de cuando empezó la temporada…

—Sí, pero ahora quiero la del portero. ¡Es el mejor! —le contestó el niño de forma resuelta.

Deneb rodó los ojos. Sabía que estaba chantajeándole, pero ¡qué narices! Si ahora quería la del portero, pues la tendría. Seguía forcejeando con el pequeño por intentar quitárselo de encima, pero debía admitir que la risa de Ras se le contagiaba, así que se tiró sobre Duhr para hacerle cosquillas y el pequeño cayó sobre su hermano.

—¡Os atrapé! —dijo él poniendo una mano sobre cada niño para empezar una tortura de risas incontroladas.

Después de un gol a favor y un partido aburrido, pero muchas risas comentándolo, un montón de pizza y cerveza; las cámaras, los técnicos y los invitados se marchaban. Rasalas estaba bostezando como un león en la Sabana, haciéndose un huequito en el sofá. Meg estaba sentada en un sofá observando la escena. Den y Duhr estaban retándose a un juego compartido en la tablet. Le gustaba lo que veía. Le encantaba la complicidad que tenía Den con sus hijos, pero se sentía una extraña en ese instante. No lo podía evitar. Era la primera vez que iba a pasar con los niños más de los minutos de rigor que había pasado con ellos cuando recogía a Den en alguna parte o algo así. Ahora que se habían ido todos, se sentía sola y nerviosa. Sin embargo, sólo eran niños, ¿no? Hubiera sido

peor si se tratase de adolescentes que ya suelen odiar a sus propios padres, como para no odiar a las novias de los padres. Eso sin contar lo que Brit les podía haber hablado de ella; porque sí, Brit estaba en todo su derecho de desearle morir en la hoguera. Si Meg se ponía a pensarlo fríamente no sabía hasta qué punto no odiarse a sí misma por meterse en un matrimonio; estuviese en la cuerda floja como lo estaba éste, pero un matrimonio al fin y al cabo. Deneb se rio y la miró después de decir algo. Meg le sonrió como si le hubiera prestado atención, aunque no. Él le sonreía encogiéndose de hombros. Duhr debía de ser mejor que él en el juego. Meg bostezó como Ras y se fijó en que el niño tenía ya los ojos cerrados. No sabía bien qué hacer, así que miró a Den un poco desubicada. Él se apartó a Duhr de encima y miró a Ras, luego miró a Meg y sonrió. Ella se encogió de hombros con una sonrisita.

—Chicos, creo que va siendo hora de ir a la cama —anunció Den con tono negociador.

—Pero yo no tengo sueño —se quejó el mayor aun jugando en la tablet.

—¡Pero yo sí! —se quejó su padre levantándose del sillón y agarrando unos vasos para llevarlos de la mesita a la cocina.

El niño se quedó mirando a su padre y después puso la vista en Meg. La rubia se puso algo tensa y le medio sonrió. El niño le miraba con sus ojos azules inexpresivos y gesto cansado. Meg desvió la mirada hacia Ras que estaba ya dormidito. Le caía mejor el pequeño, era bastante más simpático.

—¿Tú duermes en esta casa también? —le preguntó Duhr. Meg desvió la mirada de nuevo hacia el niño—. ¿Hoy duermes aquí, como nosotros?

—Vivo aquí… —le dijo ella mientras le salía una sonrisa timida porque le pilló por sorpresa la pregunta.

—¿Es tu casa?

—Podría decirse que sí.

—¿Entonces mi padre ha venido a estar en tu casa? —le preguntó con bastante inocencia. Meg abrió la boca pero no supo contestar—. ¿La casa es tuya o es de mi padre?

—La casa es de los cuatro, de tu padre, de Meg y de vosotros dos —contestó la voz de Deneb detrás de Meg. Ella se giró a mirarle. Él le dedicó una sonrisa tranquilizadora antes de saltar el sofá por detrás para sentarse a su lado.

—¿Entonces… —comenzó el niño. Den y Meg se miraron con cierto pánico divertido y volvieron la vista al niño—. Sois novios —sentenció.

Den soltó una carcajada que seguramente era provocada por los nervios que había tenido al imaginar qué elucubraciones se estaba montando su hijo en la cabeza. Se levantó del sofá y fue hasta el de sus hijos. Le agarró la tablet al mayor y cerró la funda para dejarla en la mesita. Cogió a Ras en brazos, que se acomodó rápidamente en su hombro, y le hizo un gesto con la cabeza a Duhr para que fuera a la cama sin quejas. El niño no le retó ni nada, caminó delante de él.

—Entonces… ¿vas a vivir con ella? —le preguntó sentándose en la cama. Den sonrió mientras metía a Ras en la otra cama.

—¿Te parece mal? —le preguntó mientras arropaba a su hermano. Se giró lentamente hacia Duhr y lo miró con curiosidad.

—No lo sé —le contestó el niño totalmente sincero—. Yo… No sé. En mi clase hay tres niños que sus padres están separados y no pasa nada.

Den lo miró con algo de pena, o de disculpa, no sabía bien. Se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, como si fuera a hablar con un colega. El niño le miró con sus ojos azules escrutadores. Pestañearon a la vez y sonrieron.

—Le damos una oportunidad, ¿no? —le ofreció Den como un trato, refiriéndose a Meg.

—Vale —le dijo el niño cediendo, con una sonrisa.

—¡A dormir, enano! —le ordenó abriendo la cama—. Mañana vamos a hacer muchas cosas, ¿eh?

El niño se metió en la cama y asintió a su padre. Perfecto, así sí. Deneb le arropó y le picó con un dedo en la nariz antes de irse hacia la puerta.

—¡Papi! —era la voz de Rasalas. Den se giró a mirar—. Tu novia Meg es muy guapa —dijo medio dormido, Deneb se rio—. ¿Cocina bien?

—Cocina muy bien, ya lo verás mañana —dijo Den aguantándose la risa.

—¡Duérmete Ras! —le dijo el mayor.

—¡Silencio los dos! —les advirtió su padre —. Buenas noches. Hasta mañana.

Había que ver lo diferentes que podían a llegar a ser esos dos enanos. Ras era más inocentón porque era más pequeño, pero también era mucho

más simpático, hiperactivo y participativo que el mayor. Éste era demasiado analítico, siempre ordenado, con sus preguntas y fijándose en todo. Esperaba que cediera y que no pusiera problemas. Estaba bastante cagado por eso pero, por otro lado, iba a aprovechar ese tiempo con ellos como loco.

Llegó al salón donde Meg veía la tele arropada con una manta. Se imaginaba que ella no estaba del todo cómoda. Aunque había dicho que sí, obviamente la notaba algo nerviosa. Siempre se mostraba tremendamente entusiasta con todo. Al recibir a los niños también lo había sido, incluso pensando en qué podrían hacer, pero no todo había sido tan fácil como parecía porque Duhr se había pasado la tarde jugando sin hacerle mucho caso. El pequeño sí que había estado cenando a su lado y contándole que su amigo no sé quién había hecho no sé qué cosa. Den la sonrió cuando ella le miró y se sentó a su lado tirando de la manta para taparse con ella. Meg le dejó hacer, estaba algo agotada. Den se hizo un hueco detrás de ella y la abrazó por la cintura. También necesitaba estar con ella a solas después de un día ajetreado con tanta gente por ahí. Esos momentos podría definirlos como "la felicidad". Ella se dejaba mimar, también le necesitaba. Pero lo de ella era porque era adicta a él. Y él adicto a lo seguro que ella le hacía sentirse.

Den pasó sus manos lentamente por la cadera de Meg, haciendo que ella se erizara entera. La besó en el cuello con delicadeza, una, dos…y tres veces. Tenerla tan cerca lo motivaba a gran velocidad. Ella se giró y lo besó en los labios, cada vez de forma más intensa. Él respondió con insistencia, como atrapándola, quería todo de ella. Meg se dejaba hacer debajo del pijama, cuando él deslizaba la mano bajo la tela. Y le atrapó el labio con los dientes, pero él no se quejó. Ella le miró intensamente y, por primera vez, fue ella quien preguntó.

—Va a ir bien, ¿verdad?

—Tan bien como va a ir lo que voy a hacerte ahora.

Capítulo 19

17. No me esperaba tanto

Un nuevo lunes en la oficina. Vio y Vega estaban cada una a su movida, en sus mesas, tras sus ordenadores. Mientras desayunaban, a primera hora de la mañana en la cafetería de abajo, Vio le había preguntado a Vega por los avances con Alan. Ya nada puede ser un secreto cuando tienes un grupo de Whatsapp llamado GossipGirls en el que Rico es el administrador. El chico había contado lo del centro comercial nada más llegar a casa aquella tarde. Vega estaba contenta porque ese sábado habían ido ella y Alan a una exposición que él quería ver sobre animación. Era un friki de PIXAR y a Vega no le disgustaban en absoluto los dibujos animados. Después habían cenado juntos. Habían estado parte de la tarde decidiendo a donde ir porque Alan conocía mil sitios geniales en la ciudad y Vega se sentía atraída por cada uno de ellos, aunque no estaba segura de si era por la comida o porque a Alan le gustaban. Al final, como se les echaba la hora encima y no llegaron a ninguna conclusión, Vega propuso una pizza en su casa y una buena peli de fondo. Al llegar a esta parte, Vio alzó las cejas de modo sugerente y sonrió, pero Vega negó con la cabeza con una sonrisa. No, no había pasado nada. O sea, muchos besos, abrazos y esas cosas, pero nada más allá.

—Tía, qué raro —le había dicho su amiga.

—¿Por?

—En tu casa y no te mete mano. ¿Es un viajero en el tiempo y viene de los años cuarenta? Bueno, es que incluso en los cuarenta seguro que metían mano a las chicas. Mira Elvis.

—¿Elvis? Tía, deja de poner ejemplos con músicos famosos porque no tienes ni idea de nada —se rio Vega restándole importancia a las tonterías de su amiga—. No sé si es un viajero en el tiempo, pero me gusta así.

—¿Sin triki-triki-triki-mon-amour?

—Sí —se confesó Vega. Luego miró a su amiga y se rio—. A ver, no. O sea, me gusta, me da igual si pasa mañana o si pasa pasado. Sé que va a pasar.

—En el fondo es súper tierno y te envidio —le dijo Vio poniendo cara de adolescente emocionada que piensa en uno cualquiera de los One

Direction—. Aunque tiene unas pedazo de cejas que no son normales, tía.

—Ah… —se rio Vega—. ¡A mí me chiflan!

—Sí, y también te chifla el entrecejo de Den Murphy. Es acojonante, sólo tiene una puta ceja. ¿Puede haber alguien en el mundo que sea guapo con una sola ceja? ¡Él es el único!

—Totalmente de acuerdo. El entrecejo más sensual del planeta Tierra.

Y acabada esa conversación que tiraba a lo absurdo, se subieron a la oficina y se pusieron a trabajar. Hasta ese rato, ya a media mañana, que alguien irrumpía en su despacho haciendo que las dos levantaran la vista hacia la puerta, que estaba entreabierta y una cabeza asomaba por allí con una gran sonrisa. Vio y Vega se miraron con estupefacción y volvieron la vista al sujeto que las saludaba. Fue Vega la que saludó primero después de soltar una risita. Vio alzó una ceja en plan escéptico y terminó saludando como si quien tuvieran delante fuera un conocido de toda la vida.

Cob abrió la puerta del todo y entró con una amplia sonrisa y una mano en el bolsillo en plan estrella del cine. La verdad es que la pose le pegaba mucho, porque era guapo a rabiar. O a lo mejor era guapo porque salía en la tele. Es de esas cosas de la vida que no sabes si una persona es guapa porque todo el mundo lo dice o porque lo es. A lo mejor, si fuera el frutero en el súper de debajo de casa, pasaba totalmente desapercibido tras los melones y nadie lo miraba.

—Hola chicas —dijo apoyándose en la mesa de Vio—. ¿Cómo estáis? Ya os dije que volveríamos a vernos.

—Una pena que sea aquí —dijo Vio en un tono como tirante, pero en el que se intuía ironía y buen humor—. Yo hubiera preferido que nos viéramos en el restaurante más caro de la ciudad y que tú pagaras la cena.

Cobe soltó una carcajada sincera y Vega miró a su amiga como si estuviera loca. ¡Joder, cómo le gustaba que fuese así! Por eso eran amigas. Vio era la parte valiente del dúo. Cob miró a la chica pelirroja y, sin sentirse para nada cohibido, recordó que la había visto con un chico en aquella discoteca. Quizá por eso no se había puesto rojo como un tomate, o quizá era por otra cosa.

—Si salen bien los negocios, estaréis invitadas al mejor restaurante de la ciudad y todo correrá de mi cuenta —les dijo asintiendo totalmente convencido. Invitar a las dos ponía un poco de límites entre ellos y, quizá,

Cob prefería que hubiera límites entre él y la pelirroja.

Vega sonrió al chico con gratitud y Vio lo miró con media sonrisa. Le caía bien. Les caía bien. Ellas le caían bien a él. Vega ordenó sus cosas en la mesa como si estuviera dando por finiquitado el trabajo y miró a Cobe con una de sus grandes sonrisas, prestándole, ahora sí, toda la atención del mundo. Vio volvió la vista al ordenador como si ellos no estuvieran.

—¿Y qué parte del negocio te ha traído hoy aquí? —le preguntó la morena al chico.

—Pues he venido con mi abogada. Temas de licencias de obra y esas movidas de las que no sé nada…

—¡Ah! Entonces eso me toca a mí —le dijo—. Yo llevo todas esas movidas de las que no sabes nada. Podríamos decir que me apasiona ir a pelearme con los funcionarios donde haga falta por conseguir hacer felices a los clientes.

—¡Qué bien! —exclamó él de forma divertida—. Entonces, si algo no va bien, podemos echarte a ti la culpa.

—Ella siempre tiene la culpa de todo… —dijo Vio con la mano en el ratón y sin apartar los ojos de la pantalla. Cobe la miró y sonrió antes de volver la vista a Vega. Ésta puso cara de resignación y ambos se rieron.

En la puerta aparecieron dos personas que llamaron la atención de todos. Eran su jefe, el más feje de todos, con una mujer castaña con unos ojos azules que ni el cielo y una sonrisa de Miss Universo que Vio y Vega se quedaron anonadadas al mirarla. Su jefe la presentó como Jill, la abogada de Cob. En el mundo de los famosos son todos así, ¿no? Guapos a rabiar. Hasta sus abogados son como estrellas de la gran pantalla. Tenía unas piernas larguísimas y llevaba un traje de falda y chaqueta acojonante que seguro era diseño Christian Dior. Llevaba el pelo suelto, que le caía un poco más allá de los hombros, en un ondulado perfecto. Tanto Vio como Vega no podían apartar la vista de ella. Cobe se levantó de la mesa de Vio, como si no se permitiese tanta informalidad, y sonrió al jefe de las chicas y luego a la mujer.

—Vega, tendrás que estar en contacto con Jill durante un tiempo, ya sabes. Te vas a encargar de las cosas de este proyecto. Cob se ha empeñado en hacerlo aquí, no le hemos convencido de que se fuera a otro estudio —bromeó el hombre haciendo que Jill y Cob sonrieran de forma cordial. Vega alzó las cejas y sonrió también por cumplir.

—¡Fantástico! —le dijo a todos—. ¿Plazos?

—Eh… cuanto antes, luego te paso un dossier. Pero estaría bien ir solicitando cosas antes de que acabe abril.

Genial, más trabajo para abril que apenas acababa de comenzar. Como si no tuvieran suficiente con el centro comercial para el día trece. Vega inspiró aire y asintió de forma agradable. Jill le hizo un gesto a Cob de que salía fuera para seguir hablando con el arquitecto. La sonrisa que se dedicaron después fue algo sospechosa. Vio miró a Vega con cara de situación y Vega arrugó la frente para que su amiga le quitara importancia. El arquitecto se despidió de las chicas y salió comentando a Jill los planes que tenía para ese garito que quería abrir Cob. Vega miró al de la tele con los ojos muy abiertos y una mueca de impresión.

—Esa mujer… —dijo exagerando el gesto y vocalizando mucho—. ¡Es guapísima!

—Sí, no está mal… —agregó Cobe como si viera miles de esas al día. Que en verdad las veía.

—¿Es buena abogada? —apuntó Vio alzando una ceja. No por celos ni nada de eso. Lo que pasa es que cuando una mujer es guapa no puede ser buena en el trabajo y si es fea, es que folla bien. Estereotipos.

—Sí, no está mal… —dijo Cob en el mismo tono antes de soltar una risita.

Vega sonrió y cogió su agenda para mirar cómo iba en las próximas dos semanas. El día doce estaba decorado con subrayador rosa como la agenda de una adolescente. Pasó la hoja y vio que el trece tenían ese proyecto. La cosa iba bien, por el momento, seguro que harían todo a tiempo. Alzó la vista y miró al de la tele con una cara que parecía pedirle piedad. Él frunció el ceño con algo de confusión y medio sonrió. Ella cogió un lápiz del bote de lápices que estaba otra vez lleno, alguien los había recogido del suelo finalmente, y miró al chico de nuevo.

—A finales de abril, tendré que ponerme manos a la obra pronto, pero puedo empezar la semana que viene —dijo.

—Bueno, sé que te ha dicho finales de abril, pero si puede ser antes… —empezó a decir él un poco cortado, rascándose bajo la barbilla, preocupando a Vega que lo miraba como si no pudiera estar hablándole en serio—. A mediados, mejor.

—¿A mediados? —preguntó ella—. ¡Tendría que empezar ahora mismo! Pero… —ojeó la agenda, reparando en ese día pintado de rosa y levantó la vista—. ¿Mediados, el quince de abril? O sea, es casi imposible…

—Pero sería genial —agregó él con una amplia sonrisa.

Vega se dejó caer contra la mesa dándose en la frente con dramatismo. Exageraba mucho en esas situaciones, Vio ya se lo sabía y miró a Cob haciéndole un gesto con la mano en plan «deja, ahora se le pasará». Cob se rio y le guiñó un ojo, entonces Vio sonrió y entendió que el chico lo único que estaba tratando de hacer era vacilar a la chica.

—¿Algún problema? —preguntó él haciéndose el interesado. Vega alzó la vista.

—¡No me esperaba tanto! Se me amontona el curro para el doce de abril, nada más. ¡Todo a la vez! —exclamó con ese tono exagerado. Se fijó bien en el gesto de Cob. Negó con la cabeza. Dedujo que el chico estaba tomándole el pelo.

—¿Doce de abril? ¿Y qué pasa el doce de abril?

—¿Cómo, no lo sabes? —preguntó Vio como si Cob fuese de otro planeta, o algo así, para luego sonreírle de forma simpática—. Toca Deneb Murphy con su banda —soltó como si no fuera importante y señaló a Vega—. Ella le ama. Le ama muchísimo —agregó exagerando el tono también.

—¿A Den? —preguntó el de la tele con total confianza, como si estuviera hablando de su primo el del pueblo—. ¡Es muy amigo mío! El mejor, de hecho.

Las chicas lo miraron como si acabaran de decirles que les había tocado el Euromillón. Luego se miraron entre ellas y se dieron cuenta de que tenían caras bastante estúpidas. Vega se rio y miró a Cob como si le estuviera tomando el pelo. Era demasiado bromista, ¿no? Primero lo de las fechas y ahora eso. Cob se rio y asintió, les estaba diciendo la verdad. Las chicas volvieron a mirarse y Vio tenía la boca abierta como un dibujo anime sorprendido. Vega se echó a reír por no ponerse a dar saltos encima de la silla. ¡No podía ser!

—Si salen bien los negocios, ¿nos invitarás a cenar en el mejor de los restaurantes de la ciudad con Deneb Murphy? —soltó con desparpajo y de forma animada haciendo reír al chico que se encogió de hombros en plan «¿por qué no?».

Vega soltó un gritito de emoción antes de taparse la cara con los brazos sobre la mesa. Vio miró a Cob, en realidad estaba emocionada también, sólo que supo aguantar el tipo haciendo como que su amiga estaba loca perdida. Cobe asintió como si no la creyera, deduciendo que también le emocionaba todo eso. Él estaba muy acostumbrado a la gente famosa, porque era gente como él, pero no pasaba eso con el resto de mortales y, suponía, Den no sería indiferente para la pelirroja. Ese cabronazo no

dejaba indiferente a nadie, de hecho.

Miró a ambas con una sonrisa sincera, sintiéndose una especie de súper héroe o alguien extremadamente genial. Se había quedado como pensando y terminó asintiendo convencido antes de volver a hablar.

—Le diré que me acompañe el próximo día al estudio —dijo el chico con media sonrisa. Ser amigo de Deneb le hacía ponerse a la altura de una estrella del rock y eso molaba mucho.

—¡Ay! Y yo me muero…

—Se muere —asintió Vio mirando a Cob con preocupación fingida.

Cob se rio. Le caían bien.

Capítulo 20

18. No me esperaba tanto

Jill se había levantado de la mesa con la disculpa de que tenía que ir al baño. Mientras tanto Cob apuraba una cerveza y Deneb ojeaba la carta pensando que no sabía cuál era la diferencia entre el pollo Tikka Masala y el pollo Tandoori, pero deducía que cualquiera de los dos le iba a gustar porque adoraba la comida india. Es más, seguro que ya lo había comido antes, pero de una vez para otra se le olvidaban los nombres. Eran demasiado complicados. Antes de comer habían estado tomando algo en la terraza del restaurante, aprovechando el sol de primavera, y a Jill se le ocurrió preguntar qué tal el fin de semana con los niños, así que Den estuvo contando, muy animado, todo lo que hicieron. Casi como si estuviese deseando que le preguntaran para así poder contarlo y que le dijeran que era un gran padre.

El sábado por la mañana los despertó y los llevó a una exposición de animación que había en el centro. Él era un friki de los dibujos animados, así que se lo pasó como los enanos. De hecho fue el que se empeñó en que se hicieran unas cuantas fotos con un muñeco enorme que había en la entrada, protagonista de la última peli que les encantaba a los niños. Estuvo a punto de tuitear un selfie, pero al final se entretuvo con Ras que quería todos los muñecos de acción de la película en la tienda de la exposición. Y se los compró, porque a él también le encantaba jugar con ellos. Después habían estado comiendo en un McDonald's de la zona, que bien no era santo de su devoción, pero Duhr estaba muy contento con la idea porque ya no se pedía Happy Meal porque ya era un chico grande. A Meg se le había ocurrido que podían pasar la tarde en el campus de la Universidad porque se jugaba un partido de Rugby; a Den le pareció una maravillosa idea porque adoraba el deporte, aunque estaba bastante sorprendido de que la chica se mostrase fan del rugby. Lo que Meg no le contó era que, durante su época universitaria, había estado saliendo con un Hoocker de metro noventa y que tenía que tragarse los partidos casi como si fuera los domingos a misa, así que había aprendido a amar el deporte también. Los niños lo pasaron en grande y Duhr no paraba de decirle a su padre que ya no quería ser portero sino que quería vivir el resto de su vida en una melé. Después de un largo paseo por el barrio con el perro de Meg, que le encantaba especialmente al pequeño de los niños, por la noche, habían estado tranquilos en casa disfrutando una cena casera en la que Meg puso más empeño que de costumbre y que, gracias a los cielos, Rasalas aprobó. El domingo por la mañana se resumió en horas de Mario Kart y de FIFA15 con la Wii, mientras Meg preparaba las maletas porque se iría el lunes de viaje de trabajo. Y por la tarde, Den tuvo que despedirse de los enanos y llevarlos a casa con todo el dolor de

su corazón porque se los habría comido con patatas de haber podido. El más pequeño se enganchó al cuello de su padre pidiéndole que por favor se quedara a dormir en casa; cosa que hizo que Den tragara saliva con el corazón en un puño. Duhr simplemente se despidió y le recordó a su hermano que había niños en su clase con papás separados y que no pasaba nada. Esta última parte Den se la guardó para él y no le dijo nada a Cob y a Jill que le miraban con una sonrisa, justo antes de que ella dijese que iba al baño.

—¿Y entonces Meg cuando vuelve? —preguntó Cob.

—Creo que el jueves —le dijo despreocupado todavía mirando la carta.

—Ach es muy pesado a veces, no sé por qué ella le tiene que acompañar a hacer sus trabajos de mánager. ¿No iba a cerrar actuaciones y entrevistas?

—Justo —le contestó Den cerrando la carta, ya se había decidido—. Pero dice que Meg tiene más carisma que él. Yo creo que es, simplemente, porque está más buena que él y él lo sabe. Parece ser que, cuando va ella, nadie dice que no.

—Tú lo sabrás más que yo, tío… —le dijo Cob en un tonito demasiado confidente.

Den alzó las cejas serio y luego se le escapó media sonrisa que parecía dejar claro que Meg era bastante persuasiva. Luego rodó un momento los ojos y se encendió un cigarro con una gran naturalidad de rebelde sin causa.

—Así que Jill va a llevarte de cerca el papeleo de tu garito.

—Sí, tío —contestó el de la tele—. También es muy persuasiva, ¿sabes? —agregó con una sonrisita.

—La conozco —terció Deneb sacudiendo la ceniza del cigarro en un cenicero sobre la mesa. Puso cara de escéptico ante aquella sonrisita de su amigo—. Te la has tirado.

Cob abrió los ojos de más y miró a su amigo con un gesto traicionero de culpabilidad. Den alzó una ceja y dio una calada al cigarro por no sonreír. Hacía muchos años de lo suyo con Jill y era consciente de que su abogada había cambiado muchísimo desde entonces, pero no le sorprendía que se sintiese atraída por Cob. Llevaban siendo amigos desde que él los presentó hacía años, lo curioso era que se gustasen justo ahora. Den no se sintió traicionado ni nada por el estilo, quería a ambos a su manera. Se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa, mirando a su amigo con gesto examinador. Cob se puso a la defensiva, agitándose sobre su silla y

mirando a una mesa donde había un viejo canoso con una chavalita de veinte. Su nieta, esperaba.

—¿Cuándo, este fin de semana?

—Sí —contestó Cob volviendo la vista hacia su amigo. Sabía que no iba a poder rehuirlo ni nada por el estilo, así que le contestó con resignación.

—¡Qué cabrón! —le dijo Den, ahora sí, con una gran sonrisa—. Está buenísima, creo que con los años mejora.

—Y es muy buena en la cama, tío. Bueno, ¿qué te voy a contar a ti?

Deneb soltó una risita y volvió a fumar de su cigarro. Si era sincero consigo mismo, no se acordaba de eso. Fue hace mucho y borrachos como cubas. ¡Vaya, vaya, vaya! Sus amigos, de aventurilla, qué fuerte.

—Nos vimos el sábado por la mañana porque la llamé para esto y, al final, pasamos el día juntos.

—Y la noche… —le picó Deneb—. Y el domingo cada uno para su casa. Si te conozco bien, mamón.

—Bueno… —La sonrisa que tenía Cob en la cara era bastante tonta hasta para él. Den se lo quedó mirando con algo de sospecha—. Y el domingo también lo pasamos juntos. Y, de hecho, estamos a lunes y también lo estamos pasando juntos.

Den le leyó en la mirada a su amigo que Jill parecía gustarle de verdad. Abrió los ojos de más por la sorpresa y se le fue el humo por otro lado. Se atragantó y se puso a toser. Cob se preocupó y le levantó la jarra de cerveza para que bebiera un poco. Den la agarró y le dio un trago a duras penas. ¡Joder, qué espectáculo por una tontería!

—¡Joder, no te mueras, Den! —le soltó el de la tele.

—Joder… —dijo el otro recuperando la voz. Carraspeó, sintiendo que tenía los ojos húmedos y limpiándoselos con la palma de la mano—. No me esperaba tanto.

—¿Tanto qué?

—Tanto amor.

—No exageres —se excusó Cob rodando los ojos.

Ya. Claro. El gesto de Deneb era totalmente escéptico. Su amigo se había pillado por Jill y estaba haciéndose el desinteresado. Cob lo miró como si

pudiera leerle la mente y, aunque le hubiese gustado tener el porte para negarlo, al final se le escapó una risa. Den dio la última calada al cigarro y lo apagó en el cenicero. Sus ojos azules, con un brillo casi malévolo, estaban clavados en su mejor amigo.

—Entonces la pelirroja esa, ya nada.

—La pelirroja… —comenzó Cob diciendo con una gran sonrisa—. Tú viste, como yo, que tenía novio o algo —agregó poniendo cara de resignado—. La verdad, Den, una cosa es estar cansado de salir con modelos histéricas de las dietas o con actrices histéricas de su vida profesional y otra creer que puedes confiar en una chica normal y corriente. Quiero decir, una chica de la calle. Al final nos separa una gran avenida entre nuestro mundo frívolo y el suyo. ¿Cuántos famosos conoces que conocieran a su pareja en el supermercado?

—No conozco lo que es un supermercado.

Cob se rio ante la idiotez de su colega. Él hablaba en serio. Miró a Den pidiéndole un poquito de sensatez y el rockero alzó las manos en una vaga disculpa.

—Ya sabes lo que te quiero decir. No es que seamos especiales, pero no es casualidad que las chicas que parecen entendernos mejor tienen un pie metido en este mundo. Meg trabajaba en la industria musical y… —se cortó un poco y se ruborizó. Deneb sonrió al verlo—, Jill es abogada de un montón de cabrones como tú. Sabe de qué va la movida.

—Te entiendo perfectamente, Cobe —respondió Deneb ante tanta franqueza—. Te lo traté de explicar el otro día en ese baño pero tú ibas demasiado mamado como para hacerme caso —le dijo pasándose de listo—. Pero si un día te follas a la pelirroja esa, cuéntamelo.

Cob negó con la cabeza con una sonrisa. Den era único, desde luego. Parecía ser muy natural para él la infidelidad, aunque su mejor amigo estaba seguro de que, en el fondo, no se quedaba tan tranquilo después de haber metido la pata con otra. El de la tele acababa de empezar a ilusionarse con Jill, ¿quién sabía? Igual era otro desastre más, o igual no. Igual le gustaba desde hacía tiempo y nunca había querido terminar de creérselo. Ella tenía, más o menos, su edad y, probablemente, las mismas pretensiones. ¿Por qué no iba a funcionar?

—Hablando de la pelirroja —comenzó de nuevo diciendo—. Tienes que venirte un día conmigo al estudio. Su compañera, la morena de la que te hablé, te ama. Le he prometido que irías para hacerme el guay. Ahora tienes que ir.

—Para que tú quedes bien —le dijo Den con su entrecejo recto en una línea perfecta con sus cejas, como si sólo tuviera una que le cruzara la cara—. No sé, no sé. Las mujeres que me aman sin verme siempre me han dado miedo —decía con un aire bastante inverosímil que se pegaba de bruces contra su enorme ego.

—¿Que a ti qué? —preguntó la voz recelosa de Jill mientras se sentaba a la mesa. Observó a Den con escepticismo y agarró la carta para echarle una ojeada. No les había escuchado de lo que hablaban pero llegar y oír a Den Murphy decir que las mujeres le daban miedo era para mear y no echar gota—. No hay quién te crea esa idiotez, Den.

—¿Por qué? Tú me amas y siempre me has dado miedo.

Ella alzó la vista y lo miró fijamente antes de sonreír de forma forzada. Él sonrió de la misma manera. Cob los observó a ambos divertido. Jill alargó la mano para quitarle a Deneb del pelo una pelusa que había llegado volando.

—Me tienes miedo porque podría meterte en la cárcel.

Capítulo 21

19. No me beses tanto

¡Vaya locura de días! La oficina era un hervidero de nervios porque cuando no estaba trabajando sin descanso para tener todo listo, estaba mirando por la puerta de reojo no fuera a ser que Cob apareciera con Deneb Murphy y entonces él se enamorara de ella y su vida se convirtiera en una comedia romántica genial con el hombre más guapo del Universo.

Había fantaseado varias veces con Vio sobre eso, aunque a partir de la cuarta se lo tuvo que guardar para sí misma porque la pelirroja empezaba a cansarse. Además Vio estaba preocupada porque, en toda esa historia, ella tenía que dejar a su chico por Cob y ya no estaba tan segura de que quisiera que eso pasara. Empezaba a admitir que le gustaba mucho ese chico. Vega no se sorprendía, de hecho lo sabía de sobra hacía mucho tiempo. Por eso, Vega fantaseaba sola cuando el trabajo le dejaba y, es que, que aquel chico de la tele les hubiera contado aquello había sido una perdición para las obsesiones de la morena. O sea… Deneb Murphy. Allí, con ellas, cualquier día de esos. ¿No era una pasada? ¡Ay, es que no podía ser verdad! O sea, sí. Sí que podía ser. Porque podía ser, ¿no? Habían sido los dos días más largos desde hacía mucho tiempo, porque cuando uno no puede cambiar el rumbo de sus pensamientos, los días parecen hacerse interminables. Sólo era miércoles y había pensado tanto que parecía jueves de la semana siguiente.

Luego tenía momentos en los que se enfadaba con ella misma por no ser capaz de vivir en la vida real. Si se pasaba el tiempo expectante, ¿cómo iba a sorprenderle la vida? Así que, después de eso, trataba de dejar las cosas estar, como la canción de los Beatles, y trataba de que su vida aburrida no la consumiera. De hecho, no tenía nada de lo que quejarse de su vida y menos con las nuevas emociones que encabezaba un chico guapo de sonrisa perfecta llamado Alan. Aunque… aquella tarde fue diferente.

Habían quedado por la tarde de un día entre semana porque Alan se había empeñado mucho. Vega había apurado lo que tenía que hacer porque se engañaría si dijera que no le apetecía verle. Aunque no sabía por qué él estaba tan insistente. Caminaba hacia una cafetería de estas americanas del centro de la ciudad, dejando atrás las cortinas de The Who que ya nunca pasaban desapercibidas para ella cada vez que pasaba por aquel bloque. Pensaba, todo el rato pensaba, ¿y si su vida estaba a punto de cambiar? De cambiar para siempre. De esos cambios fulminantes que marcan un antes y un después. Tenía tantas barajas abiertas sobre la mesa, ¿por qué no iba a suceder? Sus planes de eterna adolescente se

iban quedando pequeños ante las nuevas expectativas. Tanto trabajo, cada vez su labor era más importante en la empresa. ¿Y si pronto fuera hora de dedicarse a ello de forma más grande? De hacer una gran consultoría y que los arquitectos la buscaran a ella en vez de al revés. ¿Quién sabe? Siempre da miedo arriesgar cuando te juegas la comida. Además, ¿cómo iba a quejarse de ese trabajo si le habían puesto hasta un piso genial en el centro? Quizá lo que estaba a punto de cambiar era su vida sentimental; porque Alan estaba ahí, ganándose todas las papeletas de esa tómbola. Sentía interés, sentía curiosidad, pero también iba con pies de plomo. ¿Quería esa relación? ¿Ya? ¿Así? ¿De verdad? Todo era un lío. Quizá es que Vega no sabía disfrutar del momento. Quizá se anclaba en el pasado para no tener que discutir con el futuro. Lo que estaba claro es que todo a su alrededor estaba cambiando. ¿Y si lo que empezaba a cambiar eran sus relaciones personales? ¿Y si de verdad Cob Burke empezaba a ser parte de su día a día? ¿Y si con él venían de la mano un montón de famosos? ¿Y Den? ¿Y si iba a ser la nueva mejor amiga de Den y aún no lo sabía? Definitivamente, cambiar de vida era complicado. ¿Cómo lo había hecho el día que dejó su casa para irse a esa gran ciudad? Necesitaba ser un poco aquella chica, de nuevo.

Inspiró aire antes de parar en un paso de cebra, observando la luz roja que le impedía el paso. Resopló cansada, como si pensar tanto sobre los cambios la estuviera martirizando mucho. Quizá aquel no estaba siendo su día. Quizá estaban siendo días demasiado largos. Recuperó el paso cuando la luz verde le decía «camina» y rebuscó en su bolsillo al notar que había vibrado. Trizia le preguntaba en el grupo Gossip si ya le habían presentado a Den. Empezaba a hacerles demasiada gracia a sus amigos su obsesión y ella, como era obvio, no podía dejar de obsesionarse. Les escribió diciendo que la dejaran en paz. Definitivamente, no era su día.

Llegó a la cafetería donde le esperaba un Alan súper animado. Ella sonrió y se dejó caer en la silla de forma cansada. Llevaba bastante curro a la espalda, igual era sólo eso. Se estaba empeñando en llegar a tiempo y se estaba exigiendo mucho. Alan le hizo una carantoña y ella se apartó un poco. Él arrugó la frente y ella hizo una mueca de agotada. Él no le dio importancia y comenzó a hablar sobre su día en el trabajo, como si eso fuese a ayudar a Vega. En ese momento tenía ganas de ponerse el nuevo disco, sentarse tras su ordenador y ponerse a escribir sobre cómo se sentía. Lástima que había aceptado ese plan, pero Alan siempre conseguía hacerle sonreír, seguro que aquella vez iba a hacerlo de nuevo. Pidieron unos refrescos y él le preguntó a ella por el trabajo. Vega le contó que ahora tenía un extra entre manos. No le contó quién era el cliente, porque lo encontraba algo arriesgado y exclusivo del estudio. Algo así como protección de la privacidad de un famoso de la tele, aunque suponía que terminaría contándoselo. Él no se interesó en profundizar porque vio que ella estaba algo agobiada; le tomó una mano y le dijo que sabía que podía con todo. Aquello podría haberle parecido un gran chute de autoestima a la chica, pero se lo quedó mirando, frunciendo un poco el ceño, y pensó

que por qué actuaba como si la conociera de toda la vida. No era así, apenas tenían confianza desde hacía unas semanas. Él no reparó en el gesto de la chica, realmente pensaba que ella tenía algo de especial; quizá su humor, quizá que no era una chica fácil de las que quieren sexo la primera noche. A saber qué era, pero le gustaba.

—¿Te apetece que vayamos a cenar a alguna parte? —preguntó el chico.

—No lo sé, Alan —dijo ella, dejando su vaso en la mesa después de haberle dado un trago—. O sea, en realidad… tengo trabajo que hacer. Leerse normativas puede ser algo tedioso y complicado.

—Ya veo —dijo él al intuir aburrimiento en el tono de la chica—. ¿Damos un paseo? Te acompaño a casa.

¿Ya quería irse? Vega lo miró torciendo el gesto. No le pillaba hoy. Él también torció el gesto, contrariado. ¿Qué le pasaba hoy a ésta?

—Di tú qué te apetece… —sugirió él, agregando una sonrisita para que no sonara tirante.

—Bueno, no lo sé —dijo ella. Alan pensó que quizá debía de estar en esos días.

—Creo que estás agobiada con el curro —dijo él.

Vega sonrió un poco más calmada. Asintió y le propuso pillar algo para llevar en el centro y cenar dando un paseo. Alan pareció conforme con la idea, así que pidieron unos perritos calientes y caminaron hasta una plaza cercana a la casa de la chica. Se sentaron en un banco y observaron a la gente que pasaba. Alan se inventaba historias sobre aquellos que parecían más perdidos y Vega lo miraba riéndose, porque era un payaso. Pero estaba cansada, no quería que se alargara mucho la velada. De hecho, se le escapó un bostezo gigantesco que hizo a Alan reír y mirar el reloj porque era temprano aún. El chico negó con la cabeza al levantarse y, cuando ella terminaba su comida, tiró de su brazo para ir hacia su casa. Ella se dejó llevar sin una queja, soltando otro bostezo y una risita mientras lo miraba.

El chico la besó al llegar al portal. La besó lento, disfrutando el momento. Ella se dejó hacer y le abrazó por el cuello. Pero el subconsciente, sobre todo si tienes sueño, hace cosas extrañas que te desconciertan. Porque mientras besaba a Alan, Deneb volvió a la cabeza de Vega. ¡Ay, ojalá le besara así Den Murphy! Ojalá sus manos le recorrieran las caderas y esos ojos azules la miraran con expectación ardiente. ¿Pero por qué pensaba en eso? ¡No! Se sentía culpable y trató de borrar esos pensamientos de su cabeza, abrazándose más contra el chico. Lo que pasa es que, una vez que piensas en que no quieres pensar en algo, piensas más. Es de ley. Así

que se preguntó por qué ella no tendría la suerte de ser besada así por el hombre que más le gustaba en el mundo. Ese que estaría a punto de conocer dentro de muy poco, porque Cob se lo había dicho. ¿Y si estaba haciendo ilusiones a Alan cuando ella pensaba en otro? ¡No era buena idea! ¿Por qué no paraba de pensar en mitad de un beso? En los besos no se debería de pensar tanto.

—No… —empezó a decir, separándose de él, apartándolo con las dos manos sobre el pecho del chico—. No me beses tanto.

—¿Qué? —preguntó él totalmente confundido.

—No… —repitió ella mirando al suelo—. Me subo a casa. Tengo mucho que hacer.

—Pero… —Él frunció el ceño y puso una mueca disconforme pero no añadió nada. Estaba rara—. Pero, espera.

—No, no. Tengo mucho lío, Alan —se excusó ella dándose la vuelta para abrir la puerta—. Buenas noches.

—Un momento… —Ella abrió la puerta y él quiso haberla parado, pero estaba rebuscándose en un bolsillo. Además, ella iba rápido. Entró al portal y caminó deprisa dejándolo ahí. Alan frunció el ceño y se quedó con cara de idiota mientras la puerta se cerraba en su cara y sacaba la mano del bolsillo—. Tengo esto para ti… —dijo a nadie, alzando unas entradas para ver a Deneb Murphy el doce de abril. Había pensado que seguro le hacía ilusión ir y, en cuanto se enteró de ese concierto, se le ocurrió que sería un buen plan para hacer juntos. Pero ahora no sabía si sería tan buen plan. De hecho, estaba enfadado.

Capítulo 22

20. <!--[endif]-->No me beses tanto

Para ser miércoles había bastante ambiente por allí, pensó Deneb al llegar a aquella fiesta. Aquella mañana había estado en una radio de promoción con la banda, había contestado otra sarta de preguntas coñazo con la mejor de sus poses pasotas, pero que hacían reír, y luego les habían invitado a un evento por la noche. Igual no habría ido semanas antes, pero estaba más contento últimamente y, además, Meg le habría obligado a ir de estar allí. Lo curioso es que fuera justo cuando ella no estaba. Iba a ir con Cob, si es que él no seguía pasando su semana de ensueño con Jill, que parecía ser que no. Lo que pasaba era que Cob aún estaba en plató, así que o bien lo buscaba allí o lo esperaba en la fiesta. Al final, entre pitos y flautas, terminó optando por esperarle allí e ir con el bajista de la banda. El resto de la banda ya estaría allí para cuando llegaran. Hacía tiempo que no se juntaban todos en el mismo evento. Quizá desde la última entrega de premios que estuvieron nominados. Siempre faltaba uno, la última vez había sido él.

La fiesta era sobre los veinte años que hacía la emisora. Casi como el tiempo que él llevaba en el negocio de la música. Era en una discoteca en el centro. Había una alfombra verde sobre la acera y mucha gente esperaba, tras unas vallas de seguridad, a que fueran llegando los famosos para pedirles autógrafos y gritarles lo guapos que eran y cuanto les querían. Deneb no tenía mucho problema con eso, aunque pudiera parecer agobiante. Además, los de seguridad eran bastante apañados para controlar a las masas enfurecidas de fanáticos. Le cegaron un par de flashes demasiado cerca de la cara, quizá por eso siempre llevaba gafas de sol, hasta de noche. Se paró a firmar a unas chicas que no paraban de gritar su nombre y se hizo una foto con ellas. Se excusó con el resto de personas alzando las manos y se metió para dentro donde otro millón de flashes le daban en la cara, sólo que ahora eran de fotógrafos profesionales.

—Den, Den, ponte aquí. Aquí, en el photocall —le decían atropelladamente, señalándole una pared blanca con miles de logos de la emisora, de una compañía de seguros de coche y de unas bebidas alcohólicas asociadas. Qué ironía—. Den, mira aquí. ¡Mira aquí!

Y Den miraba. Sonreía tras sus gafas de sol, o se ponía extremadamente serio como un tío súper duro, sacaba dos dedos en plan: «comedme la polla», se volvía a reír, miraba al infinito como cuando le hacen fotos para el interior de los libretos de los discos… Se podía decir que todas aquellas tonterías de ser fotografiado le divertían. El bajista de la banda tiró de él

con cierta molestia porque estaba profundamente aburrido de posar para revistas que seguramente ni lo mencionarían. Bueno, igual tenía suerte y lo mencionaban porque entró con el vocalista. Den se reía de la cara de su compañero y fue bromeando mientras entraban en la sala donde unas chicas muy guapas, vestidas con unos vestidos mínimos, les sonreían. Eran azafatas de la bebida esa del photocall. Cada uno agarró una copa que les ofrecían y siguieron caminando hacia el fondo de la sala. Den con una sonrisa de "miradme todos, ya estoy aquí". Fue saludando a un montón de viejos conocidos que le estrechaban la mano y asentía a cuánto halago le hacían por su nuevo disco. Si se trataba de otro músico, y se llevaban bien, él también le comentaba algo bueno sobre lo último que había hecho. Si se trataba de un periodista, contestaba un par de cosas con su actitud descarada. Si se trataba de un viejo amigo, lo saludaba como si se hubieran visto ayer. Si se trataba de Russ Donovan, sentía cómo le recorrían miles de avispas en la tripa, amenazando con picarle y llevarle a un final trágico y ridículo delante de una de las personas que más admiraba en el mundo. Aunque podrían decirse amigos, Deneb siempre tenía esa sensación con ese hombre, como si estuviera en una liga superior a la que él jugaba. Era extraño. Como si se tratase de Elvis o del mismísimo Lennon.

—¿Cómo te va, Den? —le preguntaba el guitarrista con una cálida sonrisa que hacía al músico de cuarenta años sentirse como si fuera un niño de primaria—. Me he enterado de que has vuelto al negocio.

—Donovan —dijo éste a modo de saludo—. Hemos sacado un nuevo disco, sí. ¿Te gusta?

—No te voy a engañar, ni lo he oído —le contestó el hombre sonando bastante franco. Ya tenía bastantes arrugas en la cara y menos pelo en las cejas del que siempre había tenido. Sus ojos achinados y claros, iban cerrándose más, acompañando a unas marcadas patas de gallo, cuando sonreía al rockero—. Le preguntaré a mi hija. Si a ella le gusta, entonces será súper ventas. Ya tiene dieciséis años y, aparte de escuchar las boybands esas de moda, ahora le ha dado por el rock de verdad. Está en esa época rebelde que les da a los adolescentes, ya sabes. El otro día la pillé poniendo en twitter un clásico mío de principios de los noventa.

—Lo sé, la sigo —dijo Deneb riéndose. No seguía a nadie en twitter, pero Jessie Donovan era bastante divertida de leer y Den alguna vez que otra había parado a cotillear su timeline—. La mencionaré para que me haga buena publi entonces.

—Ah, espero que luego no diga que se ha hecho pis encima porque Deneb Murphy le ha escrito en twitter.

Den soltó una carcajada. ¿Cómo un hombre podía hablar con tanto desprecio y cariño, a la vez, de su propia hija? El guitarrista afamado se

hizo el desairado, pero terminó sonriéndole de forma afectuosa. Deneb sonrió del mismo modo y dio un trago a su copa. Recordaba el día que lo había conocido como si fuese el día anterior. Iban a tocar en un festival de verano, Russ y su banda eran cabeza de cartel, ellos unos novatos que parecían haberse subido bien al tren de las oportunidades y que la gente empezaba a adorar. Él estaba colocado hasta las cejas, entonces entró Russ en su camerino, les gritó a todos un par de órdenes, pidió cerveza porque en su camerino no quedaba y luego le miró y le dijo: «chico, si no te los follas a todos esta noche ahí fuera, serás recordado como un gran marica que no vale para esto». Deneb estaba tan aturdido por los primeros gritos que ni siquiera fue capaz de responderle nada coherente. Russ se rio en su cara y él se sintió imbécil. Salió al escenario hecho un manojo de nervios, pero aquellas palabras se le clavaron bien dentro sobre la tercera canción. Fue un éxito. Se coronaba. No volvió a ver a Russ hasta finales de año en un concierto benéfico de una banda irlandesa para los niños de Zaire. Aquella noche Russ le miró alzando una ceja y le dijo: «No está mal, Murphy, no está mal». Después habían llegado a drogarse juntos en varios encuentros, pero para Den siempre sería una especie de héroe y alguien con el que era mejor portarse bien, como si fuera capaz de decepcionarlo como a un padre.

—Te veo ahora Deneb, me está buscando un periodista por ahí y es mejor que me busque un escondite. Suerte con el disco —le dijo sonriendo—. La seis es muy buena. Me jode no haberla compuesto yo.

Den sonrió mientras asentía. Sabía que había mentido al decirle que no había oído el disco. La sexta canción la había compuesto pensando en sus hijos, era una gran canción. Se giró hacia su compañero con la sonrisa en los labios y vio que estaban los otros dos, el batería y el guitarrista. Se acercó a saludarlos cuando alguien llegó antes que él. Su sonrisa se borró totalmente al ver como Brit saludaba a sus compañeros. ¡Mierda!

Puso el mejor de sus rostros serenos y se acercó despacio. Saludó a sus compañeros y amigos y luego alzó la barbilla para saludar a Brit. Ella lo miró y disimuló el recelo como bien pudo. Él se acercó a ella para hablarle al oído.

—No vamos a hacer un numerito delante de las cámaras, ¿verdad?

—No —le contestó ella, bastante tirante, forzando una sonrisa—. Mejor algo cordial, ¿eh? —añadió antes de dar un beso en la mejilla al que todavía era su marido.

Den sintió que en esos momentos varias cámaras los habían flasheado. No era para menos, claro. Se habría puesto hecho una furia como miles de veces que lo habían sorprendido en la calle, en plena compra o sacando al perro, pero no era momento ni lugar. No cuando quedaba tan poco para un concierto. Miró de nuevo a Brit, dio un trago a su copa y trató de pasar

totalmente de las cámaras.

—También te han invitado, ¿no? —le preguntó por preguntar, alzando una ceja.

—Yo estoy en esto, Den —le dijo ella calmada—. También canto, ¿recuerdas?

—Sí, Brit, sé que cantas… —le dijo a punto de rodar los ojos, pero se contuvo—. No seas sarcástica conmigo.

—¡Oh! ¡Qué te jodan! —dijo ella en ese tono calmado que se estaban dedicando—. Qué bien que sigas igual de arrogante —continuó con el sarcasmo.

Él le dedicó una sonrisita falsa y luego una mueca desaprobatoria, bebió de su copa y miró para otro lado. Ella terminó de saludar a los chicos, mostrándose tan animada como había sido siempre y después se despidió de todos con un: «quizá nos vemos luego». Todos se giraron hacia Den con cara de situación, él se encogió de hombros, ¿qué otra cosa iban a hacer? Ella era amiga de ellos, ¿no? Así había sido durante un montón de años, no iba a ser como si no fueran a saludarse. Además, Den estaba seguro de que aún se llamarían entre ellos y esas cosas. Era lógico y normal, no iba a hacer un drama si ellos seguían hablando con ella.

Miró a los periodistas que andaban por ahí mientras se mordía el carrillo por dentro. No se estaba dando cuenta. No podía dejar de pensar que aquellos chupasangres querían el bombazo. Seguro que estaban pendientes de la súper movida entre Den y Brit Murphy o, por el contrario, la gran reconciliación. Ojalá no se hubiera encontrado a Brit en un sitio donde había tanta gente. Sabía que tenían que hablar tarde o temprano. Él se lo había comentado a Jill, y a su abogada le parecía una gran idea, pero luego nunca la llamaba. Ni dejando a los niños en casa, después de aquel fin de semana que los tuvo con él, subió a ver a su todavía mujer. Mala noche esta. Al menos no había empezado del todo bien.

No dejaba de buscarla entre la gente. Casi como si fuera un chico de instituto celoso porque la jefa de animadoras había ido al partido con un pardillo que no era él. Se estaba bebiendo la tercera copa, se había saludado con un montón de gente y había escuchado un montón de canciones que sonaban en la emisora. Entre ellas, dos de él. Una nueva y una que era un gran clásico ya que le acompañaba desde el primer disco. Esperaba con impaciencia a Cob, él sabría qué decirle con respecto a su ex. Y si no lo sabía, pues al menos le entretendría con alguna gilipollez o con un poco de perico o algo de su colega Gabriel, el niño que estudiaba farmacia. Cuando la vio de nuevo, con su mánager y sus amigas, pensó

en acercarse y saludarlos a todos. Eran sus amigos, ¿no? Ella se había acercado a los de él. Bueno, había una diferencia, ella no le había engañado y siempre sería una víctima. Él podría ser ahora un demonio para toda esa gente. Bueno, no se iba a acercar. Mejor no. ¿Y ese tipo? ¿Ese era el pavo que salía con ella en las revistas? Achinó la mirada viendo a ese tío con barba que ahora mismo hacía reír a Brit a carcajadas. Jodida miopía que no le dejaba verle bien para luego reconocerle de cerca. No le gustaba. ¿Por qué se estaba poniendo así? Bebió de su copa sin dejar de mirarlos. ¡Mierda! Ahí lo tienes, Deneb. Está rehaciendo su vida. Admítelo y supéralo. Se acabó. Fin.

¡Qué raro era darse con eso en toda la cara! Parecía como si hubieran pasado años desde que cogió su ropa y se largó. No hacían ni unos meses que ya no dormían en la misma cama.

—Den —escuchó detrás de él. Se giró a ver a Cob. Oh, por fin—. ¿Sabes quién está, tío? Russ. Acabo de cruzarme con él —le comentaba, pero algo en la cara de su amigo le hizo fruncir el ceño—. ¿Qué pasa?

Después de fumar un cigarro fuera y una larga charla con Cob, el de la tele le convenció para que disfrutara de la vida y mirara al futuro como siempre. Deneb le había admitido que tenía razón, que era una gilipollez enfadarse. «Debería alegrarme por ella, ¿verdad?». Cobe asintió como habría asentido su padre de haberle hecho la misma pregunta. «Sí, tío. Deberías, porque se lo debes». Deneb lo sabía, sólo que en ese momento fue realmente consciente de que había dado un paso definitivo en su vida. Igual que cuando se despedía de los niños. Y sólo podía seguir adelante, era la única manera de vivir para siempre.

Así que eso hizo. Trató de pasárselo bien con su banda, con sus amigos y con Russ. Se propuso beberse todas las copas que traía una de las azafatas esas e, incluso, se permitió el lujo de decirle que le invitaba a una haciendo a la chica sonreír y sintiéndose el hombre más sexy del mundo. Dejó que un montón de gente los peloteara; que más periodistas les hiciesen fotos junto a su ídolo Russ Donovan; comenzó a ser Den Murphy, aka el que cada vez que habla sube el pan, y sacó miles de risas a cuantos le acompañaban. Se sentían como los chicos malos de la fiesta. Ellos eran los rockeros malos y, al otro lado, las pijas del pop. No podía evitar soltar algún desprecio a los integrantes de boybands, a los ídolos poperos de masas de los noventa y a las nuevas cantantes de pelo rubio platino que parecían ser todas sacadas de la misma fábrica en serie. Cuanto más bebía, más alto hablaba y más risa les hacía a sus amigos y a Russ. En realidad todos estaban en ese plan molestón, típico de los reyes del rock de los noventa. De los de: «somos millonarios, que nos pasen la factura luego». Había un escenario donde un montón de gente ya había subido a agradecer no sabía qué cosas porque no prestaba atención y más de uno de sus amigos lo picaron para que subiera y le soltara a Gary Brahms, un chaval con el que rivalizaba en sus días de gloria y que estaba

por allí, que era un gilipollas. Podría haberlo hecho, pero tenía el escenario demasiado lejos, así que se conformó con gritarlo desde donde estaban. Algún periodista lo escucharía y ya tendría tema para su crónica en cualquier mierda de blog que la fuese a publicar.

Se lo estaba pasando muy bien, tenía que volver a salir tanto. Aunque en breve venía una racha de conciertos y se calmaba un poco. Tenía que cuidar la voz, ya no era como cuando tenía veintitrés años y se recuperaba en seguida de una resaca. ¡Bah! Que no era momento de pensar en eso, era el momento de pasarlo bien y beber más.

—Esto chapa en breve —le dijo Cob—. Yo curro, tío. Así que creo que me voy a largar para casa.

—No me jodas, Cobe Burke. Eres un malqueda, tío —se quejó como un adolescente—. Si lo estamos pasando de puta madre. ¡Jo, cómo mola ser una estrella del rock! —le decía para animarlo un poco más.

—¡Soy una estrella de la tele! No puedo seguirte el ritmo. Lía a los de tu banda, que para eso eres el líder.

—¡Ah! ¡Qué pringao!

—Vas súper pedo, Deneb.

—¡Lo sé! —le contestó con una sonrisa tonta gigante.

—Niños —dijo alguien a su lado. Los dos miraron a Russ y sonrieron. Se permitía llamarles así con sólo tener seis años más que Den—. Dado que no hay mucho que hacer un miércoles en esta ciudad, yo me voy a ir ya yendo, si os parece. Un placer. A ver si tomamos un café, Burke, y me sigues contando sobre ese garito. Den, cuídate. Espero verte pronto.

—Va, tío —le dijo el cantante tendiéndole la mano para que la estrechara—. Eres un carroza. ¡Todos lo sois!

—Buffffff —resopló Cobe de forma exagerada—. La semana pasada el que no quería salir de casa era él —dijo señalándole, sacando a Russ una sonrisa—. Venga, Donovan, te llamo pronto un día de estos y hablamos.

No mucho después, Cob se había despedido de la banda y Den se quedó en la puerta de la sala a echar un cigarro con el batería de su grupo y un notas, de una discográfica de sello indie, que no paraba de hablar de los grandes de los ochenta. Estaba tan emocionado con la conversación que ni se enteró de que los demás se habían marchado. El aire de la calle le estaba despertando y ya no parecía que fuese tan borracho. Bueno, no

había llegado a estar nada más que con ese puntillo tonto y vacilón, no es que hubiera salido haciendo eses ni nada por el estilo. Estaba tranquilo porque ya no había prensa por ahí, a menos que pudiera verse, y el garito parecía haberse vaciado casi por completo. Detrás de él, las risas de unas chicas llamaron su atención. Se giró dejando al tío de la discográfica y a su batería hablando y se sorprendió con Brit y su amiga Lina, que cantaba en una banda de esas de varias chicas que se había disuelto hacía mil años.

—No sé cómo lo haces que siempre te vas el último, Deneb Murphy —soltó aquella riéndose.

—No sé cómo sigues haciéndolo tú para que parezca que me acosas desde hace años, Lina. Siempre detrás de mí.

—¡Qué descarado y gilipollas eres, Den! —le dijo acercándose para saludarle con un beso en la mejilla. Él se dejó besar y sonrió. Ella iba borracha y tenían confianza desde hacía mucho tiempo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien —le dijo. Observó por el rabillo del ojo que Brit estaba escribiendo en su teléfono. Parecía costarle una barbaridad porque lo tenía muy cerca de los ojos y casi se le cae el bolso al suelo—. ¿Y tú?

—No me quejo. —Miró también a Brit y sonrió—. Nena, ojo, que pierdes las cosas.

Brit le dedicó una peineta a su amiga y Den soltó una risa. Al escucharlo, Brit alzó la vista y le miró. Él se puso serio y se encogió de hombros de forma inocente. Ella puso cara de resignación y metió el móvil al bolso acercándose a ellos. Lina sonrió y le preguntó a su amiga si había llamado a un taxi y ésta le dijo que no, que pasaba su chófer. Den abrió los ojos de más y pensó en que hacía mucho que no veía a ese hombre. Le echaba de menos y estaba harto de ir en taxi a los sitios. Iba a preguntarle qué tal estaba cuando el Audi S8 paraba frente a ellos. Sonrió y se acercó a la puerta del piloto haciendo aspavientos. Brit resopló. Den saludó al hombre, apoyado en la ventanilla, preguntándole cómo estaba y qué tal le iba la vida y todas esas cosas que hicieron al hombre reír. Después miró a su ex. Alzó la mano a un taxi que pasaba y lo hizo parar delante de su coche. Se acercó a las dos, sonriente, les dio una voz al batería y al otro a modo de despedida y agarró a las chicas, pasándole un brazo por los hombros a cada una y llevó a Lina hasta al taxi, prácticamente obligándola a montarse aunque ella trataba de zafarse sin éxito. Resignada, miró a su amiga y le dijo que ya la llamaría mañana. Brit no sabía qué era lo que Den estaba haciendo, pero no iba a ponerse en plan paranoica y se dejó arrastrar por él cuando le tiró de la mano hasta meterla en el coche.

—Deja a Brit en casa, Hugo, luego me acercas a mí. Es muy cerca.

Ahora te digo.

—De acuerdo, Den.

—¿De qué vas? —preguntó ella totalmente indignada.

—¿De qué vas, de qué voy? ¿Qué pasa? Es mi coche.

—Ah, no, pues tendremos que negociarlo.

—Hugo, ¿a quién prefieres llevar? —preguntó él al conductor que se sintió bastante comprometido para responder esa pregunta. Brit se dio cuenta.

—¡Den! ¿Estás tonto o qué coño te pasa?

—No. Quiero ir a casa, nada más.

—¡Bájate!

—No.

—Pues… vale —dijo ella. No tenía ganas de discutir. Se abrochó el cinturón y miró hacia delante como si él no estuviera.

La miró cuando el coche empezaba la marcha. Algo le decía que si seguía mirándola así, ella terminaría cediendo y devolviéndole la mirada. Se hizo la dura un par de manzanas, pero debía de estar resultando lo suficientemente desquiciante porque terminó mirándole completamente cansada. Den frunció el ceño y la encontró más mayor. Más flaca, eso era. Estaba más flaca. Esperaba que no hubiese sido por su culpa, aunque eso era mucho esperar. Cualquier cosa sería culpa suya. Él alzó una ceja pidiendo algo de tregua.

—¿Y los chicos?

—Con mi madre —contestó ella. Él asintió—. Se lo pasaron muy bien contigo, ¿no? Ras hizo un dibujo de un superhéroe de dibujos animados y dijo que se llamaba Súper Den-10 —le contó.

—Ben-10 —dijo él después de soltar una risa—. Sí, le gusta una barbaridad. Lo pasamos bien.

—Te juro por Dios que dijo Den-10. Si hasta le puso una camiseta con una diana mod —le explicó. Él sonrió de inmediato—. Y Duhr me dijo que no pasa nada cuando los padres se separan, ¿eso se lo has dicho tú?

—No —dijo él quitando la sonrisa—. Por lo visto hay varios niños en su clase que… Bueno, eso me dijo.

—Ya —dijo ella mirando al suelo del coche.

—¿Qué tal con… eh… ese tío? —preguntó. Sonó algo forzado, pero pareció colar.

—Bien —dijo ella alzando la vista de nuevo—. Estamos conociéndonos, no pretendo tener un nuevo marido.

—No he dicho eso, no… —soltó él de forma atropellada—. En fin, me alegro. Quiero decir, te mereces ser muy feliz, Brit.

Aquello no debió de sentarle bien del todo a la rubia que lo miró un poco desconcertada. Den puso una mueca de situación. Ella achinó la mirada de forma preocupante. Menos mal que ya estaban llegando, aunque Den pensó que ya habiendo empezado a hablar, quizá deberían terminar esa conversación. Cuando el coche paró en su antigua casa, él también se desabrochó el cinturón. Brit le leyó las intenciones y, la verdad, para qué iba a ponerse cabezota si Den siempre terminaba haciendo lo que le daba la gana. Él le dijo al chófer que podía irse a casa, que él se volvería andando que quedaba muy cerca. El hombre le sonrió y metió marcha para irse. Den miró a Brit y se acercó hasta ella que abría la puerta. Entraron.

Se quedó mirando su antiguo salón que ahora tenía unos sofás nuevos. Brit siempre quería cambiar los sofás. Los miró resignado y se sentó. Ella lo miró y le dijo que en la nevera sólo había cerveza, él dijo que estaba bien, ella pensó que podría largarse, pero no parecía tener intención. Dejó el bolso en una mesa, se quitó los zapatos y fue a la cocina a sacar dos cervezas del frigo. Mientras tanto, Den miraba su casa y sentía que ya no era su casa. No sólo por los sofás. Era una especie de sensación que le rodeaba mientras miraba las paredes. Los cuadros parecían diferentes, las estanterías sin sus fotos, o sin sus cosas. Levantó la vista al ver a Brit aparecer en el salón.

—Sinceramente, Den, no sé qué estás haciendo aquí.

—Lo siento, Brit.

Ella se quedó paralizada mirándolo. No podía ser. No podía ser que su ex estuviese frente a ella y le soltase un «lo siento», como hacía meses. Lo siento. Eran dos palabras que apenas tenían ya valor para ella.

—¡Vete a tomar por culo, Den! —soltó dejando las cervezas en una mesita baja—. ¡Eres una mierda de marido y un cabronazo! ¿Qué sientes?

—Eso. Eso exactamente, Brit. Siento que estés así. Siento que me odies, siento que haya pasado todo esto.

—Eres y has sido el hombre más egoísta que he tenido nunca cerca, Deneb Murphy —comenzaba a decir alzando la voz—. Siempre te pasé miles, pero eso… ¿Que estuvieras con otra mujer? ¡Fui el hazmerreír de cuánta gente! ¿Sabes qué hubiera sido de ti si hubiese sido la historia al revés? Tú eres el puto rey, ¿sabes? Me han acribillado en la prensa hasta cuando has sido tú el que me dejaba. No sabes lo que es ser la ex de Deneb. ¡No te haces una puta idea de lo que es!

—Brit —le dijo él calmado, a diferencia de ella, levantándose del sofá y acercándose con confianza—. Estás con un tío ahora y dices que estáis bien, no puedes decirme que ha sido súper difícil. Eres consciente, como yo, de que lo nuestro no funcionaba.

—¿Qué? ¿Vas a venir ahora en plan celoso? ¡Den, por favor! —le dijo, tratando de echarle la culpa de todo lo que pudiera. Tenía rencor hacia él para dar y regalar—. ¡Tú eras el que no funcionaba! ¡Tú, el que no podías lidiar con las malas críticas! Tú el que te rayaste con los años que tenías y al que le entró miedo de miles de tonterías.

—¡Vale! —gritó él—. Reconozco que yo estaba hecho mierda por la crítica y todo eso, sí. Vale. Pero tú tampoco estabas bien. Hacía tiempo que no te salía nada y eso te agobiaba, estabas viviendo de las rentas de hacía años y de ser la mujer de Den Murphy. ¡No me jodas, Brit! No digo que no hubiera amor, yo te adoraba como madre de mis hijos y adoraba tu puta ensalada Caesar para cenar, pero no había nada entre nosotros. Entre tú y yo. Nada.

—¿Cómo que no había nada? ¿Te parece poco una familia? ¿Una casa en común? ¡Deneb, no seas cabronazo! Quiero decir, más cabronazo.

—¿Y dónde estabas cuando me metía en la cama y terminaba quedándome dormido esperándote? ¿Por qué te despertabas con prisas por hacer el desayuno? ¿Por qué no follábamos nunca? —le reclamó gritando—. Yo te quiero, Brit, pero no estaba dispuesto a pasarme el resto de mi vida sin echar un puto polvo. Y vale, me sentía un viejo con cuarenta años, pero aún tenía pensado vivir, como poco, cuarenta más. ¿Sabes lo que te quiero decir?

—¡Eres un cabrón y un…!

Pero se quedó mirándole con los labios fruncidos y una mirada de esas que matan. Era una mierda enfrentarse a eso, pero él tenía razón. No justificaba que se hubiera acostado con otra, pero, ciertamente, hacía

mucho tiempo que no había magia en ese matrimonio. No la magia maravillosa que habían sentido años atrás. Ella era consciente, por eso sufría más de la cuenta. Den respiró un poco más tranquilo, sin quitarle los ojos de encima. Brit aguantó sus ganas de llorar. Él se acercó un poco más a ella y ella dio un paso hacia atrás.

—Yo te he echado mucho de menos, Den.

—Joder, Brit… —dijo él. Ya estaba sintiéndose culpable de verdad. Le había intentado dar la vuelta a la tortilla, pero el que la había liado había sido él—. Yo también, coño.

—¡Eres un gilipollas y un imbécil y un asco de marido! —le soltó—. Pero siempre te voy a querer como una imbécil.

—Brit, eres la mujer que más me ha dado en la vida, ¿cómo no voy a reconocerte eso?

—¡Hijoputa!

Él dio un paso más hacia ella y la rubia no pareció moverse. Le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia él y la abrazó. Se sentía un mierda y, la verdad, no tenía ni idea de cómo consolarla. Lo único, la indiferencia de hacía algunos meses había demostrado que ella era más fuerte de lo que él podía imaginarse. Se miraron a los ojos y Den vio a la chica dulce de la que se enamoró hacía doce años. Pestañeaba de la misma manera y sus grandes ojos azules se veían brillantes. Entonces, sin saber cómo ni por qué, puso los labios sobre los de ella. Y ella no se quitó y, segundos después, estaban fundidos en un beso como hacía mucho tiempo, quizá años, que no se besaban. Y Den puso sus manos en el costado de Brit, sintiendo parte de su pecho. Ella lo rodeó por el cuello con los brazos dejándose hacer. Había una pasión renovada entre ellos, tanto que Den notaba cómo empezaba a tener poca sangre en la cabeza y mucho calor en otro lado. Como si aquella discusión hubiese matado a los demonios que les acechaban en los últimos días de su matrimonio. Se habían dicho cosas que tenían guardadas y parecía haberles sentado bien. Se sentía deseable por ella, como no lo sentía hacía mucho y le gustó. Sentó a su ex en el respaldo del sofá y movió su pelvis contra ella. La manoseó entera cuando notaba que ella tenía la mano agarrándole fuerte entre las piernas. El roce le hacía sentirse pletórico y las ganas de jugar se adueñaban de él. Era como si estuvieran teniendo un recuerdo en tres dimensiones, como si pudieran palpar lo que habían sentido millones de veces antes. Se estaban pidiendo paso y concediéndose demasiado permiso. No estaban para pensar. No se miraban, sólo se hacían. Bailaban al mismo compás. Den sintió demasiado calor. Fue a desabrocharse el pantalón cuando se quedó mirándola fijamente. Frunció el ceño.

—Ay, no… —comenzó a decir ella arrepintiéndose.

—No… —dijo él del mismo modo. ¿Qué coño estaban haciendo? Apoyó la cabeza en el hombro de Brit, en un gesto desesperado y ella le besó el pelo con mucha familiaridad—. No me beses tanto…

La abrazó fuerte, como en una súplica de perdón. No era buena idea, menos mal que ella estaba de acuerdo también. ¿Qué coño estaba haciendo? ¿Estaba tonto? Se apartó de ella y se mordió el labio con culpabilidad. Ella lo observó como si estuviera a punto de arrepentirse de estarse arrepintiendo. Él miró unos segundos al suelo y levantó de nuevo la vista a los ojos azules que le miraban intensamente.

—Lo siento, Brit. Lo siento. Me voy a casa.

—Sí, vete —le dijo ella. Se sentía fatal, estaba bien con su nuevo chico. ¿Por qué se habría dejado ilusionar por Den? ¡Mal! No estaba dispuesta a volver a pasar por ese calvario de tenerlo que olvidar de nuevo.

Meg. Meg en su cabeza todo el rato. ¿Estaba tonto o qué? Tenía que haber sido todo lo que había bebido, seguro. ¿Había excusas para eso? Se había dejado llevar como miles de veces, pero no podía ser tan egoísta otra vez. ¿Estaba empezando a entender que no se puede hacer lo que a uno le da la gana siempre? Miró a Brit de nuevo, asintió y medio sonrió.

—No sé qué otra cosa decir aparte de que siento que haya pasado esto y que no ha sido buena idea.

—No digas nada más, Den, bastante culpable me siento. Lárgate y vete a tomar por el culo de una vez por todas.

Él se rio y ella lo miró como si él no tuviera remedio. ¿Habían hecho las paces? Esperaba que sí. Al menos era un gran principio. Puede que quisiese estar con otra mujer, pero estar de buenas con Brit sería una de las cosas que más feliz podrían hacerle en ese momento.

Capítulo 23

21. No me subestimes tanto

En las redes sociales se hablaba del evento de la noche anterior de una emisora de radio que cumplía veinte años y al que acudieron un montón de famosos. Trizia y Vio estaban cotilleando el blog de una de esas chicas que parecen estar siempre a la última y criticando al famoseo, en el ordenador portátil de Vega, mientras ella andaba por la cocina con Rico. La morena le contaba a su amigo que se había portado como una idiota con Alan, o esa era la impresión que le daba teniendo en cuenta que lo único que había sabido del chico a lo largo de todo el día fue un «Bien, gracias», a última hora de la tarde, desde que ella le había preguntado «qué tal» hacia media mañana. Su amigo torció el gesto con algo de reparo y se sintió tentado de decir un montón de improperios pero no pensó que eso ayudara a su amiga. A fin de cuentas, Alan le había contestado algo, no tenían por qué ponerse a extremar.

Aunque hubiese contestado, eso no hacía a Vega sentirse mejor. Rico le contó que él, sin embargo, había congeniado bastante bien con la hermana de Alan y que irían a un showroom de una marca nueva ese fin de semana. Vega no sabía si alegrarse o enfadarse. No sentía que la estuviera sustituyendo. Era más como si se sintiera culpable. La verdad era que si su amigo se encariñaba mucho con Jenn o con Alan y luego resultaba salirles mal, ella se sentiría muy mal. O eso pensaba en ese instante preciso. Había estado pensando demasiado en eso el último día, así por lo menos no pensaba en Den Murphy. No había mal que por bien no viniera.

Habían quedado los cuatro en casa de Vega para ver una película que llevaban toda la semana anunciando en un canal, como si se tratara de un estreno en el propio cine. «Tenemos que verla todos juntos», había propuesto Rico en el grupo de Gossips. Cualquier excusa era buena para no estudiar, por eso él siempre estaba dispuesto para cualquier plan. Habían picoteado algo y ahora calentaban palomitas en el microondas. Puede que no fuera la mejor de las veladas del mundo, o la más original, pero a Vega le valía porque estaba con sus mejores amigos y eso la reconfortaba una barbaridad.

—A ver, nenas —decía Rico entrando al salón con un cubo de tres litros de helado y cuatro cucharas—. Animadme a ésta que cree que el chico de las cejas no la quiere más.

—No exageres, Rico, por favor —se quejaba Vega, que traía dos boles de palomitas, uno en cada mano—. Estará ocupado, nada más. Ayer yo y

hoy él.

—¡Yo sé cómo animar a Vega! —exclamó Trizia levantando la mano.

Le dio la vuelta al ordenador, mostrándole a su amiga la pantalla donde un Den con gafas de sol y muy sonriente posaba en un photocall. Estaba muy guapo, o eso se intuía tras las gafas oscuras. Vega sonrió con resignación y dejó las palomitas sobre la mesa baja. No estaba segura de que eso le hiciese más feliz o menos. Bueno sí, la verdad es que sí que le hacía feliz porque a él se le veía muy feliz en la foto. Era adorable, su sonrisa, sus hoyuelos y su pose de «soy el puto rey, adoradme todos». Era condenadamente atractivo y él lo sabía de sobra, sólo había que ver lo seguro que se comportaba delante de las cámaras. ¡Qué mono, por favor!

—Según esta bloguera, ayer Den y su ex, Brit Aret, salieron juntos de la fiesta —dijo Vio encogiéndose de hombros—. Pero tampoco hay fotos para probarlo —agregó con una sonrisa divertida.

Vega se encogió de hombros también y se interesó un poco más en la web, bajando entre el texto y observando más fotos del evento, recreándose en una de Russ Donovan. Aquel hombre tenía algo de mágico para Vega. Quizá porque era el inspirador de Den y también se había convertido en el suyo. Había muchas fotos de un montón de gente. También había fotos de Brit con un vestido negro que le hacía un tipazo. Vega no podía reconocer que admirara a Brit muchísimo. De hecho, su carrera había pasado inadvertida para la morena. Lo que sabía de ella es que había tenido, o tenía, un grupo pop y que se había casado con Deneb Murphy. No le parecía fabulosa, pero reconocía que siempre habían hecho una pareja genial y que ella parecía desvivirse por él. También intuía que eso le ocurriría a cualquier mujer que estuviese cerca de Deneb. De hecho, esa Meg, parecía que se desvivía por él. Pero había una gran diferencia, Brit le caía bien y a Meg la odiaba. ¿Envidia? Seguramente, tampoco lo negaba.

—¡Mira, mira, mira! —soltó Trizia señalando la pantalla. Vega dejó el cursor quieto y miró a su amiga. Vio se acercó a ellas. Rico lo intentó, pero las tres cabezas tapaban la pantalla y no veía nada—. Ella lo ha insinuado en un tuit.

Eso parecía. La captura de pantalla de un tuit de Brit, de su cuenta oficial con su foto y su tic azul que lo corroboraba, hablaba de Den. O eso se podía deducir. Una mente retorcida que supiera un poco del rockero, como parecía ser la bloguera de turno, podía darse cuenta.

"A la cantante se la vio muy sonriente, acompañada de sus compañeras y mánager. Lucía un vestido negro en su estilo casual, pero elegante, y para el pelo optó por dejarlo suelto y liso. Siempre nos encanta el estilo

de Brit.

Brit A+ ☐ @BritAret

Noche de ver muchas estrellas y, como siempre, una brilla más que ninguna.

¿Habla de Den Murphy? Sí, por supuesto. No por nada la estrella que más brilla en el cielo que vemos cada noche se llama Deneb, en la constelación de Cygnus. ¿Se referiría Brit a su ex? Teniendo en cuenta que Den por donde pasa deja huella, definitivamente, quizás. Aunque no es la primera vez que Brit se deja leer entre líneas, con el siguiente tuit en su timeline podemos salir de dudas.

Brit A+ ☐ @BritAret

Compartir chófer no es una opción. Vamos a negociarlo, llama a mi abogado :P

Confirmado, se fueron juntos. Parece que hay buen rollo entre la expareja, lo cual nos agrada porque nos encantaban juntos. Al menos, sin menciones, nos vuelven a dar un poco de ese juego al que nos acostumbraron durante más de doce años.

Deneb Murphy ☐ @DenebMurphy

Él me quiere más a mí, pero tú tienes las tetas más grandes. No hay negociación, me he rendido ;)

¡Ays, Den, Den! Siempre tan brillante".

Era difícil para Vega explicar cómo se sentía en ese instante. Realmente le recorría mucha rabia por dentro, aunque no sabía bien por qué. Podía jurar que no eran celos, pero si hubiera abierto la boca todos le hubieran acusado de eso mismo. No estaba más contenta ahora, ni más deprimida. Estaba enfadada. ¿Pero ese tío, Deneb, de qué iba? ¿Cómo podía ser así? Ir dándole por el culo a la gente, hacer polvo a las personas y luego comportarse así como si nada? ¿Cómo podía echarse una novia, sin tregua, después de doce años de matrimonio y luego hacer como si no existiese en público? O sea, ¿se puede ser más egoísta y detestable? ¡Arrrrg! Es que lo odiaba. Pobre Brit, ¿a qué se debían esas ilusiones? O mejor dicho… pobre Vega, ¿por qué le daba tanta bulla a una relación que ni le iba ni le venía? A ella le gustaba la idea de que Brit y Den se llevaran bien, no lo podía negar. Tampoco es que lo estuviera viendo con sus propios ojos, no sabía si era un sarcasmo que no se había entendido. Ella no entendía nada. En realidad no sabía nada de ellos. Nada de nada. Y tampoco sabía por qué le odiaba, pero le odiaba. Y no dijo nada, sólo

inspiro aire bastante fuerte.

—Pues no sé, nenas —dijo Rico—. Pero la nueva novia esa que tiene, a mí me gusta más. Es súper guapa.

Las miradas de Vega y de Vio podrían haberle atravesado, entrado en su cuerpo, arrancado los órganos y después haberlos echado a la hoguera. Él se acurrucó contra el respaldo del sillón como si fuese a servirle de escudo o algo así. Trizia miró a las chicas alzando una ceja y pasó de ellas para meterse en el Twitter de Den cuando ninguna la miraba.

—¡Cállate, Rico! —espetó Vio finalmente—. No es más guapa, es la mala de la película.

—Pues pobrecilla, ¿y qué culpa tendrá? Él lo es, en todo caso —se defendía el argentino, haciéndose fuerte en el sofá.

—¡No! ¿Pero qué dices? Que ella no se hubiera metido —criticó Vega en lo que ya parecía un debate abierto—. O sea, él no es bueno, vale, pero ella no es mejor.

Trizia le dio a Vega en el brazo, aunque Vega hubiera querido seguir dándole caña a esa Meg. La morena miró a su amiga como si le hubiera chafado en mitad de una larga y pensada teoría, pero a Trizia parecía darle igual porque le señalaba la pantalla. Vega abrió los ojos de más al ver el timeline de su cantante favorito en el que, hoy, había regalado más caracteres de los que normalmente usaba en una semana entera.

Deneb Murphy ☐ @DenebMurphy

Hay días raros que no deberían contar en la caja de los recuerdos.

Vega se encogió de hombros cuando después de ese, el siguiente tuit era el que comentaba la bloguera. Trizia empezó a subir en el perfil del cantante y había dos tuits más.

Deneb Murphy ☐ @DenebMurphy

Hay quien siempre especula y no se equivoca y quien siempre se equivoca y no especula. Yo soy el segundo.

A saber a qué se refería exactamente. Esos tuits tan enigmáticos eran muy típicos de él. Lo que parecía ser verdad era que estaba algo alicaído. ¿Acaso la prensa había acertado suponiendo que él y Brit estaban bien? ¿Y en qué se habría equivocado él que no quería recordarlo? ¡Qué raro todo!

—A éste le pasa algo… —dijo Rico en un tono sospechoso—. Os lo digo yo, como que me llamo Federico.

—¿Eres detective o es tu instinto periodista? —soltó Vio de forma sarcástica como muchas veces solía hacer.

—¡No me subestimes tanto! —se quejó el chico—. Además tengo una idea —soltó animado señalando la pantalla.

Deneb Murphy ☐ @DenebMurphy

Me costaría sonreír hasta ganando un derbi. Bueno, no. Eso me vale. Concierto pronto, nos vemos en nada xxx

Y ya no había más. Era de hacía poquito, además. Las chicas miraron a su amigo con interés. Bueno, Trizia con interés, Vio arqueando una ceja con algo de escepticismo y Vega de forma expectante. La morena notó que su humor estaba mucho más relajado después de leer a Den y darse cuenta de que también era una persona con sentimientos. Quién sabía qué sentimientos, pero que los tenía, los tenía.

—¡Mándale una foto y le animas! ¡Y de paso te animas tú! ¡No pasa nada: las almas heridas se entienden! —soltó el chico alzando los brazos. Las miradas de las tres debían de ser un poema porque el chico soltó una risa mirándolas—. A ti te ha dado bajón porque Alan no está muy receptivo. A él quién sabe lo que le pasa pero le pasa algo. Va a haber feeling, lo presiento.

—¡No me fastidies, Rico!

—¡Venga que sí! —animó Trizia—. Si contesta, nos reímos un rato.

—Nunca contesta… —dijo Vega algo desanimada por una idea tan boba.

—¡Vaaaaaa! —soltó Vio para sorpresa de la morena—. ¡Toma esto! —agregó dándole el cubo de helado y una cuchara. Sonrió mientras Vega lo cogía mirando a todos con una sonrisa gigante. Estaban locos y ella también. Vio agarró el móvil de su amiga—. ¡Ah! Suerte que me sé el código de seguridad.

—¡Sonríe! —soltó Trizia antes de dar un par de palmaditas y soltar una carcajada.

—¡No, haz pucheros! —le decía Rico.

El clic del falso obturador sonó mientras Vega fruncía la frente en un puchero bastante divertido, sujetando la cuchara en una mano y alzando

los tres litros de helado en la otra. No iba a servirle para nada a Den, pero a ella le estaba viniendo genial tener unos amigos tan idiotas.

Capítulo 24

22.No me subestimes tanto

Sentirse culpable era un asco. Pero sentirse culpable por dos cosas y no saber cuál era peor era un asco indescriptible. Aquel jueves, Deneb Murphy no se había levantado con el pie bueno. Estuvo dando tumbos por la casa como un idiota, y eso que el perro lo perseguía allá por donde iba. Se veía que el animal, echando de menos a su dueña, se encontraba solo. Algo así como la estrella del rock. Volvió a sentarle mal que muchas de las crónicas hablaran más de su relación con su ex mujer que de lo que estaba por venir en un próximo directo. Él se había pasado la noche anterior haciendo el notas entre rockeros, faltándole el respeto a los demás, riéndose de todo y de todos, pero la prensa prefería contar cosas que no sabían del todo. Por supuesto, Brit había tentado a la especulación. Teniendo en cuenta que esas cosas le podían sacar de la miseria si podía dar una exclusiva, quizá él también habría tentado a la especulación. Sabía que Brit estaba utilizando ese encuentro en su beneficio, pero también sabía que Brit no era una chica mentirosa. Lo que estaba escrito en menos de ciento cuarenta caracteres era verdad. Por eso él había contestado en ese tono medio bromista. Se alegraba del gran paso que habían dado, la verdad, aunque no estaba orgulloso de cómo había sido. O sea, el tema de montarse en el coche sin permiso le resultaba hasta divertido, pensándolo ahora fríamente. Incluso el de entrar en casa como si nada, o aceptar una cerveza que no llegaron a tomarse. Había estado bien soltar todo lo que tenían que decirse, pero lo que había ocurrido después no le había dejado dormir en toda la noche.

Había vuelto a su casa paseando, que no habían sido más de diez minutos, recordando cada palabra de la conversación que habían mantenido antes de que a él le diera ese puntazo de besarla. No entendía por qué lo había hecho ni por qué había querido complicar tanto las cosas. Además ni pensaba, se había dejado llevar por un calentón que seguro tenía mucho que ver con las muchas copas que había tomado. Menos mal que pararon a tiempo de no convertirlo todo en un drama.

Entre Brit y él siempre había habido una química especial desde el primer día en que se conocieron. Fue tan fácil como que la vio sonriendo a lo lejos y casi llegó levitando hasta ella para hacer miles de chistes tontos y ver esa sonrisa todo el tiempo. Cuando la escuchó cantar en directo por primera vez le hizo temblar por dentro y desestabilizarse. Cuando ella le cantaba, poco después, a solas y susurrándole al oído, Deneb había sentido que quería que aquello durara para siempre. Ella lo había hecho sentir como el único hombre enamorado en el mundo. Como si nadie más pudiera hacer sentir a nadie lo que él sentía por ella. De verdad así había

sido. Quizá Den no estaba sintiéndose culpable por lo que pasó en el salón de la que ya no era su casa la noche anterior, quizá se sentía culpable por haber dejado de sentir todo eso. No lo sabía, sólo que todo era una mierda aquel jueves.

Había paseado al perro de Meg por la tarde más para pasearse a sí mismo y que le diera un poco el aire. Después habían cenado mirándose las caras, él en la barra americana de la cocina y el perro en su cacharro. Estaban los dos demasiado aburridos. Demasiado, mucho. Después se sentó en el sofá y manoseó el móvil por twitter y por más blogs y revistas digitales que hablaban del evento. Era un paranoico de esas cosas, tenía que leerlo todo. Y si decían que estaba guapo, mucho mejor. Durante el medio día había contestado a Brit, se imaginaba que ella lo había leído, pero su ex no le dio respuesta. Tampoco quería escribirla de forma privada porque sería forzarlo demasiado, necesitaban ir poco a poco. Pero seguía aburrido, solitario y en pleno estado pre-depresivo; por eso siguió tuiteando. Raro en él.

Miles de personas le retuiteaban y cientos tenían el valor de responderle. A veces leía a algunos, pero casi siempre se perdían muchas respuestas sin que ni siquiera le diera tiempo de haberlas echado un ojo. Ni siquiera tenía activadas las notificaciones porque podía ser un no parar. Pero, esa noche, leyó varias veces su propio tuit casi como si estuviese viendo la perfecta frase para una canción. Si tuviese la guitarra a mano y un vaso de tequila a su lado, a lo mejor y sólo a lo mejor, podría entretenerse escribiendo lo que sentía. Pero estaba aburrido de más, hasta para levantarse. Observó las respuestas que sus seguidores le enviaban. Algunas eran divertidas; otros lo insultaban abiertamente, cosa que siempre le desconcertaba bastante; otras sólo tenían un emoticono… Pero esa vez, una iba con foto. Como todo ser humano que ve en twitter una respuesta con foto, sintió la necesidad de abrirla para verla.

☐ Vega ☐ @VSuperStar

Tengo helado de sobra para dos, ¿te animas o te animo, @DenebMurphy?

La cara de la chica era bastante divertida en la foto y a Den le hizo soltar una risita. Era bastante guapita y muy joven. Sería una fan de la nueva generación, porque debía de ser una niña cuando él empezaba en la música. Le gustaba seguir gustando a las chicas a pesar de tantos años. Esa sensación de cantar en un directo una canción de los primeros años y que la gente se viniese arriba, eso le molaba mucho. Quizá ella era de esas nuevas fans, o a lo mejor lo era de siempre. La verdad es que el mensaje era bastante sugerente; de tenerla delante le habría contestado alguna cosa que la hubiera puesto nerviosa. Le gustaba mucho tontear con las mujeres, era un Don Juan y no era un secreto. En twitter era otra cosa, pensaba que si contestaba a alguien corría el peligro de

desencadenar una avalancha de gente pidiéndole y rogándole atención. Por eso nunca lo hacía, no porque se sintiera demasiado guay para hacerlo, aunque también era un poco por eso. Sin embargo, aquel mensaje y aquella foto no le habían dejado indiferente. Igual eran causantes de la primera risa despreocupada del día, se merecía respuesta. ¿Un gracias? ¿Un algo que fuese como un gracias pero que no lo fuera literalmente? Se quedó mirando la estrellita bajo el tuit. Marcarlo como favorito no le haría daño a nadie. Sólo se enteraría ella, ¿no? Sonrió y asintió. Iba a rozar la estrella cuando la puerta del hall se abría. Miró de forma automática, como si llevara todo el día esperando a que se abriera, para ver cómo entraba Meg con la maleta y una bolsa blanca. La chica resopló cansada y cerró la puerta para luego mirarle. Sonrió al instante. Él también.

—Me ha dicho un pajarito azul que estás un poco tristón —le dijo ella con una amplia sonrisa. Den frunció el ceño sintiendo una punzada de culpabilidad, aunque sus sentimientos se enfrentaban. A la vez sentía un gran alivio al verla tan feliz delante de él—. ¡Te he traído un montón de helado de brownie! —se animó a decir ella alzando la bolsa.

—¡Helado! —exclamó él. Qué casualidad, ¿no? Dejó el teléfono en la mesita y se acercó a ella, sin quitar una sonrisa tonta, como si tuviera un resorte en el culo que lo hubiera empujado a levantarse a toda velocidad—. ¿Cómo sabías que me apetecía mucho, muchísimo?

—¡No me subestimes tanto! Lo sé todo de ti.

Otra punzada de culpabilidad. Ella no lo notó, claro, y se lanzó al cuello de su chico para abrazarlo con una enorme alegría. Den se sintió mejor como si Meg fuera una medicina reconfortante y le pasó los brazos por la cintura, levantándola del suelo, haciéndola reír.

—¿Me has echado de menos? —preguntó él de forma melosa, admitiendo en ese tono que él a ella la había echado de menos muchísimo. Ella rodó los ojos y se rio.

—¡Hazme ya el amor, Deneb Murphy!

Él soltó una carcajada. No podía quitar esa estúpida sonrisa que se le contagiaba al ver la de ella. Entonces el perro apareció por allí súper contento para saludar a su dueña y haciéndolos separarse. Ella se agachó a mimar al animal que parecía que no la hubiera visto en meses. Den puso cara de resignación y agarró la bolsa del helado. Quizá él también tendría que haberse tumbado en el suelo para que le rascaran la barriga. Sonrió al ver la imagen y pensó que tanto el perro como él debían de sentirse, más o menos, igual de felices.

—Vale. Follamos, pero después del helado, ¿eh?

Meg lo miró desde abajo y sonreía. Le brillaban los ojos. Le había echado de menos mucho. Estaba feliz de verle, después de haber estado unas horas preocupada de más por haber leído esos tuits entre él y Brit. No podía negar que un miedo terrible le había recorrido el cuerpo al ver esa química fluyendo entre ellos hasta sin verse. Había tardado media hora más en llegar a casa, porque antes de ir a comprar helado había entrado a una cafetería a tomar un té verde para calmar una gran ansiedad que se había apoderado de ella. El estado deprimente que Den imprimía en sus tuits se le había contagiado. No entendía por qué podría estar así ahora que todo parecía empezar a ir bien. Sabía que tenía que ver con Brit, la mujer de la vida de Den, y tenía mucho miedo. Necesitaba poner en claro sus ideas, aunque volver de un viaje de negocios que rondaba alrededor de la carrera de Deneb era respuesta suficiente: quería estar con, por y para Deneb Murphy. Así de sencillo.

—¡Hombre, por supuesto! Primero el brownie y luego Den Murphy. Hay que tener clara la lista de preferencias.

Él sonrió mirándola. Era la mejor chica del mundo. Era guapa, era alegre, era divertida, estaba más buena que el brownie y le adoraba. Él podía asegurar que la amaba. La amaba de verdad, como si no pudiera haber nadie en el mundo que quisiera tanto a una persona como él la quería a ella en ese momento.

—Además tienes que contarme qué tal en esa fiesta… —le dijo ella en plan divertida. Él arrugó la nariz como si hubiera sido un coñazo.

—Cuéntame tú el viaje —le dijo él tirando de ella hacia la cocina para sacar unas cucharas del cajón de los cubiertos.

Estaba con la mujer que quería. No tenía ninguna duda. Todo el pesar de todo el día se había disipado por completo con sólo ver una sonrisa.

Capítulo 25

23. No te emociones tanto

No debía de haber nadie en la oficina que no supiera que Vega y Vio irían al concierto de Deneb Murphy, más que nada porque se habían pasado la semana diciendo que todo lo dejarían listo el viernes diez de abril. Había sido una semana intensa de curro, tanto que las escuetas conversaciones con Alan eran lo que menos preocupaba a la morena. También era cierto que la cosa parecía haberse aflojado un poco después del fin de semana anterior. Vega intuía que Rico le habría comentado algo a Jenn en aquel showroom y después ella a su hermano. Las conversaciones entre Vega y el chico de las cejas espesas no eran muy largas porque el trabajo les estaba pisando los talones a ambos. Vega sabía que después del concierto, que las cosas andarían más relajadas, tenía que hacer algo para reflotar la relación con ese chico. No es que sintiese un dolor profundo, pero le daba algo de rabia que la cosa se hubiera quedado sólo en un principio sin final o, mejor dicho, sin continuación.

En cuanto al tema D sobre el día D, todos estaban más que enterados y el ambiente en el trabajo se columpiaba ente el histerismo general en torno a una entrega y el fanatismo en torno a un concierto. Era por eso que Vega se estaba riendo muchísimo aquellos días porque sus compañeros hacían demasiadas bromas sobre el asunto. Las arquitectas más jóvenes metían prisa a toda la plantilla porque Deneb Murphy tenía que dar el visto bueno. Vio se sumó a esa excusa inventada y no paraba de repetirlo todo el tiempo. Ni siquiera se acordaron de que Cob no había vuelto por allí. Bueno, un día sí que hablaron sobre él porque había sacado en su programa una entrevista-reportaje sobre Den en la que estaba en su casa viendo al fútbol con sus niños y con sus amigos. Vega lo había podido ver entre papeles y le había hecho mucha risa cómo el cantante hacía que su amigo se riera. Al ver cómo se trataban el uno al otro en aquel reportaje, Vega había tenido que admitir que era cierto lo que Cob le había dicho. Se veía a la legua que eran grandes amigos. Lo mejor de aquel reportaje era lo humano y normal que parecía Den al tiempo en que su tono de voz y sus maneras de moverse estaban como por encima del resto de mortales.

Vega se lamentaba de no dormir demasiado porque mientras dormía era el único momento del día en el que podía fantasear con miles de encuentros con su adorado artista. Por ejemplo que se cruzaban en la entrada y él la miraba como si no hubiera nadie más alrededor; o que ella pasaba delante de la puerta trasera, totalmente despreocupada, y se lo encontraba fumando; o que él la miraba entre el público mientras tocaba una de sus antiguas canciones de amor… Era capaz de imaginarse miles de encuentros y todos le parecían igualmente emocionantes, pero casi

imposibles. Según se iba acercando el fin de semana, más nerviosa se iba poniendo. ¡Es que lo iba a ver al natural! Iban a compartir el mismo espacio y a respirar el mismo aire. ¡Qué pasada, joder!

El viernes por la noche, y gran parte del sábado, estuvo en casa de Vio para finiquitar los presupuestos. Ella estaba ayudando a su compañera porque había conseguido tener todas las licencias en orden. El sábado por la tarde llegaba a casa molida y le propuso una peli a Alan como plan relax, pero no vio lo que el chico respondía porque se conoce que debió de cerrar los ojos un momento y se quedó dormida profundamente en el sofá. A las horas se desveló porque tenía algo de frío y vio que pasaban de las doce. Vio que el chico le había contestado: «¿Cuál? Oye, peque, creo que se ha hecho un poco tarde. Nos vemos mañana ;)». Vega bostezó y se sintió una idiota por haberse dormido. Le iba a contestar que ya si eso el lunes, aunque simplemente le informó de su narcolepsia momentánea y mejor se fue a la cama.

Domingo doce de abril. Si no hubiese estado tan cansada por el trabajo, ese sábado no habría podido dormir de los nervios. Se despertó más temprano de lo que debería, desayunó con ganas, se duchó desgañitándose con canciones de los Rolling Stones bajo el agua, se puso cómoda pero coqueta, se puso sexy, se volvió a cambiar, probó con un look rockero y desenfadado pero no, al final optó por el cómoda pero coqueta y peinado despreocupado, se pintó los labios de rojo y salió de casa para buscar a Vio. La invitaría a comer por el centro y luego harían cola un par de horas antes de entrar. Tenía pensado que quizá pudieran entonarse mientras tanto con un par de litros de sangría, así su amiga no se quejaría de esperar durante demasiado rato. Estaba como una moto, todo el día. No podía parar de pensar en lo genial que sería todo. Estaba nerviosa, se notaba desde lejos. Es más, la gente se daba cuenta de eso cuando la veían caminando a su lado por la calle. Eso pensaba.

Los planes fueron surgiendo de forma más espontánea de lo que ella imaginaba, pero ya estaban en la cola esperando para entrar y, efectivamente, bebían de un vaso de litro de sangría cada una. No habían parado de gritarse emocionadas durante todo el día y parte de la tarde. Estar en la cola donde todo el mundo estaba igual de nervioso era, en parte y curiosamente, tranquilizador. Cuando veían a alguien demasiado emocionado se daban cuenta de lo ridículo que podía llegar a ser, por eso se cortaban un poco de chillar otra vez. Lo malo de la sangría, y si has dormido poco más, es que sube una alegría al cuerpo de manera muy rápida. Las chicas ya no paraban de tontear y bromear, de vacilar a los que estaban a su lado y esas cosas. Incluso animaron y corearon a una chica que rogaba a un portero que la dejara entrar sin entrada. Ella que le haría lo que le pidiese, como si tenía que enseñarle «las peras», literalmente; él que no, que no podía; a ellas les faltaban los pompones,

porque el cántico de «¡Dé-ja-la-pa-sar!» lo tenían ya muy ensayado. Aquella noche todo estaba permitido. Decidieron no ponerse ningún límite, ¿quién sabía qué podría pasar?

Cuando le daba sus entradas al hombre que se las pedía en la puerta no podía creerse que ya hubiera llegado el momento de verles de verdad. Inspiró aire y lo soltó de forma entrecortada mirando a Vio que tenía una enorme sonrisa en la cara. Se agarraron de la mano y pasaron a la sala. Era como si fueran amigas desde la infancia. Así se sentía Vega, como una niñita de diez años que no sabía lo que le esperaba. Estaba emocionadísima. Tanto que no se enteró de lo que le decía un tipo con cara de pocos amigos hasta que la paró en seco tirando de su brazo. La chica lo observó con el ceño fruncido.

—¡El bolso! —le dijo el tío. Vega arqueó una ceja mirando al segurata con reprobación—. Que me enseñes el puto bolso.

¡Joder! Vaya humitos que se gastaba el colega. ¡Qué impaciencia y qué descarado! Se lo abrió para que lo mirara, preguntándose si eso sería legal. Porque... ¿quién ha dicho que un desconocido te pueda mirar el bolso sólo porque él lo dice? Vega rodó los ojos y se acercó a ella Vio, sonriéndole al gorila y haciéndole un chistecito que casi, casi, hizo que el tipo sonriera levemente. Vega miró a su amiga y se alegró de que tuviera ese efecto en los hombres. Y también la envidió. Las dos cosas. Se sonrieron y entraron cogidas de la mano.

Había mucha gente y estaba oscuro. Pero consiguieron ir haciéndose hueco hasta la cuarta fila. Más cerca era imposible, pero Vega estaba totalmente fuera de sí porque era capaz de leer el YAMAHA del teclado. Eso quería decir que vería a Den muy, muy cerca. Bueno, eso si el chaval de delante bajaba los brazos, que aún no había salido la banda a escena y él estaba ahí dándolo todo. ¡Bah!

—¡Tíaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!

—¡Ya, tía, ya tía! —le contestó Vio.

No había nada más que decir. Bueno, no tenían nada más que añadir. Estaban nerviosas. Aún quedaban unos treinta y cinco minutos. Vega, en ese instante, miró a su alrededor y se quedó un poco paralizada. En silencio pleno. No escuchaba nada a su alrededor. Era increíble que, desde hacía semanas, todo era Deneb Murphy y ahora ya por fin lo iba a ver. Ni si quiera era consciente de que habían estado más cerca de lo que podía imaginarse. Pero de lo que estaba segura, y ese pensamiento le llegaba en ese instante de golpe, es que estaba a minutos de ver a la persona que más brillaba en su vida. Porque, si hablaba de admirar, quizá su madre ocupara ese puesto; si hablaba de querer, a lo mejor era Vio; si hablaba de gustar… igual era un chico de cejas enormes y sonrisa perfecta. A

saber, Deneb la deslumbraba demasiado en ese instante, luego le tocaba ser el que más brillaba. La música volvió a sonar, al tiempo en que se daba cuenta de que su fisiología trabajaba con normalidad. Miró a su amiga y se mordió el labio con preocupación.

—¿Qué pasa?

—¡Necesito ir al baño! —respondió apurada—. La sangría tía, que está pidiéndome a gritos que vacíe mi vejiga.

—Maldita sangría, siempre igual… —soltó Vio haciendo reír a su amiga—. Pues… —observó el percal—. Cada vez habrá más gente así que ve y guardo el sitio de las dos.

—¿En serio? —preguntó para confirmarse, aunque era más un «gracias». La otra la empujó.

Vega salió en dirección al baño, aunque no tenía ni la más remota idea de dónde estaría. No le había costado demasiado pasar entre la gente, pero temía que sí que ocurriera después para volver. ¡Tenía que darse prisa!

No. No podía ser. Se había chocado con un chico por ir mirando a la pared en busca de un letrero que anunciase los aseos. Lo miró frunciendo el ceño con confusión.

—¿Tú? —preguntó. Luego se le escapó una risita. No podía creer lo que veía. ¡No podía ser verdad! Soltó una carcajada y lo abrazó emocionada. Quizá era por el alcohol, o quizá eran los nervios—. ¡Ay! ¡Eres tú!

—Vega, que me ahogás —dijo el chico sonando excesivamente argentino.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué favores le has hecho al de la puerta?

—¡Oye! Me ofendes —dijo el chico alzando la barbilla—. Además no era mi tipo para nada, demasiado fortachón —agregó haciendo una mueca de disgusto. Luego relajó el gesto y miró a su amiga creando expectación con un movimiento sutil de cejas. Ella lo miró sin mucha paciencia—. Me invitó un amigo, no como tú, perra malvada.

—¿Ah sí? ¿Y qué amigo?

Rico miró hacia detrás, donde se veía una barra con algunos atrevidos que pedían en vez de buscar sitio delante del escenario. Vega miró por la barra sin saber a quién iba a encontrar hasta que un chico de cejas espesas se giraba con dos copas en la mano. La morena abrió la boca por la sorpresa y luego miró a Rico. Por un segundo tuvo ganas de matarle,

pero le podía la curiosidad.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas que tengo una amiga que se llama Jenn? Es hermana de este chico —explicó Rico antes de reírse. Vega le dio un puñetazo en el brazo—. ¡Au! Bueno. Él compró entradas, se enteró de que tú también tenías y como no tenía con quién venir, le pidió a su hermana mi número y ya ves. ¡Aquí estoy viendo al hombre de mis últimas semanas!

—Primero: ¡es el hombre de mi vida! Y segundo: a ese otro tampoco me lo vas a levantar.

—¿Ah no? Pues ve a por él.

—¡Pues eso voy a hacer!

Pero Vega no tuvo que andar mucho porque justo Alan llegaba hasta ellos. El chico le dio un vaso a Rico y luego miró a Vega disimulando una gran sonrisa que quería salirle. La chica arrugó los labios hacia un lado como si estuviera disconforme con algo. La verdad es que estaba encantada con verle después de tantos días tan raros.

—¿Por qué no me lo habíais contado? ¿Qué es eso de estar de secretitos?

—Bueno… —comenzó el chico en una vaga disculpa—. Como estabas tan liada en el curro, no queríamos darte envidia por si al final no podías ir —soltó. Vega medio sonrió incrédula—. Le he llamado esta tarde, ha sido mi último recurso.

—Eso tiene mucho más sentido —dijo ella sonriendo.

Se dedicaron una intensa mirada. Vega lo sintió. Sabía que había magia entre ellos, lo sabía. Porque le gustaba esa sonrisa, porque le gustaban esos ojos tan oscuros y ese cabello claro. Sabía que él sentía algo así por ella, lo sabía. Sólo tenían que verse de nuevo. Y él se acercó a ella y, sin pedir permiso ni nada, la besó lentamente en los labios. Vega sonrió cuando él se apartaba y se quedaron mirando.

—A lo mejor podríamos vernos después del concierto… —sugirió él como si acabasen de conocerse, como aquella primera vez que se besaban hacía semanas.

—Bueno… —sonrió de forma pícara—. Eso sólo si no me dice lo mismo Den esta noche. ¡No te emociones tanto!

Él se rio y negó con la cabeza. Esa chica no tenía remedio, pero le gustaba mucho. Y le hacía reír un montón. Ella frunció el ceño y le miró con disculpa. A él le dio un vuelco al estómago; otra vez no, no te vuelvas a arrepentir como la otra noche, por favor.

—Alan, yo… —empezó. Él frunció el ceño preparándose para lo peor—. Tengo que ir al baño. ¡No me aguanto y Vio me espera!

Uff. Menos mal. El chico sonrió y asintió. Todo iba bien. Todo iba a ir bien. Ella le dio un beso en la mejilla y se fue, no sin antes darle un empujón cariñoso a Rico. Ellos se quedaron mirándola para luego verse el uno al otro y encogerse de hombros. Rico se rio y Alan puso una mueca de resignación.

Vega pasó tras unos altavoces. No sabía si allí estarían los baños, sólo sabía que había ido al fondo a la derecha y los baños siempre están al fondo a la derecha. Un estrecho pasillo pareció darle alguna pista. Los baños siempre están en pasillos estrechos y oscuros. Pasillos con muchas puertas, como ese. Pasillos en los que en una puerta pone un cartel de «Privado». Y en las otras «Ladies & Gentelmen», pero en este caso no lo ponía en ninguna de ellas. Vega se quedó pensando que igual no debería de estar ahí. Miró hacia atrás y no vio a nadie. Se encogió de hombros. Mira, de perdidos al río. Si era un despacho o algo así, pues tendría baño, ¿no? Si lo seguía dudando perdería mucho tiempo. Rodó los ojos y se obligó a abrir la primera puerta.

No. No era el baño. Tampoco era un despacho o algo así. El desconcierto de Vega era tan grande que casi no tenía ya ganas de ir al baño, no sabía si es que se lo había hecho encima o si otra vez se había quedado en esa especie de stand by. Observó bien lo que tenía en frente, como si necesitara achinar la vista como una miope sin serlo, preguntándose si no le estaría traicionando el vino. Era un backstage. Uno puro y duro, de manual. Una sala pequeña de paredes blancas, con sus botellas de agua en una mesa, con un sofá pegado a una pared frente a otra con un típico espejo con bombillas, con unas sillas frente al espejo, con instrumentos desprovistos de sus fundas, con una puerta abierta al fondo donde se escuchaban un montón de voces vitoreando y aplaudiendo en alguna sala contigua a esa y con un Deneb Murphy que miraba hacia la puerta con una ceja levantada.

Capítulo 26

24. No te emociones tanto

La verdad era que no esperaba a nadie entrando por esa puerta. Todos estaban en la sala de al lado y él se había aislado, como siempre minutos antes de un concierto. Era una especie de ritual en el que se repetía un mantra: «Eres el mejor. Eres único. Eres el puto amo. Te los vas a cenar». Sonaba como una gilipollez arrogante, pero hasta él mismo sabía que era un gilipollas arrogante.

Se había tirado toda la semana de lío. Estuvieron grabando un video clip del que iba a ser su segundo single porque lo iban a presentar en el concierto, en las pantallas que habría en el escenario detrás de él. Ach había estado intenso de cojones, lo del acústico no era nada comparado con aquello. Su mánager se había puesto en contacto con un millón de personas para que estuvieran allí, desde artistas, prensa, gente de la jet y esas movidas. Den había hecho hincapié para que Ach hablara con Russ Donovan y le invitara a una colaboración en algún tema antiguo o algo así. Eso mola mucho en un concierto de apertura de gira y al público le encanta cuando dos viejas glorias tocan una canción juntos. Ahora Russ estaba en la otra sala junto con la banda y él les escuchaba reírse de algo, los había dejado cuando Cob les estaba grabando a ellos. Le había dicho a Ach que invitara también a Brit y a los niños, principalmente por los niños, porque la expareja se llevaba mejor aquella semana y hasta llegaron a hablar un día por whatsapp. Lo cierto era que, a pesar de la evidente diferencia que había ahora entre ellos por culpa de Den, cuando él estaba grabando el disco aún seguían juntos, así que a lo mejor ella quería participar de ese éxito. Brit siempre había sido fan de primera fila de Deneb. Sabía que había mucha gente conocida esperando ahí fuera. Sabía que había viejos conocidos chupasangres esperando ver su grandiosa actuación. Estaba tenso. Era inevitable. Siempre lo estaba antes de cantar.

Además, Den sabía que, después de éste, venían un montón de directos en poco tiempo por varias partes del país. Las promos serias de radio, los videos, las sesiones de fotos en mil lugares y después la gira Europea. Le encantaba ir de gira, pero cada vez le costaba más empezar. Todos aquellos pensamientos no le ayudaban a estar más tranquilo sino a lo contrario, por eso se había ido ahí solo a darse un poco de tranquilidad.

—¿Qué pasa? —preguntó él. No sabía por qué habría entrado esa chica, igual era alguien del staff de organización y había algún cambio de

planes.

—No, si… —comenzó a decir Vega titubeando—. O sea yo… —Estaba resultando patética y lo sabía, pero de todas las situaciones que había imaginado encontrándose a Den no se había imaginado esa de entrar de estrangis en el backstage. Inspiró aire y procuró sonar convincente, seria y como si no estuviesen temblándole las piernas—. Sólo estaba buscando el baño, yo, en realidad, sólo… eso.

Den levantó las dos cejas con una expresión de confusión enorme. ¿Por qué coño le sonaba tanto la chica esa? Frunció el ceño escrutándola durante unos segundos. No la ubicaba, pero la conocía de algo, seguro. Quizá salía en el video que habían grabado esa semana, o estaba con los de post producción después de grabar, no estaba seguro. Se mordió el carrillo por dentro porque no sabía y se sentía un poco culpable por eso. Se encogió de hombros y señaló a una puerta a su derecha. La chica miró la puerta, luego puso la vista en él y sonrió cortésmente. Él asintió por asentir, pero aún se estaba preguntando quién sería ella.

¿QUÉ? ¿En serio estaba desaprovechando la oportunidad de su vida metiéndose en un baño cuando podría estar ahí fuera abrazando al hombre de sus sueños? Vega cerró la puerta y se miró al espejo. Durante unos segundos no reconocía su cara porque tenía delante a alguien demasiado desconcertado pero, de pronto, le salió una sonrisa gigantesca. Date prisa, boba, quizá siga ahí cuando salgas. ¡Ay, Dios mío, ay, Dios mío! ¡Ay, que he hablado con Deneb Murphy! Que yo creo que me muero. ¡Ay! ¿Y lo guapo que es? ¡Ay, por favor no sé si atino dentro de lo que me tiemblan las piernas! ¡Ay, joder! ¿Por qué habré bebido tanto? Y así miles de preguntas que Vega no paraba de hacerse, después de tratar de autoconvencerse otro millón de veces de que era Deneb. Inspiró aire colocándose el pantalón, luego se lavó las manos y se mojó un poco la nuca. Estaba en un estado de nervios que no sabía si tenía que ver con la sangría, con Deneb o con que su cuerpo actuaba de forma muy idiota en determinadas situaciones límite. Tenía miedo de salir. ¿Y si se quedaba ahí encerrada hasta que escuchase la música sonar? ¡Vio la iba a matar! Por dos cosas: por tardar la vida y, otra, por tener a Den a un paso y comportarse como una imbécil. Si había resultado divertida con alguien como Cob, podría serlo con Den, ¿no? Ay, ¿no estaría Cob por ahí para salvarla? ¡Basta! Tenía que salir, sino resultaría muy raro. A lo mejor no estaba, ¿no?

Pero sí que estaba.

Den dejó de raspar las cuerdas de la guitarra y la miró un momento. Sonrió de forma agradable y asintió.

—¿Mejor?

—¡Ay, sí! —soltó ella con cara de alivio—. No sé el rato que llevaba buscando un baño. En todos los lados los baños están al fondo a la derecha, pero aquí no. Debería haber una ley que dijese que los baños tienen que estar al fondo a la derecha. Aunque, claro, también depende desde donde miras… Y luego, pues que mi amiga me va a matar, ¿sabes? Porque me he debido de ir hace ya una media hora. Lo que no sé es cómo voy a volver ahora. Primero porque me he perdido llegando hasta aquí y segundo porque hay como dos millones de personas ahí fuera.

—¿Dos millones? —peguntó Den con gesto preocupado, inspiró aire y lo soltó despacio. Dos millones era mucha gente. Aunque, después la miró e intuyó que había exagerado un poco. No cabían ni dos mil personas en esa sala. La notaba nerviosa no, lo siguiente, y aquello le hizo aflojar—. Yo también creo que deberían hacer normas para los baños, sería muy útil. Así nadie te contestaría «al fondo a la derecha», porque ya lo sabrías.

Vega sonrió. Era una conversación súper estúpida, ¿no? Pero es que estar frente a Den le hacía sentirse así. A parte de que hacía rato que no sentía el suelo bajo sus pies, lo cual era un poquito preocupante porque si se caía de ahí no sabía cuánto podría dolerle el golpe. Él también sonrío. Fuera quien fuese esa cara que le resultaba familiar, era muy simpática. Dejó la guitarra sobre la silla que tenía más cerca y se metió las manos en los bolsillos.

—Perdóname, sólo estoy diciendo gilipolleces porque estoy un poco nerviosa.

—Nerviosa… ¿por qué? ¿Vas a salir a cantar? —le preguntó señalando con su dedo pulgar hacia atrás, donde debía de estar el escenario.

Vega soltó una carcajada y aflojó bastante porque reír relaja y estar tan feliz como ella estaba en ese instante era para soltar una risa como aquella. Él debía de estar más nervioso que ella, claro. Den se rio también y después exageró un gesto de que estaba asustado por lo que le esperaba ahí fuera. Vega se sintió morir de amor.

—Bueno, no voy a salir a cantar, pero voy a ver al cantante que más me gusta en el mundo y no sé… No sé si has oído hablar de Den Murphy.

—¡Hombre! —soltó él alzando los brazos de forma teatral—. ¡Lo conozco de toda la vida! Un gran tipo.

Vega no podía sonreír más, le dolían los mofletes. ¿Cómo podía ser tan

único y tan genial?

—Eso creo yo.

—¡No estés nerviosa, mujer! Si también le conoces de toda la vida, ¿eh? —le dijo acercándose a ella, de la forma más campechana del mundo. Le dedicó una sonrisa y le pasó un brazo por los hombros—. Le daré recuerdos de tu parte, ¿eras?

—Vega.

Él borró un momento la sonrisa y puso cara de asombro. Se quedó mirándola con una ceja alzada como si estuviera dando en la clave, pero no. Sonrió pensando que seguía creyendo que ya la había visto antes. Ella se sentía algo tensa con su brazo rodeándola y a la vez estaba como flotando en una especie de supernova que acababa de explotar en mitad del espacio. Él asintió varias veces despacio.

—Tienes nombre de estrella —le dijo.

Vega se rio y rodó los ojos de forma divertida.

—Sí, creo que tú también.

—Me encantan los nombres de las estrellas. Mi favorita es Grace Kelly. Bueno, no lo sé… —puso cara de pensativo mirando hacia arriba mientras se rascaba la barbilla—. A lo mejor es Elvis, estoy ahí, ahí.

—La mía sin duda es Deneb —soltó ella mucho más relajada ya después de haberse reído a gusto por la ocurrencia del rockero. Era único y perfecto y divertido y genial.

Él la miró agradecido. Se sentía mucho más relajado y se debía a una cara conocida, pero desconocida a la vez, que había llegado sin que nadie la esperara. La soltó por fin y dio una sonora palmada como para echar los nervios fuera. Ella inspiró aire y se sintió desarropada pero, por una extraña razón, estaba bien. Estaba mejor que bien.

—Va a irte muy bien ahí fuera —le dijo ella.

—¿Tú crees? —le preguntó de forma sincera. Los dos asintieron al mismo tiempo—. Estate atenta, te voy a buscar.

—Haré señales de humo o usaré un clavel rojo en la solapa de la americana, para que me encuentres —le dijo. Hasta ella se sorprendía de lo ingeniosa que podía ser, culpa de la propia gracia natural de él, fijo.

—Bueno, no te emociones tanto. Soy miope, una vez en el escenario, y con las luces, ya no veo nada —le comentó en plan secreto.

—¡Den! —dijo una voz detrás de ellos. Meg sonreía desde la puerta por la que se escuchaban todas esas voces. La rubia se quedó mirando a la chica un momento con curiosidad, pero no quitaba una sonrisa adorable—. Diez minutos, ¿vale? —agregó acercándose a ellos. Sabía que eso ponía nervioso a Den, pero alguien tenía que avisarle. Le miró más seria, tratando de proyectar tranquilidad—. ¿Cómo vas?

—Bien, bien. Va a irme muy bien ahí fuera, ¿sabes? Me lo han dicho las estrellas.

—¿Ah sí, qué estrellas? —soltó Meg de forma divertida. Luego miró a Vega y le hizo una mueca como si Den estuviese loco de remate. Que un poco era verdad.

—Pues… Grace Kelly, Elvis y Vega.

Meg lo miró a él como si estuviera quedado del ala, le sonrió y él sonrió de manera automática como si la sonrisa de la rubia se contagiara. Vega se dio cuenta de que también estaba sonriendo, así que igual sí que se contagiaba. Aunque suponía que sonreía por lo especial que le había hecho sentir ese comentario. Ella en las estrellas, no en las nubes como siempre, entre las estrellas que brillan en el cielo. No podía estar más impresionada, agradecida y enamorada en ese momento en el que su corazón latía a toda velocidad recordándole que estaba viva, o a punto de morir de amor.

—Nena, consíguele a mi amiga Vega y a su amiga un pase de backstage para después del concierto —le dijo como en una orden, pero en plan buen rollo.

Meg miró a la chica, deduciendo que ella debía de ser Vega. La morena pensó que en ese momento la rubia la debía de estar odiando por flirtear descaradamente —aunque no había sido así, pero esas cosas las piensan las novias celosas— con su chico. Pero no, la adorable Meg sonrió enormemente y asintió agarrando a Vega del brazo. ¿Podía ser más simpática? Vega empezó a sentirse culpable por haberla tratado siempre tan mal en su imaginación. Miró al cantante y le dedicó una sonrisa de agradecimiento porque no podía articular palabra. Quería verla después. A ella. Quería verla después del concierto. ¡Ay, Dios, ay, Dios! Que creo que me muero. ¿Puede ser más único y más genial? No, no se puede. Si lo fuera sería Russ Donovan. Se rio de sus propios pensamientos. No, nadie era mejor que Deneb Murphy, nadie.

—Corre, que ya va empezar y tienes que sortear dos millones de personas y encontrarte, además tu amiga te va a matar —le dijo él. Guiñó un ojo y

sonrió de esa manera tan suya—. Nos vemos luego.

—Bueno, no te emociones tanto —le dijo ella con una sonrisa. Él frunció un momento el ceño con curiosidad—. Recuerda que he venido a ver a Den Murphy, no a ti.

Él soltó una carcajada sincera y asintió a ambas antes de darse la vuelta y largarse a la otra habitación con los demás. Meg le sonrió y dijo que Den estaba como una cabra pero que era un buen tío. Vega no pudo decir lo contrario. La rubia abrió la puerta por la que Vega había entrado y la llevó hasta control para que le dieran un par de esas tarjetas con las que luego podrían entrar. Meg no sabía qué habría visto Den en ella, pero parecía bastante buena gente. Por suerte para Vega, Meg confiaba tanto en sí misma que no se le ocurrió pensar en que Den tenía intenciones de cambiarla por otra. Por suerte para Meg, Vega ni siquiera había imaginado que eso podría suceder. La chica morena le agradeció a la rubia dos millones de veces, más o menos. No podía creerse lo que estaba pasándole, de verdad que no. Podría empezar siendo la noche del mejor día de su vida. Sí, seguramente. Vio iba a alucinar. Madre mía, era tan feliz que sólo pensaba en que ya no quería dormir nunca más. Esta noche no debía acabar nunca. Fue apartándose a la gente como si se quitara matojos y enredaderas de delante de los ojos con un machete, como en las pelis. Si se llevó algún que otro empujón, ni lo notaba. Nada podía estropear el estado de ánimo que tenía en ese instante. Abrazó a su amiga nada más verla y no le dejó regañarla, aunque intuyó sus intenciones.

—¡Es genial! —le dijo antes de que la pelirroja hablara.

—¿El qué?

—¡Deneb! Es genial, genial, genial y lo vas a poder comprobar con tus propios ojos —agregó. Vio estaba un poco confundida y un poco cabreada por todo lo que había tardado su amiga, por eso la morena alzó los dos pases y los balanceó delante de la nariz pecosa de su amiga.

—¡Venga ya!

—Te lo juro, es el hombre más genial del mundo.

—¡Ay, Vega! Me muero, ¿eh? Es que me muero.

En el camerino, Den chocaba las manos con sus compañeros y se daban algunos golpes de ánimo. Había tensión, pero sobre todo euforia. Gritó a la cámara del tipo que iba con Cob y el de la tele se rio, negando con la cabeza, antes de abrazarle por puro orgullo y estado de nervios. Jill le

sonreía alzando un vaso de plástico que le pegaba poquísimo con su pinta de pija. Russ se bebía una cerveza hablando con el batería de su banda. Quedaban menos de cinco minutos para salir y todos se miraban nerviosos como habían hecho durante tantos años antes. Nunca se iría esa sensación de antes de un concierto, nunca.

—¿Están los niños? —preguntó a Ach cuando se acercaba a él para animarlo.

—Sí, sí que están —sonrió—. Tienen un palco VIP —agregó guiñándole un ojo. Luego se quedó mirándole con una mirada paternal, le dio una palmada en la espalda y sonrió a su compañero de batallas de tantos años—. Y ella también ha venido.

Den sonrió y se sintió aliviado. Esa era una buena noticia. Asintió y sonrió a Meg que entraba por la puerta. La rubia se acercó hasta a él y le abrazó. Den sintió toda su energía. Sabía que le abrazaba la persona que más confiaba en él en el mundo y eso le otorgaba mucha paz, aunque no tranquilidad, no en ese momento. Estaba venido arriba, estaba enorme, era el Rey del Mundo. «Eres el mejor. Eres único. Eres el puto amo. Te los vas a cenar». Se giró hacia su banda para desearles suerte y todos gritaron eufóricos al mismo tiempo. Uno con la boca llena, el bajista. Den lo miró frunciendo el ceño con una sonrisa divertida.

—¿Qué estás comiendo ahora? —le preguntó con cierta confusión, sin perder el tono jocoso que se estaban dedicando.

—¡Helado! —dijo el otro con la alegría de un niño pequeño en verano.

—¿Helado?

¡Coño! Den se llevó las manos a la cabeza. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¡Claro! El helado siempre calma los nervios, siempre. Te hace sonreír y mucho más cuando no te lo esperas. Nunca nadie decía que no a una proposición que incluyese helado. Era eso, justo. El twitter. La conocía, lo sabía. Ya la había visto antes. ¡Helado! Era la chica del helado.

Capítulo 27

EPÍLOGO

(no, no iba a acabar así)

—*Quince meses después*

No podía creerse que su novio estuviera ahí, tocando la guitarra, a punto de ponerse a cantar. Vega observaba el escenario, desde donde estaba, con una increíble sensación de intranquilidad en el estómago mezclada con una emoción desbordante. Había estado emocionada todo el tiempo pero aquella última semana irradiaba felicidad. Tenía al estudio donde trabajaba revolucionado y a sus amigos también, pero era algo a lo que, después de compartir más de un año, ya estaban todos acostumbrados. Viró la mirada a donde venían unas risitas y sonrió a Cob que justo ponía su vista en ella. Él le guiñó un ojo y ella arrugó la nariz con desenfado. Estaba nerviosa, él lo sabía. Se acercó hasta ella y le puso las manos en los hombros en un vago masaje de relajación, pero más que eso consiguió que Vega soltara una carcajada. Cob ahora llevaba una barba tupida, pero no demasiado larga, que era lo que se llevaba ahora. Por raro que pareciese, le había rejuvenecido; o esa sensación daba. Le resaltaba sus ojos claros. Estaba guapo. Era un chico guapo, eso estaba claro.

—Me encanta tanto el local, Vega —le dijo con la emoción de un niño pequeño la mañana de reyes magos.

—A mí también me gusta mucho cómo ha quedado.

—Es increíble que, al final, Den y Russ quisiesen sumarse al proyecto. La verdad es que el aire mod que tiene me parece genial.

—Es único, amigo mío —le dijo ella asintiendo con rotundidad.

Era una pasada la decoración. Según entrabas, te recibía una foto gigantesca de un Skyline de Londres en la que los edificios estaban dibujados con palabras sueltas. La idea la había tenido una de las chicas jóvenes del estudio y a Den le había encantado. Para Vega y Vio fue súper divertido participar en el diseño con la chica, diciéndole un montón de palabras que ella iba colocando en su dibujo. Sobre todo cuando se trataba de palabras malsonantes. Se habían sentido partícipes de la obra y, la verdad, aquello había abierto un mundo nuevo a Vio y a Vega. Al

menos habían conseguido salir del papeleo durante unas semanas, sobre todo cuando el mismo Cob iba a la oficina y las sacaba casi a rastras para que fueran viendo cómo estaba quedando todo. Podía decirse que se habían hecho amigos. Sí, Vega podría asegurar que sí. En ese momento la música sonaba al fondo de la sala más grande, donde había un escenario que dejaba ver detrás una pared de ladrillo con una enorme diana mod dibujada a chorretones de pintura. Era la parte que más le gustaba a Vega. Cob le apretó la mano, ella lo miró un momento y se rieron a la vez. Parecía estar igual de nervioso y emocionado que ella. No todos los días se inaugura un nuevo local y no todos los días tu novio presenta nuevo disco. Y, entonces, su voz inundó el lugar, haciendo que la sonrisa de Vega le ocupara toda la cara. ¡Ay, se iba a poner a saltar como una niña pequeña! Y la de veces que le había visto actuar y la de veces que le había cantado a solas, pero ahora era tan sumamente especial que creía que se iba a echar a llorar de la emoción.

—¿Dónde está el papeo? —soltó la voz de Vio detrás de ellos. Cuando se giraron, la pelirroja tenía una ceja alzada—. Dijiste: «Si todo sale bien, todo corre a mi cuenta». Bien, pues no puede estar saliendo mejor, así que quiero mi cena.

—Pelirroja… —comenzó Cob mientras negaba lentamente con la cabeza—. Ahora estamos en un concierto. Deja tu mensaje después de la señal —se rio—. La señal.

Vio se rio de golpe y le dio un flojo puñetazo en la tripa que hizo que Cob se riera, encogiéndose de forma exagerada como si acabara de estallarle el bazo. La pelirroja lo abrazó y lo trepó para ponerse a cantar la canción, con un puño en alto como si se tratase de la mayor fan de la banda. Vega se rio muchísimo y acompañó a su amiga con la canción ya saltando, como un minuto antes tenía ganas de hacer. Ellos estaban en una especie de apartado VIP, al fondo, donde el escenario se veía genial y sin nadie que te agobiara por delante, por detrás o por los lados. Esa sensación de superioridad molaba, la verdad; aunque en demasía era peligrosa. Sin embargo, Rico y Jenn habían preferido estar en pista. Habían congeniado muy bien, tanto que podría decirse que ahora la mejor amiga de Rico era Jenn. Eso no molestaba en absoluto a Vega porque el chico seguía invadiendo su casa siempre que le apetecía, sólo que ahora venía acompañado por ella en muchas ocasiones. A Jenn parecía encantarle el salón de Vega, francamente. Esperaba que ahora le gustara ese lugar.

Se armó revuelo en la entrada y el photocall estaba abarrotándose de fotógrafos que lanzaban sus flashes sin ton ni son. Los tres miraron hacia allí a ver quién llegaba. Cob sonrió, Vio se bajó de su espalda y a Vega le dio una especie de pinchazo de emoción en la boca del estómago. Era increíble que aún le pasara eso. Den Murphy y Meg entraban y trataban de pasar entre los fotógrafos hasta llegar al VIP. Cob lo abrazó después de gritarle que era un tardón de miedo. Para inaugurar un sitio donde había

puesto pasta, ya podría haber llegado un rato antes, sólo que Den hace lo que quiere y cuando quiere. No era momento para cambiar y, visto lo visto, no lo iba a ser nunca. Ya podría ser como Ach que había llegado hacía una hora. Meg abrazó a Cob y aplaudió demostrando su emoción. Jill y su barriga de veintiocho semanas de embarazo se acercaron hasta la rubia y ambas se dedicaron un montón de halagos, con ventaja para la embarazada por el simple hecho de estarlo. Vega y Vio se miraron antes de reír. Si lo pensaban bien, estaban bastante fuera de la movida pero, el hecho de que Cob las tuviera tanta estima, les hacía sentirse muy confiadas entre tanto mamoneo de los famosos. Bueno, Cob y él. Den paseó su mirada por allí, alzando la barbilla a modo de saludo cuando alguien le sonreía, dejándose abrazar y estrechando la mano de algunos, mientras seguía con la mirada perdida por la gente. Hasta que las vio a ellas. Sonrisa instantánea. Vega inspiró aire y Vio soltó una risita. Desde hacía tiempo, Vio se empeñaba en decir que Den siempre buscaba a su amiga y la morena decía que no, que no; pero si era franca consigo misma también tenía esa sensación. Peligrosa sensación, por otro lado. Las dos chicas le saludaron con la mano y no hicieron muchos aspavientos, por cortesía y porque no paraban de pararle por mucho que él tratara de ir quitándose rápido a la gente de encima.

—¡Chicas! —dijo la voz de Trizia apareciendo por detrás de ellas—. Está la barra llenísima de gente y sólo he podido pillar dos gin-tonics. Lo siento, Vega.

—¡Vaya! ¡Qué pena! Me lo voy a tener que beber yo… —soltó la pelirroja mirando a Vega dramatizando de manera exagerada, haciendo que la morena rodara los ojos.

Vega se giró hacia el escenario y aplaudió como una loca cuando acababa la canción. Sonaban como profesionales, y tenían toda la pinta de los músicos indies de última generación. Le encantaba. Ahora era su segunda banda favorita del mundo mundial casi quitándole el puesto ya a la primera. No podía sentirse más orgullosa de Alan.

—Eh… —le susurraron cerca del oído. Vega no miró pero cogió aire cerrando un segundo los ojos. Sintió que se le erizaba la piel de los brazos y ni si quiera le había rozado—. Toca bien tu chico… —le dijo Deneb mientras Alan punteaba con la guitarra en ese momento—. Creo que Donovan tiene muy buen oído para hacer inversiones.

Vega se giró hacia él para mirarlo a la cara. Tenía una mueca un poco inconforme aunque poco convincente mientras él la miraba sonriendo. Ella miró al escenario y luego asintió de forma contundente. Él soltó una risita y, cuando ella lo miraba, arrugó la nariz de forma infantil. Que Alan estuviera tocando ahí, no era una casualidad del destino. Se podía decir que Deneb había movido sus hilos. El chico seguía tocando con su banda en algunos bares del centro, en las zonas más modernas. Mejor dicho, en

el casco antiguo donde se acumulan los modernos. Vega era asidua de los directos de Alan y un día, en el estudio, le comentó sus planes a Cob porque él siempre que iba se dejaba caer por el despacho de las chicas. Por cosas del destino, o por cabezonerías de la gente mayor, Den y el de la tele se dejaron caer por ese concierto. Cuando Deneb lo escuchó, y después de estar como sopesándolo durante parte de la noche, le dio el venazo de acercarse a ellos y pedirles una maqueta y halagarles en extremo y decirles que se iban a comer el mundo si él les enseñaba esas maquetas a algunas personas y bla, bla, bla, y quizá iba un poco —muy— pedo pero lo cierto fue que cumplió su palabra. Y ahora estaban ahí tocando, presentando su primer disco, y tenían como padrino al mismo que tuvo él: Russ Donovan.

—Te lo deben todo a ti, Den —dijo ella con gesto agradecido. Luego abrió los ojos de más y miró al escenario—. ¡Me encanta esta parte! —exclamó moviendo la cabeza al mismo ritmo que la batería.

Den se quedó mirándola y sonrió. Había algo especial en ella. Él sentía que le debía algo. No sabía por qué, pero no por nada llevaba un tiempo pensando que le debía un helado.

Entonces, llegó al VIP otro de los grandes inversores de la noche. Venía de los camerinos donde había estado animando a los chicos antes de que salieran a cantar. A Vega le parecía que lo conocía muchísimo y eso que sólo había estado con él en contadas ocasiones, pero Alan no paraba de hablar de él. «Russ esto, Russ lo otro. Russ ha hecho, Russ ha deshecho…». Vega lo admiraba desde siempre y, ahora, más aún. El músico los vio y, poniendo una mueca de sorpresa como si no los esperara allí, cosa que era increíble, les saludó y se fue acercando a ellos.

—¿Te puedes creer que, aunque le conozco como de hace mil años, siempre tengo una cosa en la tripa cuando lo veo? Me pone nervioso —le dijo Den a Vega como si fuera un secreto. Ella lo miró con algo de asombro. Le encantaban esas pequeñas confesiones.

—Créeme que conozco esa sensación —le dijo ella. Es que le pasaba lo mismo cada vez que le veía a él. Den sonrió a la chica y, justo, estrechó la mano a Russ cuando llegaba.

—Niños… —saludó la vieja gloria—. ¡Qué contento estoy, Vega! Estoy empeñado en que hagan historia en Knebworth, aunque me conformo con que lo peten en el Low. Sí, creo que eso me valdría, no voy a ponerme exquisito.

—¡No exageres tanto! —le dijo la chica dándole un golpe el hombro. Den flipaba de la complicidad que se tenían. ¿Cómo era posible que ella no se quedara como sin habla delante de Russ?—. Si consiguen una buena

crítica hoy, nos damos con un canto en los dientes.

—¡Ah, no! Nada de conformarse. Siempre hay que querer más —explicó—. No me toméis por vanidoso, simplemente que los sueños nunca deberían de tener límite.

—Siempre hay una estrella más allá del Sol —dijo Deneb arqueando su única ceja.

—Eso es, Murphy. Eso es.

Y, entonces, sin pedir permiso ni nada, Vio se lanzó sobre su amiga. Sonrió a Den pero más a Russ a quien hacía especial gracia. Vio siempre les gustaba a los hombres más que Vega, la morena estaba ya resignada. Si a Den le parecía que Vega y Russ congeniaban bien, con Vio era como si hubiesen nacido para pasarse horas el uno frente al otro. Y eso que debía de ser la tercera vez que se veían desde aquel doce de abril. Den arqueó la ceja mirando a Vega y se encogió de hombros. Los dos tenían como esa especie de sensación de que sobraban y fue Vega la que empezó a alejarse de allí haciendo como que escuchaba el concierto. Sintió a Den a su lado a los pocos segundos, se miraron y los dos se rieron. Él no sabía todo lo que ella podía sentir cada vez que él le regalaba una de esas sonrisas. Porque, aunque tratase de normalizarlo todo, era Den y lo había admirado toda su vida.

Él miró hacia los lados. Luego observó el escenario donde Alan terminaba la canción y saludaba levantando una mano, aunque seguramente no veía nada con todas las luces dándole en la cara. Den sabía lo que era eso. Entonces el chico se puso a dar las gracias y la gente aulló. ¡Vaya! A Den le pareció muy fuerte que en tan poco tiempo tuvieran seguidores tan comprometidos. Apenas llevaban unos dos meses de promoción con su primer single. Se le escapó media sonrisa.

—Esta noche es muy importante para nosotros —decía el chico al micrófono—. Hay personas muy importantes para nosotros aquí… —Se rio cuando empezaron a corear su nombre—. Bueno, esto se llama: Gracias, nena.

Den miró de reojo a Vega y vio que apretaba los labios y le brillaban los ojos. Lo miraba totalmente concentrada como si no quisiese perderse ni un segundo de esa canción. Y así era, porque ella sabía por qué la habían escrito y lo que significaba para ellos era muchísimo. Deneb volvió la vista a la actuación y escuchó la canción que tenía su cosa. Le gustaba. No le extrañaba en absoluto que la chica estuviera tan emocionada como estaba. Él, que a veces tenía inspiración divina y momentos bíblicos para componer, sabía lo genial que era que una canción tuviera ese efecto en las personas. Meg se acercó hasta él y le pasó el brazo por la espalda para

apoyarse en su hombro. Él sonrió a la chica y volvió la vista al escenario.

—¡Me encanta esta canción! Creo que es mi favorita… —dijo la rubia llamando la atención de Vega. Tenía los ojos tan vidriosos que sintió la necesidad de abrazarla dejándola sin aire—. «Gracias, nena. La vida ha empezado a cambiar. Tira de mi mano, voy contigo a cualquier parte» —comenzó a cantar. Luego se separó de la chica y la miró de cerca con su gran sonrisa, esa que se contagiaba según la teoría de Vega.

—¡Es genial! ¡Genial, genial! —dijo Vega emocionada.

—¿Me conseguirás pases para el backstage? —preguntó la rubia guiñándole el ojo en plan broma.

—Corre, Meg, las chicas se están haciendo un selfie —dijo Cob apareciendo por allí, empujando a la rubia hacia las otras mujeres de las estrellas. La rubia le sacó la lengua y se fue hasta Jill que le hacía gestos para hacerse una foto juntas.

—Qué harto estoy de hablar de baby-showers, tío. Y eso que no ha nacido aún. No sé qué será de mí.

—¡Puf! Pues no es nada… Lo que te queda. ¡Y es para siempre, tío! —le dijo su amigo con gesto resignado.

—¿Donovan está tratando de levantarme a la pelirroja? —preguntó abriendo los ojos de forma exagerada con la vista puesta en esos dos—. ¡Joder! O sea, se creen que como voy a ser padre ya pueden poner el ojo en las chicas que yo vi primero…

—¡Corre, Cobe! Los chicos se están haciendo un selfie —soltó Vega empujándole. Con él sí que era fácil todo.

Deneb soltó una carcajada mirando a su amigo y luego miró a Vega. Era una locura, pero sentía todas las ganas del mundo de hacerlo. Agarró la mano de la chica y tiró de ella hacia un lado, bajando de esa zona VIP. Ella se dejó arrastrar, aunque donde había gente, él le soltó la mano. Den sonreía observando el buen ambiente que había en el local. Ahora su local. Le encantaba la decoración. Los taburetes con dianas mods, las fotos en la pared de grupos de la época en blanco y negro, los guiños a las motocicletas que se llevaban; era todo lo que más le gustaba. La verdad es que había un rincón algo más desenfadado que había elegido Russ, donde The Smiths marcaban el límite. Le gustaba todo, pero en especial le gustaba una Lambretta llena de espejos retrovisores que había cerca de los baños que, por cierto, estaban al fondo a la derecha. La moto era tan guay que estaba rodeada por una cuerda de terciopelo rojo como si se

tratase de una pieza en un museo.

Vega lo seguía sin saber ni a donde iban ni qué querría el chico. Pasaron por detrás de la moto y entraron por un pasillo. No entraron al backstage, entraron a un almacén donde ponía «Privado». Vega lo miró con incertidumbre.

—¿Cuándo vas a dejarle?, ¡va! —le soltó él.

Vega lo miró sorprendida pero se le escapó una carcajada. Si fuera la primera vez que se lo decía, hubiese temblado, pero Den le venía haciendo la misma pregunta últimamente y siempre en el mismo tono despreocupado. Ella negó con la cabeza sin quitar la sonrisa.

—No voy a dejarle. ¿Cuándo vas a dejar tú a Meg?

—Creo que no voy a dejarla —le contestó rascándose la cabeza mirando hacia arriba como si no le hubiese costado mucho pensar esa respuesta. Luego la miró y le sonrió antes de abrazarla.

Eso sí que tomó por sorpresa a la morena. Su corazón latía muy rápido y muy fuerte. Tanto que pensaba que Den podía notarlo contra su pecho. Se mordió el labio y cerró los ojos. Lo hacía por pura contención. Él olía tan bien, tenía una espalda tan grande y era tan Deneb Murphy que necesitaba mucho de eso. Él cerró los ojos también y sonrió aunque no podía verle. Sentía que tenía que proteger a esa chica. Seguía sin saber por qué, pero sentía eso. Hacía más de un año que le había parecido especialmente inocente en aquel concierto y le había traído muy buena suerte aquella visita inesperada. Le fue bien, tal y como ella le había dicho junto con Grace Kelly y Elvis. Hay personas que están hechas para tener un feeling especial. Eso pasaba con ellos y los dos eran conscientes de que la vida a su alrededor no quería que pasara nada más. Ambos tenían unas bonitas historias de amor recién empezadas que no tenían intención de terminar. Pero que estaban hechos el uno para el otro, era evidente. Ella lo había intuido toda su vida. Él no había tenido ni idea hasta un doce de abril cualquiera.

—¿Sabes por qué creo que Alan va a triunfar? —comenzó a susurrarle al oído—. Porque tiene a las estrellas en su mano —contestó él mismo. Rozó la mejilla de la chica con su nariz antes de darle un beso intenso sobre el pómulo.

Vega no estaba segura de lo que decir. Den llevaba años dejándola sin palabras, menos ese último año. En ese momento lo había vuelto a conseguir. Lo miró a los ojos.

—Una la tengo yo, mi favorita. Sin duda es Deneb.